

A man with short dark hair, seen from behind, is walking down a city street at night. He is wearing a black leather motorcycle jacket. The street is illuminated by vibrant neon lights in shades of blue, cyan, and red, creating a cyberpunk atmosphere. In the background, there are blurred figures of people and city buildings. The overall scene suggests a mysterious or supernatural theme.

ANNE ABAND

¿Crees que las hadas son bellas?
Quizá te sorprendas

COLECCIONISTA DE SERES EXTRAORDINARIOS

Libro 1



DE SERES EXTRAORDINARIOS
ANNE ABAND

EL COLECCIONISTA
De
Seres Extraordinarios

ANNE ABAND

© Anne Aband (Yolanda Pallás), [2024]

Corrección: Eva Pallás

ISBN: 9798324366667

Safe creative: 2404297821177

Portada: Yolanda Pallás

Todos los derechos reservados. Te pido por favor que descargues de forma legal este libro. Es un gran esfuerzo de mucho tiempo y seguro que el karma te lo recompensa. Gracias.

Para mis Wattpaders, por su apoyo total y constante en mis novelas.

Gracias por estar ahí, día tras día, comentario tras comentario, novela tras novela.

ÍNDICE

Capítulo 1. El primer asesinato
Capítulo 2. Un desagradable descubrimiento
Capítulo 3. Viaje a ninguna parte
Capítulo 4. La heredera
Capítulo 5. El Mundo Oscuro
Capítulo 6. La asociación
Capítulo 7. Shadows
Capítulo 8. Reencuentro
Capítulo 9. Complicaciones
Capítulo 10. Memorias
Capítulo 11. Hospital. Unas horas antes
Capítulo 12. Ira
Capítulo 13. Primer viaje
Capítulo 14. Mensaje
Capítulo 15. Una merecida explicación
Capítulo 16. Visita
Capítulo 17. Ensoñación
Capítulo 18. De vuelta
Capítulo 19. La cripta
Capítulo 20. Batalla de las hadas
Capítulo 21. La cripta II
Capítulo 22. Lucha en las sombras
Capítulo 23. La verdad
Capítulo 24. ¿Quién rescata a quién?
Capítulo 25. Confusión
Capítulo 26. La coronación
Capítulo 27. Preparados
Capítulo 28. Batalla
Capítulo 29. Final
Epílogo
Otros libros relacionados
Agradecimientos y sobre mí

¿Quieres enterarte de cuándo saco una novela?

¡Sígueme en Amazon!

<https://www.amazon.com/author/anneaband> o escanea el QR



CAPÍTULO 1. EL PRIMER ASESINATO



El policía examinó los restos del tipo asesinado en el callejón. Parecía alguien de los barrios altos, no se explicaba qué hacía allí, en una zona donde solo había delincuencia y drogas.

—Puede que buscase algo que llevarse a la nariz —dijo su compañero mirándolo con cierto desprecio y haciendo el gesto típico de los que esnifan.

—Me da que no. ¿Ha acabado la Científica de examinar el cuerpo? —preguntó Nathan con los guantes ya puestos. El tipo llevaba el cabello rubio muy largo y cuidado y quería verle la cara.

—Sí, ya puedes mirarle a los ojos —contestó Mike cruzando los brazos en su pecho. Estaba acostumbrado a las rarezas de su compañero.

Nathan lo volvió con cuidado y apartó el cabello de su rostro. Si, siempre miraba a los muertos a los ojos, de alguna manera, intuía cómo habían fallecido, si habían pasado miedo, si estaban relajados o drogados... era algo casi... mágico.

Cuando terminó de apartar el cabello, el rostro apareció ligeramente contraído y Nathan lo miró detenidamente. El tipo era muy guapo, de facciones regulares. Podría ser un modelo o un actor, sin duda. Le abrió el ojo, lo tenía completamente en blanco. Un escalofrío recorrió su cuerpo. Esperaría a que el forense, su amigo del colegio Marcos López le dijera. Estaba mirando la expresión, cuando de repente, el rostro cambió.

Él se echó para atrás, y se cayó de culo, asustado. Mike lo miró y aguantó una risa.

—¿Has visto un fantasma o qué?

—Joder, mira su cara.

Mike se asomó.

—Sí, ya lo veo, un tipo guapo, casi demasiado.

—¿Pero no le ves las orejas y la nariz?

—Claro que se las veo. Ya me gustaría parecerme a él.

Mike suspiró. Era un tipo grande, incluso más que Nathan que pasaba del metro ochenta. Pero además de alto era ancho, con el rostro marcado por los golpes de su vida pasada como boxeador. Un gran compañero para Nathan, que lo apreciaba mucho.

Miró a su compañero que dio un paso atrás, ya que estaba llegando la camioneta para llevarlo.

—¿Qué coño está pasando?

Nathan volvió a revisar el rostro. Ya no era ese tipo guapo sino algo... otra cosa. Sus orejas eran puntiagudas y la nariz apuntaba hacia la barbilla de forma que quizá se tocaría en un tiempo que ya no vendría. Los pómulos se marcaban en una piel semi traslúcida y no tenía cejas. Si alguien le estaba gastando una broma, no tenía muy buen gusto.

El rostro del tipo volvió a ser el de la bella persona que vio en primer lugar y Nathan parpadeó. ¿Había tenido una alucinación? Es cierto que él no bebía, ni fumaba. Y tampoco se drogaba, excepto por las pastillas para dormir y no tener pesadillas.

Se levantó y Marcos, que llegaba entonces, lo miró raro.

—Necesito que me especifiques bien cómo murió y si ves... algo extraño.

—Siempre lo hago, Nat. Venga, ve a tomarte un café y déjame trabajar.

Nathan salió del callejón. Sí, sin duda había sido una alucinación. Eran las cuatro de la mañana y seguramente la pastilla para dormir todavía estaba haciendo efecto en su cerebro. Tal vez debería hablar con el psicólogo. Acudió al 24 horas que estaba cerca. Mike ya estaba interrogando al malhumorado camarero.

—Aquí solo vienen esos tipos para comprar drogas, mujeres o incluso hombres. Yo no he visto nada.

Nathan miró alrededor. Una mujer de unos sesenta hacía punto en una de las mesas, sentada, tomando una infusión. Captó su mirada y le sonrió amablemente. Él se encogió de hombros. La verdad es que por la noche se veía de todo.

—Vamos, hombre, algo habrá visto. El tipo vestía muy bien —dijo Nathan mirándolo. El camarero lo miró a los ojos y algo cambió en él. Se estremeció y se echó para atrás. A Nathan le pareció ver un rabo que salía de la parte de atrás de sus pantalones. Se echó la mano a los ojos y se frotó la cara. ¿Qué estaba pasando?

—Tienes mala cara, Nat. Vete a casa y yo hago el primer informe.

—No, Mike, deberías descansar tú, tienes un bebé recién nacido. Ya bastante te quita el sueño.

—¿Seguro?

—Sí, ve. Mónica te lo agradecerá.

—Gracias, tío. El día que tengas tú bebés, te ayudaré en lo que sea.

—Eso no creo que ocurra, pero gracias.

Vio marcharse a Mike con cierta nostalgia. Solo tenía treinta y cinco, los mismos que él y tenía una preciosa familia. Él no había tenido mucha suerte, la verdad. Solo ex que no eran capaces de comprender que su trabajo le exigía mucho. O tal vez, como dijo la última, que era

adicto al trabajo.

Apuró el café y cuando fue a pagar, el camarero le señaló con la cabeza a la mujer que tejía en una mesa. Ella sonrió y le indicó que se acercase.

—Gracias por la invitación, señora...

—Higgins, Margaret, ¿le apetece sentarse unos minutos? Puede que tenga cierta información. Llevo un rato aquí sentada.

—Claro, señora Higgins —Nathan se sentó mirándola con curiosidad. Ella seguía tejiendo algún tipo de manta de vivos colores. Como no parecía estar dispuesta a hablar, él carraspeó—. ¿Dice que ha visto algo?

—La pregunta, inspector es ¿qué ha visto usted?

Nathan dio un respingo al ver sus ojos clavados y un cierto iris ahusado que desapareció con un parpadeo.

—¿A qué se refiere?

—Oh, lo sabe bien. A que el muerto no es lo que parece. Yo diría que es un híbrido nivel dos, a juzgar por su rostro descompuesto al entrar en la cafetería.

—No tengo ni idea de lo que me habla, señora —dijo Nathan incómodo. ¿Era parte de su alucinación? Le habían cambiado las pastillas hacía una semana. Tal vez le estaban produciendo visiones extrañas.

—Muchacho, no he venido a perder el tiempo. Tengo demasiadas cosas que atender para estar jugando a las adivinanzas. ¿Has visto su rostro real, sí o no?

Nathan empalideció sin poder evitarlo y ella sonrió por fin.

—Veo que sí. Inspector, quiero que forme parte de mi organización —dijo ella sacando una tarjeta azul oscuro con pequeñas pintas doradas, con un logo que tenía dos alas también doradas con unas iniciales sobreimpresas.

—¿ACSE?

—Sí, Asociación de Coleccionistas de Seres Extraordinarios. Aunque en realidad, no los coleccionamos, solo los censamos y hacemos ciertas investigaciones. No son como mariposas que colgar en una vitrina, entiéndame bien.

—No, no la entiendo y no sé de qué va.

—Está pensando que estoy chiflada y lo comprendo. Por algún motivo, usted ha... despertado y ahora va a ver muchas cosas extrañas. No se está volviendo loco. Solo el 1% de los humanos tienen un gen híbrido y no siempre se despierta. A veces, aparece en el momento de morir.

Nathan fue a abrir la boca, pero ella lo interrumpió.

—No, muchacho, no es que vayas a morir. A ti se te ha despertado antes y si no quieres atiborrarte de pastillas para evitar tus supuestas alucinaciones, te invito a que vengas a visitarnos cualquier día de estos. Te enseñaré las instalaciones. Solo si eres quien creo que eres, podrás ver la dirección.

Nathan miró la tarjeta y le dio varias vueltas, solo vio las iniciales y las alas doradas, además de una especie de bastón en el centro.

—Tal vez se ha equivocado, porque no veo nada.

—Puede ser, pero mírala mañana. Es posible que te sorprendas.

—Si no puede aportar ningún dato sobre el fallecido, me tengo que ir, señora Higgins.

—Tranquilo. Más tarde o más temprano hablarás conmigo. No suelo equivocarme. Adiós, inspector. Hasta pronto.

Nathan se levantó y salió de la cafetería más preocupado por la extraña conversación que por

el asesinato. ¿Cómo había sabido ella que había visto «algo»? ¿Y a qué se refería con esa asociación?

Llegó a la comisaría y se sentó en su mesa. Los compañeros del turno de noche se veían ya apagados y con ganas de marcharse. Lo primero que hizo fue buscar en Internet la dichosa asociación.

Lo único que encontró fue una página web bastante anticuada, donde se hablaba de clases de animales normales y otra de fantásticos, como una especie de enciclopedia extraña. Fantasía total. Y sí, ahí estaba la señora Higgins como presidenta de la asociación. Había alguna otra foto, le llamó la atención la fundadora, una tal Annabelle Smith, de la que había un cuadro.

Los objetivos de la asociación parecían ser preservar la fauna y la flora y compartir los conocimientos de los naturalistas asociados. ¿Qué pintaba la mujer en la cafetería a esas horas y por qué había visto él esas cosas?

Se levantó a por otro café. La comisaria llegó entonces y se puso una taza. Lo miró atentamente y él se puso tenso. Hacía varios meses habían tenido un rollo y se acostaron. Desde entonces, la situación era incómoda. A él le gustaba su energía y su forma de llevar la pequeña comisaría, pero ella le dejó claro que no había nada más.

Solo sexo, le había dicho. Y solo hubo siete veces de esa condición.

—¿Qué tienes?

—Un tipo bastante elegante, asesinado, sin violencia aparente. Aunque tenía los ojos en blanco. Esperemos a que López nos dé un resultado preliminar.

—¿Ningún tipo de violencia?

—Nada, comisaria. Como si se hubiera desmayado. Tal vez le dio un infarto o había consumido alguna sustancia adulterada.

—Está bien. Avísame de lo que sea. Esta zona siempre ha sido muy tranquila, a pesar de no ser la mejor de la ciudad y no quiero que cambie.

—Sí, jefa.

Ella alzó los ojos y se metió en el despacho. Nathan volvió a su puesto y empezó a buscar al tipo en las redes sociales y por Internet. Robert E. Carson, abogado, de treinta y seis años, casado con una preciosa mujer que parecía modelo, como él. Tenían una enorme mansión en el mejor distrito de la ciudad. Buscó los datos de contacto para avisar a la esposa, pero no encontró el teléfono.

Por las redes sociales parecía un tipo tan normal, clase alta, barcos, viajes a esquiar, a playas paradisíacas, fiestas, ... ¿qué hacía un hombre así en ese callejón?

Envío un mensaje a Mike para que acudiera a la mansión del tipo en media hora y él tomó su cazadora negra y fue al lavabo para adecentarse. Marcadas ojeras grises le daban un aspecto macilento. Hace años fue un atleta, capaz de correr y levantar pesos, y aunque no había perdido la forma del todo, de ocho meses a esta parte, después de que le disparasen y estuviera a punto de morir, las pesadillas nocturnas le estaban robando la vida. Dormía poco, estaba cansado durante el día y su energía parecía estar en las últimas. El psicólogo del cuerpo le había recomendado tomar somníferos y gracias a ello conseguía dormir tres o cuatro horas sin soñar demasiado. La mayoría de los días se despertaba en mitad de la noche, empapado en sudor y sin recordar nada de lo que había soñado, aunque con mal cuerpo que incluso le llevaba a vomitar lo poco que conseguía cenar.

Sí, realmente no estaba en su mejor momento.

Se montó en su coche y tras la confirmación de que Mike acudía con el suyo al lugar, condujo hacia el barrio. Las calles empezaban a despertar y los transeúntes pasaban de forma

apresurada hasta su lugar de trabajo. Paró en un semáforo y una mujer pasó por delante. Se la quedó mirando con curiosidad. ¿Tenía cuernos? Se asomó por la ventanilla y ella se giró hacia él, sobresaltándose. Después salió corriendo.

—¿Tan mala cara tengo?

Se miró en el retrovisor y solo vio sus ojos, cada día más oscuros y rodeados de un halo violáceo. Sí, suponía que daba miedo. Si no fuera policía, parecería un delincuente.

Llegó al barrio de la mejor zona de la ciudad. Allí no había personas normales caminando hacia su trabajo. Solo lujosos coches, algunos con chófer, esperaban en la calle a sus pasajeros. Encontró el vehículo de su amigo, un enorme, fiable y robusto Dodge Avenger gris oscuro de hace por lo menos quince años, que estaba impecable, como él.

Lo saludó con un movimiento de cabeza y se dirigieron a la elegante casa de cuatro plantas y ladrillo claro. Las ventanas de madera aparecían con las cortinas echadas, aunque a Nathan le pareció ver una sombra en el segundo piso.

Llamaron al timbre y esperaron.

—Gracias, tío, he dormido un par de horas antes de que la peque se despertase. ¿Estás bien? Tienes cara de culo.

—Hombre, gracias. Esta noche dormiré.

—¿Hace cuánto no te haces un reconocimiento médico?

La puerta se abrió y Nathan suspiró aliviado por no tener que contestar. Una estirada mujer, con el rostro serio, los miró de arriba abajo hasta que sacaron la placa.

—Buscamos a la señora Carson, ¿puede avisarla? —dijo Mike.

—Todavía no se ha levantado, ¿han visto ustedes la hora que es? —contestó la mujer sin dejarlos pasar.

—¿El señor Carson está? —preguntó Nathan.

—El señor está de viaje —contestó ella.

—¿Puede avisar a la señora?

—Está bien, pasen a la salita. Y no toquen nada.

La mujer se apartó a regañadientes y los condujo a una sala lateral donde había varios sofás y una mesita redonda con adornos delicados. Todo allí olía y se veía de primera calidad. La mujer cerró la puerta con una última mirada de advertencia.

Mike miró a su alrededor, había un escritorio con algo de papel y una pluma de ave en un tintero, algo que seguramente no usarían, cuadros de elegantes personas llevando traje o elegantes vestidos de fiesta y con joyas que parecían únicas. Nathan no entendía de ese tema, pero semejantes pedruscos valdrían más que todo lo que él había tenido o podría poseer a lo largo de diez vidas.

—¿El tipo está de viaje? ¿Y por qué lo encontramos en un callejón? —dijo Mike sobresaltando a Nathan, que andaba mirando uno de los cuadros con curiosidad.

De repente, un chillido les sorprendió y salieron corriendo de la sala, pistola en mano.

CAPÍTULO 2. UN DESAGRADABLE DESCUBRIMIENTO



El grito venía de arriba, así que sin dudar lo subieron las elegantes escaleras de mármol que se bifurcaban en la parte superior. Mike se fue hacia la izquierda y él hacia la derecha. La mujer que les había abierto salió de una estancia con puertas dobles, mirándose las manos, llenas de sangre. Estaba aterrorizada y boqueaba como un pez fuera del agua. Nathan, que estaba en el pasillo, entró en el dormitorio mientras escuchó a Mike correr hacia ellos.

La ventana estaba abierta y las cortinas se movían con furia, por el viento. Echó un vistazo a la cama y supo que no podría hacer nada, así que se asomó por ella y vio una sombra salir corriendo. Cómo había conseguido saltar dos pisos y no romperse la pierna era algo que pensaría más tarde.

—El sospechoso corre, atiende a la víctima —dijo bajando las escaleras. Su pecho martilleaba demasiado fuerte mientras avanzaba con grandes zancadas. Dio la vuelta a la casa y corrió hacia donde había desaparecido la sombra. Se encontró de bruces con una alta valla metálica que imposibilitaba saltarla o pasar a través de los barrotes. Sin embargo, lo vio. Una figura menuda al otro lado de la acera que sostenía algo en la mano, algo envuelto en una tela y que sangraba. Y, tal como lo vio, después de que un coche pasara por la calzada, dejó de verlo.

Se frotó los ojos, sin saber qué había pasado. Con rabia, dio una patada a una piedra y volvió a la casa.

La puerta estaba abierta y subió por las escaleras. La mujer, antes tan digna y elegante, estaba echada en el suelo, llorando. Se notaba que se había limpiado la sangre en la ropa y tenía el rostro también manchado. Nathan entró en el dormitorio, donde Mike lo esperaba pálido.

—Joder, Nat, esto es una puta carnicería.

El inspector miró al cadáver de la exquisita mujer. Ella parecía dormida de cuello para arriba, pero su vientre estaba rajado desde el esternón hasta el pubis. Habían abierto su tripa, su útero y...

—¿Estaba embarazada?

—Sí, la mujer me lo ha confirmado. La han rajado para sacarle al bebé.

Nathan empalideció. Era lo que llevaba el asesino. El bebé. ¿Cómo explicar esto?

Sacó unos guantes de su bolsillo y se los puso para abrirle los ojos. Estaban en blanco, igual que los de su esposo.

—Ya he llamado a todos. No toquemos nada.

Nathan se la quedó mirando fijamente, solo por si ella... se convertía en algo raro. Algo como su marido, pero por mucho que la miró fijamente, no sucedió. Suspiró aliviado. Puede que, al final, todo hubiera sido una alucinación, como la del sospechoso.

—¿Has visto algo allá fuera? —dijo Mike.

—Alguien no muy alto, puede que un joven o una mujer, iba encapuchado, con ropa oscura. Y tenía sangre. Llevaba un bulto, tal vez el bebé.

—¿Pero cómo puede ser? Es demasiado reciente y ¿no has conseguido atraparlo?

—No me digas cómo pero saltó la valla y luego... se esfumó.

—¿Qué quieres decir?

—Mira, da aviso con la descripción y déjame en paz.

Mike lo miró preocupado y salió de la habitación. Nathan se quedó apoyado en la ventana y se asomó. Había alguna huella del salto, pero de dos pies, el césped estaba impoluto. Si él saltase desde esa altura, seguramente se hubiera caído en el suelo.

—Joder, vaya mierda —dijo volviéndose hacia el cadáver. No vio nada fuera de lo normal en un terrible asesinato, así que salió para hablar con la empleada. La acompañó al piso de abajo.

—¿Dónde está la cocina?

Ella señaló una puerta y ambos entraron. Le hizo sentarse en una de las elegantes butacas que había alrededor de la mesa. Si alguna vez había pensado en cómo sería la cocina de sus sueños, sería igual que esa. Amplia, luminosa, de estilo industrial y con todos los electrodomésticos que podría soñar. Vio un termo con agua y lo encendió.

—¿Las infusiones?

La mujer señaló el armario de arriba y encontró una coqueta caja con todas ellas clasificadas por su nombre. Buscó la tila y cogió una bolsa.

Le sirvió una a la mujer, que lo miró agradecía. Él podría ser amable si era necesario.

—¿Cómo se llama?

—Tina Loupos, soy griega. Llevo trabajando para la familia Carson desde hace veinte años. Es terrible... cuando se enteró el señor.

—¿Cómo se llama la... fallecida?

—Lidia Carson, inspector. Estaba embarazada de ocho meses, su primer descendiente. ¿De verdad se lo han llevado?

—Sí, lo siento.

La mujer se echó las manos a la cara y empezó a llorar amargamente. Nathan pensó que no podría sacar mucho más de ella.

—Han sido ellos —dijo entre sollozos—, los que coleccionan a los especiales.

—¿Qué quiere decir con eso?

Ella lo miró aterrorizada y enterró la cabeza en sus brazos, llorando con amargura. Las sirenas de ambulancia y policía llegaron a la finca y hasta la comisaria entró en la casa, con el rostro desencajado.

—¿Es cierto lo que ha dicho Mike? ¿Le han extraído al bebé?

—Sí, jefa. Algo muy desagradable.

Marcos lo saludó y él le señaló el piso de arriba. Subió con el equipo para realizar su trabajo. Nathan se dirigió a uno de los sanitarios para que atendiera a la mujer que seguía en la cocina. La comisaria lo miró con seriedad.

—¿Se te ha escapado?

—Jefa, saltó la puta valla de dos metros y medio. Todavía no he conseguido ser Superman.

—¿Y cómo lo hizo? ¿Cargado con ese bebé? ¿Estaba vivo?

—No lo sé, joder. Estaba al otro lado de la acera con el bulto en las manos. Y luego desapareció.

—¿Cómo que desapareció?

—Sí. Pasó un coche y dejé de verlo. Así fue.

—Eso no quedará bien en el informe. Tal vez tengas que tomarte unos días, Nathan.

—Vete a la mierda, Jess.

—Soy tu jefa, no me hables así.

—Tenemos a dos compañeros de baja, así que si no quieres cargar a Mike con todo, tendrás que dejarme trabajar.

—Si sospecho que hay algo raro, te suspenderé, Nat. Así que ten cuidado con lo que haces o... tomas.

—Solo estoy con los somníferos que me prescribió el psicólogo del cuerpo, si quieres hazme una prueba de drogas.

—No es eso, Nathan, es que...

—Inspector Crane, comisaria. Dejemos las familiaridades.

Él se giró hacia Mike, que subía las escaleras para hablar con Marcos. Ciertamente, estaba alterado, pero lo que había visto era tan real como su amigo.

—¿Información preliminar? —preguntó Mike a Marcos que, enfundado en su traje de protección, examinaba el cadáver.

Se acercó a ellos y se quitó la capucha.

—Algo muy desagradable, chicos. Al menos ella no se enteró de nada, pues la extracción fue posterior a la muerte. Le han abierto con algo extremadamente fino y cortante. A la vez, caliente, pues cauterizó las heridas de los huesos. Pero después, parece como si hubiera tenido prisa y abrió el útero, llevándose hasta la placenta.

—¿Es posible que nos viera entrar? —preguntó Nathan.

—Físicamente es imposible, ¿tan rápido? Abrir el cuerpo, saltar por la ventana. No lo veo. Míralo bien, Marcos —insistió Mike.

—El corte es reciente, me reitero en ello, pero desde luego, lo examinaré a fondo en la morgue.

—Inspector McLeod, baje un momento —gritó la comisaria. Mike salió y Nathan fue hacia la puerta, pero Marcos lo paró y lo miró a los ojos.

Nathan parpadeó y vio un rostro distinto, con colmillos que le salían de la boca y se retorcían hacia la parte baja de su nariz. Dio un paso atrás.

—Así que es verdad. Eres tú —dijo su amigo Marcos—. Mira, Nat, sé que todo esto te está sobrepasando. Y sabes que este asesinato no es de un humano normal.

—¿Qué pasa aquí? ¿Qué eres?

—Soy uno de ellos, pero no me has visto hasta ahora porque... supongo que no eras capaz. Deberías hablar con la señora Higgins. Ella puede ayudarte y tú a nosotros. Si están asesinando a los seres extraordinarios, solo los coleccionistas pueden ayudarnos.

—La empleada... dijo que era culpa de los coleccionistas.

—¿Acusó directamente a la asociación? —preguntó Marcos preocupado.

—No, no directamente.

—Entonces ve a hablar con ella. Te aclarará muchas cosas. Y espero que la cerveza del domingo siga en pie, aunque... aunque sepas que no soy alguien normal.

—Yo...

—Tranquilo, necesitarás tu tiempo. Avísame. Yo sigo siendo el mismo tío.

Marcos se asomó a la puerta y dejó entrar al resto de su equipo. Nathan salió pálido y se sentó en la escalera, sin saber qué pensar.

—¿Estás bien? —preguntó Mike ascendiendo hacia él.

Nathan lo miró entrecerrando los ojos. ¿También él era... raro? Su rostro de siempre le tranquilizó.

—Supongo que estoy cansado y hambriento. Y este asesinato no es nada agradable.

—Lo entiendo. Da mucha pena que haya gente tan miserable que asesine al padre, a la madre y se lleve al bebé.

—¡Eso es! ¿Y si buscaban al bebé y el asesinato de los padres no ha sido sin una excusa?

—No tiene sentido, Nat. ¿para qué un bebé no nato? Dudo que haya sobrevivido.

—Sabes que en estas fechas, cuando se acerca el otoño, desaparecen muchos bebés. Puede ser rituales o mierdas de esas.

—No sé, esto me parece demasiado complicado para que sea algo así. No me imagino a cuatro chavales haciendo vudú o lo que sea y entrando en una casa como esta.

—¿Y si no son cuatro chavales? Hay gente muy loca y con mucho dinero. Esta pareja era... bueno, ricos, poderosos, especiales.

—Está demasiado... traído por los pelos, Nathan. Necesitaría pruebas más reales que una teoría mágica.

—Claro, Mike, claro, son producto de mi cansancio. Vamos a registrar la casa.

Dejaron el dormitorio para el final, cuando acabasen los de la científica y bajaron a revisar las habitaciones de la planta baja. Estaba la cocina, un enorme salón comedor, un baño y la salita donde habían esperado.

—¿Y no tenía un despacho en su casa, siendo abogado?

—Tal vez en el piso de arriba —contestó Mike.

—No me cuadra. Esta gente suele recibir a clientes especiales en su propia casa. No creo que les hiciera subir a la tercera planta.

—He visto una puerta que va al sótano. ¿Qué prefieres, buhardilla o sótano? —bromeó Mike sacando una moneda para echarla al aire.

—Yo bajo. Paso de subir dos pisos.

—Tienes que volver a hacer deporte, hombre, que te estás quedando flojo.

Mike le dio una fuerte palmada en la espalda que lo hizo tambalearse y se fue hacia las

escaleras para acceder a los pisos de arriba. Nathan suspiró y puso la mano en el pomo de la puerta del sótano. Un leve estremecimiento recorrió su espalda.

—Me estoy volviendo paranoico —bufó y abrió la puerta de golpe. Las luces se encendieron de forma automática y vio que las escaleras eran anchas y de piedra. Nada misterioso.

Bajó, apoyándose en la barandilla metálica que estaba bastante fría. De hecho, la temperatura del sótano había bajado al menos un par de grados. Parecía despejado, con suelo de cemento y paredes de ladrillo claro. Ningún mueble en lo que tenía a la vista. Al fondo había una puerta que probablemente saldría al jardín y las ventanas de la zona alta de la pared iluminaban el suelo, marcando su luz cuadrada. No se molestó en examinarlo, no había nada que ver. Se giró y sintió algo por el rabillo del ojo, pero cuando volvió a mirar, el sótano seguía igual.

—Joder, esto no es normal —protestó subiendo por las escaleras. Cerró la puerta y se olvidó del lugar, claro que, si hubiera visto lo que sucedió dentro, se habría quedado muy asombrado.

CAPÍTULO 3. VIAJE A NINGUNA PARTE



Tras un café y dos bollos, Nathan empezó a recuperarse. Mike lo miró con pena. Él estaba tomando un sándwich integral de pollo y lechuga. Se empezó a cuidar hace muchos años, tras dejar el boxeo y conocer a Mónica. Nathan era su compañero y su mejor amigo y desde el incidente, su salud se había deteriorado y lo cierto es que no sabía cómo ayudarle. Parecía atormentado. Cada día.

—¿Ya estás mejor con tanto azúcar? —bromeó Mike.

—Al menos así me funciona el cerebro —dijo él—. ¿Ha llegado Marcos a la morgue? Creo que iré a hablar con él.

—Te acompaño.

—No, tranquilo. Termina de comer algo, que ese cuerpo necesita alimentos sanos.

Salió de la comisaría pensando en los dos asesinatos que no le cuadraban nada. La morgue del distrito estaba solo a una calle. En eso tenían suerte. Nathan decidió ir caminando, sobre todo, para despejarse. Echó la mano al bolsillo de su cazadora y tocó la tarjeta de esa asociación. Aunque no la había tomado muy en serio, debía ir. Pero antes Marcos tenía que explicarle.... Lo que fuera.

Llegó al edificio donde su amigo trabajaba. Era una mole gris de cemento con ventanas reforzadas y un gran aparcamiento. En un lado había una torre también gris, que podría haber

tenido una campana, aunque ahora solo se encontraba un gran nido abandonado que nadie había retirado. Antes había sido una iglesia y muchas veces comentaban diciendo que los que llevaban allí, tenían acceso directo al cielo.

Saludó al oficial de la entrada y bajó hacia el sótano donde tenían las cámaras y las salas de autopsia. A Marcos no le gustaba que le apresuraran. Tomaba su trabajo como un ritual casi obsesivo, sin dejar un punto o una coma por examinar. Esta vez, Nathan necesitaba respuestas más rápidas y aclaratorias, no solo sobre los dos asesinatos, sino sobre él mismo.

Casi se tropezó con él cuando salía corriendo, alarmado.

—¿Qué pasa?

—Se lo han llevado, Nathan, el cuerpo del primer asesinado. No está.

—¿Cómo que no está?

—Mira.

Condujo al inspector hasta la sala donde tenían las cámaras de conservación. Todas ellas estaban abiertas, casi desencajadas de la bisagra, y la que debía contener al abogado, había sido arrancada y la bandeja donde se depositaba el cadáver estaba en el suelo.

—¿Lo ves? ¡No está!

—Lo veo, lo veo. Tranquilo.

—Esto es malo, muy malo, de verdad —dijo abriendo la boca y Nathan desvió la mirada porque volvió a ver sus colmillos retorcidos.

—Por favor, no quiero ver... no puedo...

—Amigo, no vas a poder evitarlo hasta que hables con la señora Higgins.

—Bueno, ahora tenemos que saber qué ha pasado. Vamos a ver las cámaras de seguridad.

—Espera, Nathan. El abogado, era un *fae* de alta cuna. Su esposa era humana, pero el bebé... era especial.

—¿Qué coño es un *fae*? ¿Qué me ocultas?

—Es demasiado largo para explicar ahora. Un *fae* es un hada o un elfo, depende de la cultura de donde se provenga. Este matrimonio era importante en el mundo Extraordinario. Es algo gordo, te lo aseguro. La señora...

—Si, vale lo pillo. Ella me lo explicará. Vamos a ver las cámaras.

El inspector subió a la planta calle sin mirar a su amigo. Estaba tan confuso que sus neuronas parecían haberse puesto en huelga. Accedieron a la sala de seguridad y la oficial al cargo puso las cámaras.

Una sombra menuda y delgada, con capucha y vestida de negro se acercaba a la pared y luego desaparecía. A los cinco minutos, volvía a aparecer con un bulto más grande que ella en el hombro. Miró a la cámara y el brillo blanquecino de sus ojos pareció chispear.

—Lo siento, inspector. Como ve, no hay nada.

—¿Cómo que no hay nada?

Marcos tomó del brazo a Nathan y lo sacó de la sala.

—Lo que tú y yo hemos visto, el tipo ese delgaducho, no lo van a ver los humanos normales.

—¿Es que yo no soy un humano normal? ¿Qué soy?

—No lo sé, la verdad. Algo. Deberías visitar la Asociación.

—Vigila el cuerpo de la mujer y dime lo que sea. Analiza muestras, no sé. Haz tu trabajo.

Marcos dio un respingo y frunció el ceño.

—Siempre hago mi trabajo, Nathan, sea quien sea. Aclárate porque si no te vas a volver loco. Se dio la vuelta y el inspector lo miró con tristeza. Estaba enfadado, decepcionado y asustado

porque ya no podía controlar su vida por las pesadillas, pero al menos su día a día era normal. En ese momento, hasta eso había cambiado.

Volvió a la comisaría con la cabeza baja. No quería mirar a nadie a los ojos. No quería ver nada raro. ¿Estaba entrando en una psicosis? Recordó que a su abuela materna la encerraron en un centro de salud mental. Hacía dos años que había muerto. Tal vez pudiera llamar a su madre y preguntarle por el mal que la aquejaba. Quizá había heredado su enfermedad. Su compañero interrumpió sus pensamientos.

—Ey, Nathan, ¿qué ha pasado en la Morgue? Marcos me ha llamado.

—Sí, joder, han robado el cadáver del abogado.

—Mandaré a Jones que lo investigue. Nosotros tenemos que buscar a la hermanastra de Carson. Resulta que es la única heredera y vive a unos cincuenta kilómetros de aquí, en una granja o algo así. No me coge el teléfono, así que nos vamos de viaje.

—Escucha, Mike, voy yo. Total, solo es buscar a una mujer. ¿No tenías que llevar a la peque al pediatra esta tarde con Mónica? Yo puedo hacerlo.

—Joder, Nat, no hago más que dejarte tirado.

—Si es que deberías haber tomado algún tiempo libre.

—Sabes que Mónica se ha quedado sin trabajo. Necesito seguir.

—Sí, es verdad, perdona. Dame la dirección.

Mike le alargó una nota.

—Deborah Carson. Tiene nombre de niña rica. ¿Qué hará en una granja?

—Lo mismo no es una granja, igual es algún tipo de retiro o una lujosa mansión. No hay muchas cosas sobre ella, pero es la heredera así que algo tendrá que contar. Llámame cuando llegues.

—Sí, papá.

Mike le dio un cariñoso puñetazo y Nathan se acercó hacia la puerta, pero le llamaron por detrás.

—Inspector Crane.

—¿Sí, jefa?

—Joder, Nat, ten cuidado con la carretera. Ya sabes...

—Que me haya pegado una hostia con el coche...

—... que casi te cuesta la vida...

—... que casi me cuesta la vida, sí, pero eso no quita que me la vuelva a pegar. Sabes que fue por el disparo. Ni siquiera recuerdo quién o por qué me disparó.

—Solo te digo que tengas cuidado, hombre.

—Vale, comisaria. Tendré cuidado.

Nathan salió molesto del edificio y se montó en el coche. Era un ligero sub oscuro, un modelo similar al anterior que había acabado destrozado. Le gustaba porque eran rápidos, fuertes y cómodos. Todavía lo estaba pagando así que no tenía ninguna intención de tener un accidente.

Salió de la ciudad, sin mirar a nadie. No quería «ver» nada. Quizá al siguiente día visitaría esa asociación, si es que conseguía encontrarla. Alguien tocó el claxon detrás de él y arrancó con el semáforo en verde. Las afueras de la ciudad eran otro lugar. Nada que ver con los rascacielos enormes, el alboroto, el ruido y la gente. Allí, solo había árboles y casas dispersas por el campo. Algunos cultivos de maíz aislados, y también a lo lejos, urbanizaciones de lujo para personas que querían pasar el fin de semana lejos del ambiente urbano.

Empezó a relajarse con algo de música de jazz. El día aparecía nublado como correspondía a los primeros días de octubre y amenazaba con lluvia. Caminar bajo ella sería delicioso. Oler la

tierra mojada le relajaba.

Se rascó la barba y se miró de refilón en el espejo. Se la estaba dejando crecer, sobre todo, para no tener que afeitarse cada día. Mike le decía que entre su nariz ligeramente desviada y la barba parecía un delincuente más que un policía, pero Mónica le había guiñado el ojo y comentado que le quedaba bien. Disfrutaba mucho de las cenas que compartían, aunque ahora con la peque tenían poco tiempo y mucho sueño.

Paró en una gasolinera y aprovechó para quitarse la cazadora y dejarla en el asiento de atrás. Tomó otro café de máquina que sabía a rayos y continuó el viaje. El ambiente del coche se había enfriado. Tal vez no tendría que haberse quitado la cazadora, así que puso la calefacción.

No se quitó esa sensación de frío hasta que no llegó a la puerta de un enorme terreno vallado. Ni se veía la casa, solo un camino bordeado con altos árboles que todavía conservaban las hojas verdosas.

Había un timbre a la altura del conductor y llamó. Antes de que pudiera explicar quién era, la puerta se abrió. Se encogió de hombros y avanzó con el coche por el camino. Las ruedas crujían mientras avanzaba por el sendero de la grava y la arena. Se veía algunos animales sueltos, ciervos y ¿zorros?, además de varios perros. Debía de ser un refugio para animales, un refugio en el que posiblemente vivían mejor que algunas personas.

Tras dos minutos de camino, llegó por fin a la entrada de la casa. Era un bungalow de una planta del que no era capaz de ver el final, pues estaba rodeado de frondosos árboles. Dudó al salir, porque había varios perros que se le habían acercado. Parecían amistosos, porque movían el rabo. Puso la mano en la porra corta, por si acaso. Jamás maltrataría a un animal, pero sí se defendería.

Una mujer con paso rápido se acercó a ellos y les dio órdenes para que se alejaran de allí. Luego, se volvió hacia él.

Nathan se quedó pasmado, con una pierna dentro del coche todavía, mirándola. Ella sonrió y pudo reaccionar, saliendo del coche.

—Buenos días, bienvenido a la granja Galatea. ¿En qué puedo ayudarle?

Nathan observó su sencillo aspecto. Sin duda era ella, porque sus facciones regulares y su rostro sereno eran como los del abogado. Vestía unos viejos vaqueros, botas de agua y un jersey que había visto muchas lavadoras.

—¿Deborah Carson?

—Sí, y usted es...

—Inspector Nathan Crane, de la metropolitana. ¿Podemos hablar un momento?

—¿Qué ocurre? Mis permisos están bien... o sea, ¿Por qué ha venido?

—Por favor, ¿podemos entrar?

—Claro, pase.

Se dirigió hacia la casa abrazándose el cuerpo y entraron moviendo unas cortinas de plástico. La casa se abría a un enorme salón con la cocina al fondo. Había algunos perros echados en el sofá y también varios gatos.

—¿Vive sola?

—¿Podría ver su placa? —dijo ella de repente.

—Sí, disculpe señora Carson.

Nathan le enseñó la cartera y ella asintió.

—¿Quiere una infusión o un café?

—No, preferiría hablar un momento. ¿Podemos sentarnos?

—Me está preocupando, inspector.

Ella se sentó y de inmediato, un gato pardo se puso en su regazo. Nathan miró hacia un lado y acabó por colocarse en el mismo sofá, pero en un lateral.

—Verá, señora Carson, no se puede decir que traiga buenas noticias.

—Soy Deborah y por favor, acabe ya.

—Su hermano Robert ha fallecido y también... su cuñada.

—¿Qué? —exclamó gritando. Se levantó disparada y el gato salió corriendo. Los animales desaparecieron de la sala.

—Lo siento, Deborah. ¿Puedo avisar a alguien? ¿Su esposo?

—¿Qué? ¡No! ¿Cómo? ¿Y el bebé?

—Por favor, siéntese.

Nathan la tomó de la mano y su piel fría la hizo mirarla a la cara. Dio un paso atrás al ver sus orejas puntiagudas y su pequeña naricita.

—Joder.

—Oh, es uno de ellos —dijo ella sentándose. Se echó a llorar enterrando el rostro en sus manos y Nathan consiguió calmarse y volver a colocarse en el sofá. Por una parte, deseaba consolarla, pero ella era... ¿un elfo?

—¿Podría acompañarme a la ciudad? Necesitaríamos que reconociera... ya sabe.

—¿No tiene corazón? Acaba de darme la peor noticia de mi vida y quiere que me mueva ya —dijo ella llorando. Su rostro estaba enrojecido de furia.

—Lo siento. Esperaré fuera si lo desea.

—No, quiero saber cómo ha sido. Cuénteme los detalles.

—No es agradable.

—Si está aquí es porque los han asesinado. Debo saberlo. Ya sabe qué soy, así que no nos andemos con paños calientes.

—Está bien. Su hermano fue asesinado en un callejón, solo tenía los ojos en blanco. Su cuñada fue asesinada en casa y... le robaron el bebé.

El rostro de Deborah estaba horrorizado, pero a la vez la determinación se veía en sus ojos.

—Voy a llamar a alguien para que cuide a los animales y me cambio. Deme cinco minutos.

—¿Puede decirme algún motivo para que los hayan asesinado?

—No le gustarían los motivos. Espere aquí.

Vio como ella cogía el teléfono y hablaba muy bajito. Luego, desapareció en una habitación y salió vestida con unos sencillos pantalones negros y un jersey blanco. Llevaba una mochila que parecía pesada.

—Vamos.

—Necesito que me diga algo, Deborah.

—¿No es usted un coleccionista? ¡Búsquese la vida!

—No lo soy. Solo soy policía.

Ella lo miró asombrada.

—¿Y por qué tiene la visión?

—No lo sé. Empezó hace poco. ¿Por qué odian o temen a los coleccionistas?

—¿Por qué cree que se llaman así? Al principio, nos «coleccionaban», ahora solo nos censan, pero todavía algunos dudamos de su organización. Siguen desapareciendo de los nuestros.

—¿De los suyos? ¿Elfos?

—Ya veo que no tiene ni idea —dijo ella sentándose en el asiento de copiloto—. No tiene ni la más remota idea.

Nathan arrancó el coche con la sensación de frío en él y salieron por la valla. Intentó preguntar alguna cosa más, pero ella se había cerrado en banda y solo tecleaba algún mensaje en el móvil. ¿Qué estaba pasando?

CAPÍTULO 4. LA HEREDERA



Nathan condujo hasta la ciudad y, sin pasar por la comisaría, paró en el aparcamiento del Instituto Forense. Ella se bajó del coche, cargada con su mochila y, aunque él le ofreció dejarla allí, no aceptó. No había soltado una sola palabra en todo el camino y solo cuando vio a Marcos y se quedaron mirando a los ojos durante un tiempo que podría haber sido incómodo, lo abrazó y él la consoló.

Él bufó y ambos se volvieron. Tuvo que desviar la vista de nuevo para no ver sus verdaderos rostros. Todavía no estaba preparado.

—El cadáver de tu hermano ha sido extraído, pero tu cuñada sigue aquí. ¿Sabes si el bebé era...?

—Sí, dio positivo —contestó ella mientras seguía a Marcos para reconocer a su cuñada. Él levantó la sábana y ella asintió. Después, sacó de su mochila un frasco con tinta dorada y brillante, miró al forense, que asintió y la abrió, metiendo el dedo.

Antes de que tocara la piel de la mujer, Nathan agarró su muñeca.

—¿Qué se supone que hace? —dijo enfadado.

—Déjala, Nat. Es su... religión.

—No puede estropear una prueba.

—Inspector, no voy a estropear nada. Nadie lo verá. Nadie humano. Y creo que el *jawo* ha terminado ya.

—¿El *jawo*?

—Sí, es mi raza, Nat y sí, he terminado. Déjala, por favor.

Ella se liberó con un mal gesto e hizo ciertos símbolos en la piel de la señora Carson, que desaparecieron en cuanto se secaron.

Pronunció una leve oración y después, ambos bajaron la mirada y estuvieron en silencio unos minutos. Cuando Deborah levantó el rostro, humedecido por las lágrimas, volvió a abrazar a Marcos y se dirigió a la salida.

—Un momento, señorita Carson, debe explicar...

—¿Qué quiere que le explique, inspector? ¿Algo humano o de «lo otro»? Porque creo que lo segundo no quedará bien en un informe —dijo ella tensando la mandíbula.

—Hablemos, por favor, de lo que sea.

—Pero no dentro de la comisaría. No quiero cámaras. —Se volvió hacia Marcos y le dio un abrazo—. Gracias por tu respetuoso trato con mi familia. Encontraré a mi hermano.

—No había nada en él, señorita Carson, ningún tipo de indicio de...

—¡Marcos! ¡Es confidencial!

El forense asintió y ella miró de malas maneras al inspector.

—Acabemos con esto. Debería hablar con la señora Higgins, pero supongo que está demasiado confuso si acaba de despertar a la Visión. —Nathan notó casi una mirada de pena en su rostro. Casi.

—Enfrente hay una cafetería, vayamos allí.

Sin montar en el coche y abrigándose por el viento frío que se había comenzado a levantar, cruzaron la calle hasta una moderna cafetería llena de policías y otros funcionarios. Se pusieron en un rincón y Nathan pidió un café cargado para él y una infusión para ella. Algunas personas, o aparentemente personas, la saludaron, incluso inclinaron la cabeza ante ella. Él observó que todos los que lo hacían eran especiales. Cuando el camarero les trajo las bebidas, la miró fijamente.

—¿Me va a decir qué está pasando y por qué todos la miran con eso que parece sumisión?

—Son cosas de familia. Los míos son muy respetados...

—Menos milongas, señorita Carson. Como usted dice, tengo esa puta Visión y no soy idiota. Empiece a hablar.

—No tengo por qué hacerlo, inspector —contestó ella irguiéndose en su sitio—, pero quiero que encuentren al asesino de mi familia y supongo que usted tiene ciertos medios para hacerlo, por mucho que me fastidie.

—¿Quién es su familia y por qué querrían hacerles eso?

Ella tomó un sorbo de su infusión. Nathan observó sus pequeñas orejas puntiagudas moviéndose graciosamente. Si su hermano era horrible en su... otro aspecto... ella desde luego no lo era.

—Digamos que pertenecemos a la nobleza de los seres extraordinarios. Mi hermanastro Robert es... era consejero del rey Garald y la reina Sofía, que tienen la potestad de dirigir el Mundo Oculto.

—¿Y es pariente de ese tal Garald?

—¡Hable con respeto! En cierta forma.

—Por lo que usted también lo es.

—Somos hijos de su primera esposa. Pero mi padre era humano. Solo que Robert era híbrido nivel dos, y yo soy nivel cuatro. Cosas de la genética.

—Entonces, ¿sería el heredero?

—Sí, aunque

muchos no aprobaban su matrimonio con Lidia, porque era humana en un 90%. Ya se sabe, en todos los lugares hay problemas con la pureza de la raza.

—Y con él muerto, ¿quién heredaría?

—Solo nacimos dos hijos de la reina Mara, primera esposa de Garald, que fue rey solo por su matrimonio. Y la reina Sofía está embarazada, por lo que, en teoría, yo sería la heredera en primer lugar y el hijo no nacido sería el segundo por orden de sucesión. Si mi hermano hubiera reinado, su hijo era el siguiente.

—Qué conveniente... —soltó Nathan, ganándose una mirada furibunda de la mujer.

—¿Cree que yo maté a mi hermano? Lo amaba y también a mi futuro sobrino. Si vivo en esa granja es porque no me gusta la vida de la corte. Pensaba que era más listo.

—Los asesinatos de este tipo suelen ser por poder, dinero o venganza. Si no ha sido usted, puede ser la siguiente.

—No tengo miedo. Sé defenderme.

—¿Cómo puede ser eso? No creo que su hermano fuera un ser indefenso.

—No lo era —comentó ella pensativa. Tomó un sorbo de su té sin levantar el rostro.

—Puede estar en peligro... —dijo él más suave.

—Me da más miedo un humano cualquiera con una pistola que vaya paseando por la calle, y sin un motivo aparente, solo porque el traje de alguien no le guste o porque le haya mirado mal, le pegue un tiro. Eso es una tragedia. Los habitantes de Mundo Oscuro no asesinamos por motivos banales.

—O sea, que asesinan.

Ella resopló.

—Como los humanos, ni más ni menos. Y si no tiene nada más que decirme, tengo que ocuparme de muchos asuntos.

—La acompaño. Necesita que la protejan. Deberíamos proporcionarle una escolta...

—Usted vio al asesino, dígamelo —dijo ella levantándose—, ¿lo pudo atrapar? ¿Acercarse un poco a él o ella? ¿Se escabulló de repente? —Nathan empalideció—. ¿Lo ve? No puede protegerme de un *sindhar*. Son como sombras, rápidos y letales. Nadie puede detener a esos asesinos a sueldo. Cualquiera podría haberlo contratado.

—Algo se podrá hacer.

—Y yo solita lo haré. Además, debo comunicarles a los reyes las nuevas. Posiblemente lo sepan, pero hay que hacerlo oficial.

—Al menos, guarde mi tarjeta y llámeme si necesita cualquier cosa. Y podría darme su teléfono.

—Le concederé eso. Deme.

Ella tomó su tarjeta y abrió su móvil, con rapidez inusitada, grabó su número y le hizo una llamada perdida.

—Ya me tiene localizada. Tal vez le llame para contarle lo que ha sucedido. Y visite a la señora Higgins o no pasará del mes. Tiene una cara horrible.

—¿Gracias? —dijo él. Ella se encogió de hombros y se marchó por la puerta, cargada con la mochila. Nathan maldijo en silencio. Pagó los cafés y volvió a visitar a Marcos. Se encontraba mirando unas muestras en el microscopio.

—Nat, ¿se ha ido la señorita Carson? No deberías haberla dejado sola.

—¿Crees que ha querido que la protegiera? Vengo por respuestas.

—En la Agencia te las darían. Deberías ir. En realidad, no tenemos permitido contar nada a extraños. Aunque claro, supongo que tú ya no lo eres.

—Ella me ha contado algo sobre los reyes y que es la heredera.

—Curioso —dijo Marcos levantándose y caminando hacia la cafetera. Miró a Nathan y este asintió. Tomó dos vasos de papel y sirvió café hasta casi el borde.

—¿Por qué?

—Una Carson nunca contaría nada a alguien que no fuera... del otro lado. Supongo que tiene una visión positiva de ti.

—O que cree que la voy a palmar en un mes.

Marcos se atragantó y lo miró. Luego se acercó a él y lo olisqueó.

—¿Qué narices haces?

—Los *jawo* tenemos muy buen olor y te aseguro que no te vas a morir en un mes, a menos de que te peguen un tiro, claro. Supongo que se referirá a que ahora que tienes esa visión, deberías protegerte y estar informado. Los coleccionistas son un trofeo para algunos. Me sabría malo que, por estar indefenso, colgaran tu cabeza en algún salón.

—¡No me jodas!

—Era broma —dijo Marcos sonriendo—, pero sí es verdad que muchos de los míos tienen miedo a los coleccionistas, por lo que sucedió en la... antigüedad. Y puede ser que algunos de los miembros no sean sino los mismos cazadores de antes. Si entras, deberías desconfiar, andarte con los ojos muy abiertos. —Se echó a reír por su broma, sin que Nathan lo acompañara—. En serio, amigo. Si quieres sobrevivir, necesitas protección. Ahora todos te ven y saben lo que eres, y eso no es bueno. Como entre los humanos, hay de todo y aunque los violentos están más o menos controlados, nunca se sabe.

—Me está empezando a doler la cabeza...

—Eso desaparecerá. Estás recibiendo mucha información y se necesita un amuleto para canalizarla. Yo no sabía que eras uno de ellos, si no, te lo hubiera dicho antes. Las pesadillas también desaparecerán. Y no hace falta que lo niegues, es un síntoma de tu despertar, además de que tus ojerías lo cuentan claro.

—Puede que vaya, ¿dónde...?

—¿No te dieron una tarjeta? Es allí. Cambian de dirección de una forma, digamos... mágica. Es como si su edificio lo trasladasen a diferentes espacios —Nathan fue a abrir la boca y él levantó la mano—. Ni te molestes. No tengo ni idea.

—No me has ayudado mucho, y eso que nos conocemos desde hace muchos años.

—Lo sé, y créeme que si no fuera así, no te habría contado nada de nada. Habla con Higgins, es un poco extraña y sí, es uno de nosotros, creo que lo sabes.

—Me pareció ver algo en sus ojos.

—Tiene un cierto linaje oscuro que nadie sabe, y es posible que con el tiempo, tus ojos cambien. De hecho, ya han empezado. Cuando un extraordinario te mira, solo ve tus ojos negros, sin la esclerótica, ya sabes, el blanco de los ojos.

—¿En serio? ¿Tú también me ves así?

—Ahora. Antes, no. Y no todo el rato, viene y va. Es curioso. Creo que te podrán informar más en la asociación. Deberías ir cuanto antes.

Nathan salió de la zona y se sentó en el coche. Tomó la tarjeta, en la que solo estaba el logotipo de la asociación y le dio varias vueltas, hasta que, de repente, mirándola fijamente, unas letras doradas comenzaron a brotar y le dieron una dirección. Sí, allí debería ir.

CAPÍTULO 5. EL MUNDO OSCURO



Deborah bajó al metro y se metió por cualquier línea. Solo necesitaba llegar al último vagón, a ser posible, sin que la viera nadie. La entrada normal al reino podría estar vigilada, así que debía acceder a través de otras alternativas.

Sintió que la seguían desde el primer paso que dio fuera del instituto forense. Había sido descuidada, porque estaba muy afectada al ver a su querida Lidia muerta. Apreciaba mucho a la esposa de su hermano con la que había intercedido para que ambos se reconciliaran. Hacía un año y medio estuvieron a punto de separarse, por las tensiones que el cargo de Robert conllevaba. Sin embargo, volvieron a estar juntos y se quedó embarazada. Estaba muy ilusionada por tener un bebé y estaban pensando en aumentar la familia al año. Unas vidas truncadas y ¿por qué?

En eso le daba la razón al inspector, poder, dinero. Las hadas eran así. En general, bastante ambiciosas. Ocupaban altos cargos en la esfera humana, no se contentaban con ser nobles en su propio mundo. Además, eran especialmente fértiles. Se diría que querían repoblar el mundo con híbridos.

Miró de reojo por si era un asesino a sueldo o el mismo inspector que había decidido seguirle. Pasó la mano por la pantalla como si llevase una tarjeta en su móvil y la barrera se abrió. Seguía mirando de reojo y con todos los sentidos abiertos. Quizá hubiera debido aceptar la

protección del inspector, pero no podía llevar a un Coleccionista al reino. Seguramente acabarían asesinandolo.

Consiguió ver a quien le seguía y se apresuró para esconderse tras una columna. Cuando su perseguidor salió, se puso detrás de él y clavó una de sus dagas doradas en su costado, pinchándole ligeramente.

—¿Por qué me sigues, Janabay? —susurró ella en su oído, sin quitar la daga.

—Alteza, por favor, el rey me ha enviado para localizarla, para protegerla. Ya nos hemos enterado de lo del heredero y su familia.

Ella suspiró dolorida y apretó los dientes.

—Poca protección eres cuando te he pillado a la primera.

—Lo siento. Yo... el metro y la gente siempre me confunden.

—Deberías salir más de allá abajo —contestó ella recogiendo con rapidez su daga y apartándose del hada. Era un centímetro más bajo que ella y de facciones finas y regulares. Como todos ellos, estaba entrenado, se suponía. Porque ella lo había sorprendido con mucha facilidad.

—¿Puedo acompañarla? —dijo. Hizo una reverencia cuando se volvió hacia ella.

—Haz el favor, Janabay. Compórtate como un humano.

—Ah, sí, claro.

—Acompáñame, qué remedio, de todas formas, tienes que volver, ¿no es así?

—Sí, alte... señorita Carson.

—Eso está mejor. Vamos.

Entraron en uno de los últimos vagones del metro y caminaron por dentro mientras el tren se ponía en marcha. Las luces parpadeaban cada vez que el vagón se inclinaba hacia un lado u otro. Había poca gente y llegaron enseguida al último vagón, donde una pequeña pandilla se estaba liando un cigarrillo. Necesitaban pasar para acceder a la puerta trasera, así que Deborah se adelantó.

—Muchachos, necesitamos ese sitio. ¿Os importa cedérmelo?

La primera reacción de los cuatro adolescentes que estaban medio tirados en los asientos fue de asombro. Después, se echaron a reír y uno de ellos se levantó.

—¿Y cómo vas a obligarnos? ¿Me vas a dar dinero o me la vas a chupar?

—¿Cómo te atreves? —dijo Janabay poniéndose a su lado.

—Mirad, chicos, no quiero problemas. Solo pasar, es muy sencillo.

—Es el último vagón, estúpida, ¿es que no lo ves?

—Déjeme que los aparte, señorita Car...

—Basta, Janabay. Esto se acaba aquí y ahora.

Deborah miró fijamente al muchacho, que pareció quedarse aturdido. Los otros se acercaron, uno de ellos con una navaja. Ella deslizó su mirada de uno a otro. El de la navaja comenzó a mojar sus pantalones.

—*Marchaos* —dijo con su otra voz. Los chicos echaron a correr y salieron por la puerta del vagón.

—Impresionante, alteza. Su...

Ella se volvió y el tipo se estremeció. Todavía no habían cambiado sus ojos, negros como el carbón. No todas las hadas podían hacer eso.

—Vamos, abriré la puerta. Tú vigila.

Deborah puso la mano sobre el cristal que daba al túnel oscuro. Miró atrás y una onda de energía azul salió de sus manos. La oscura apertura no tenía nada que ver con los túneles del

metro. El vagón se sacudió, haciendo que las luces se apagaran. Cuando se volvieron a encender, un encapuchado se acercaba a ellos.

—Deprisa, él no podrá entrar.

Deborah se lanzó tomando del brazo a Janabay y saltaron. El portal se cerró de forma inmediata y ellos cayeron al suelo. Se levantó, asegurándose de que el asesino no los había seguido y vio a su acompañante que no lo hacía.

—¿Estás bien?

—Sí, creo... creo que me ha herido —dijo levantando una mano ensangrentada de su costado. Sangre negra. Ahí no tenían que usar el *glamour* para disimular su sangre.

Dos guardias se acercaron armados y se inclinaron delante de Deborah. Ella, impaciente, les hizo cargar con su acompañante. Miró de refilón hacia el portal cerrado. Todavía se veía algo del vagón y el encapuchado seguía allí, con las manos cruzadas sobre su pecho. Le dio la sensación de que era una hembra, posiblemente joven. Los asesinos eran captados y entrenados desde niños procedentes de las diferentes razas.

La escolta del rey llegó y la acompañó hasta la biblioteca, repleta de ejemplares con miles de años de antigüedad y donde se guardaban los tratados más valiosos de todo el reino. Le extrañó que no la recibiera en el salón del trono. Tal vez quería ser discreto con respecto a la desaparición de Robert.

—Altezas —saludó Deborah delante de los reyes, que se sentaban en dos cómodos sillones de las mejores telas del reino de las hadas.

—¿Estás bien? —preguntó el rey Garald, acercándose a ella y saltándose el protocolo para abrazarla—. Siento lo de tu hermano. Era un magnífico muchacho y podría haber sido un gran rey.

Deborah aguantó las lágrimas mientras veía a Sofía acariciar su vientre abultado. Ella parecía triste también.

—Han abierto a su esposa y han robado al bebé. No sé si el motivo es un rito o solo querían hacer el máximo daño posible.

—Siéntate, Deb, hablemos —dijo el rey volviendo a su asiento. Ella frunció el ceño. Solo su hermano la llamaba así. Se sentó y de inmediato le sirvieron una taza de té. Los sirvientes se alejaron de ellos para respetar su confidencialidad.

—Es posible que quieran atentar contra ti también, Deborah —dijo Sofía con su dulce voz—, y contra mi bebé. Puede que deseen acabar con la estirpe real.

Se echó a llorar y el rey la tomó de la mano, consolándola y diciéndole palabras dulces que ella jamás había escuchado decir a su madre. Claro que ella era treinta años mayor. Sofía era un hada que puede que tuviera menos edad que ella. Y, desde luego, noble y preciosa. Una reina que ella nunca sería.

—Deberíamos nombrarte heredera cuanto antes —dijo el rey sin soltar a su esposa—, para evitar problemas.

—¿Y si no quiero ser heredera? —dijo Deborah—, no es por miedo, es porque... yo no nací para ello. Mi hermano ha... fue educado desde niño para ese papel. Tú eres joven, puedes vivir muchos años hasta que tu hijo sea mayor.

Sofía pareció sorprendida y Garald negó con la cabeza. Luego, miró a su esposa, que asintió y suspiró.

—Tu madre desearía que fueras tú la heredera. ¿No crees que la estarás decepcionando?

—Mi madre querría que fuera feliz, majestad. Y soy feliz en mi granja, cuidando animales.

—Está bien, realizaremos la ceremonia y renunciarás a tus derechos en favor de mi hijo, si

de verdad lo deseas. Te daré un tiempo para que lo pienses, ¿te parece bien un mes?

—Como deseas, pero no creo que cambie de opinión. Lo que sí quiero es averiguar por qué un asesino *sindhar* acabó con la vida de mi hermano, de su familia y hoy nos ha perseguido a Janabay y a mí hasta el portal.

—¿Has hablado con la señora Higgins? —preguntó Sofía.

—Todavía no. Ya sabes que no me acabo de fiar de todos ellos.

—Investiga todo lo posible y descubre a los asesinos. Les daremos un castigo ejemplar —dijo el rey moviendo la mano. Era hora de irse.

Deborah se levantó y tras una reverencia se alejó hacia la enfermería. El palacio de las hadas era una ciudad en otro plano. Se accedía por varios portales y ellas vivían allí, en habitaciones que eran como pequeños apartamentos, con todas las comodidades. En el centro del edificio, había un enorme patio donde se solían reunir, con árboles de colores imposibles creados por magia. Las hadas eran aparentemente bellas, o ese era el aspecto que tenían en la tierra. Allí, todas mostraban su verdadero rostro.

Entró en el ala médica y enseguida localizó a Janabay. Este la miró agradecido y se levantó, algo tembloroso.

—Mi misión es protegerla, miss Carson.

—Estás herido. No vas a venir conmigo.

—Ya estoy bien, solo era superficial. La doctora me ha curado. Iré detrás de usted, si quiere, no me verá.

Deborah resopló. Si querían asignarle a alguien que no la iba a guardar, él era el indicado. La miró con ojos de súplica y ella asintió. Por lo menos, la acompañaría y lo tendría controlado.

—En diez minutos salgo, he de ir a recoger algunas cosas. Acude al portal blanco.

—Sí, miss Carson.

—Y llámame Deborah o no vendrás conmigo.

Él asintió y ella se fue caminando por los pasillos hasta llegar a una zona no tan luminosa ni visitada por el resto de las hadas. Allí vivía la hermana mayor de su madre, Moira. Un hada que decían que, además, era hechicera. Siempre que podía, la iba a visitar.

Estaba en la cocina, preparando algo que olía mal. No se giró cuando Deborah entró en la estancia, pero eso ya lo sabía. No necesitaba verla para saber que era ella.

—Tía Moira, ¿te has enterado?

Ella se giró y abrió los brazos. Deborah se lanzó por ellos y se dejó llevar por toda la tristeza acumulada y que no había expresado desde que se enteró de la noticia. Estuvo llorando un buen rato hasta que su tía, acariciándole el cabello, la calmó. Se sentaron alrededor de una sencilla mesa de madera redonda y su tía trajo una tetera y dos tazas diferentes. Sirvió té y sacó unas sencillas galletas de una lata.

—Me preocupa que quieran acabar con la estirpe de tu madre. Solo quedas tú. Y yo, pero nadie quiere a una vieja.

—No digas eso, tía. ¿Por qué querrían acabar con nuestra línea de sangre?

—Somos de los más puros, tu hermano más que tú, pues heredó los genes antiguos. Aun así, si te emparejaras bien, podrías engendrar un niño igual a Robert. Tal vez su hijo lo era.

—Dio positivo en los genes, Moira. Pensé que lo sabías.

—No fue al 100%, solo tenía un sesenta por ciento de posibilidades.

—Esas antiguas leyendas son una tontería. Ningún hada quería predominar sobre los humanos. Somos poquísimos y vivimos bien. Es algo absurdo.

—Tú sabes que las hadas hemos sido siempre muy ambiciosas. Tu madre se casó con un

humano y no hizo bien, aunque fuera un multimillonario.

—Y aun así nació Robert con un 80%

—Sí, curiosamente así fue. Por eso, aunque tú solo tengas un cuarenta, podrías dar a luz un bebé apto. Así que les sobras. Estás todavía en edad fértil.

—Ya me cuidaré bien de que nadie acabe conmigo —sonrió Deborah.

—No te lo tomes a broma, niña. Sé que no he podido hacer nada para salvar a Robert o a su hijo, pero haré lo que sea por, al menos, salvarte a ti.

—Tía Moira, estoy preparada, ya sabes...

—Robert había entrenado más que tú y mira.

—Hay asesinos *sindhar*, tía. No podrás hacer nada tampoco tú y menos desde aquí.

—Toma —dijo la mujer sacando un colgante de su bolsillo—, al menos esto te avisará del peligro unos instantes antes. Debería haberle dado uno a Robert.

Una lágrima furtiva se escapó de su rostro. Ella había criado a su hermano y era como una segunda madre. Cuando murió su propia madre y el rey se casó con Sofía, ella se retiró a este lugar. Había envejecido mucho. No tenía más de sesenta, pero parecía estar cerca de los noventa.

Deborah tomó el colgante y se lo puso. Un pálpito sobre su piel le indicó que estaba activado. Abrazó a su tía, que se quedó sentada, mirando la taza de té.

Caminó deprisa hacia el portal blanco, donde le estaría esperando Janabay. Allí estaba, casi en posición de firme. Puso la mano sobre el portal y salió dos calles más abajo del hotel Madison, donde se alojaría hasta que averiguara qué le había pasado a su hermano. Tomaron dos habitaciones y ella llamó a su empleado para decirle que se ausentaría unos días de la granja.

Al día siguiente quizá iría a ver a la señora Higgins y también tenía curiosidad de ver al inspector, de quien tenía un par de llamadas perdidas. Tal vez más tarde. En ese momento solo quería acostarse y llorar un rato más, por su familia perdida.

CAPÍTULO 6. LA ASOCIACIÓN



Nathan dejó el coche aparcado a dos calles de la dirección de la tarjeta. Caminó decidido hacia el lugar y luego retrocedió unos pasos. No tenía miedo de lo que se fuera a encontrar, sino de lo que podría descubrir sobre esos extraños seres.

Hasta ahora sabía que había otro mundo, otras razas, gente que los rodeaban, que vivían entre ellos sin que nadie fuera consciente. Extrañas personas, por llamarlas de alguna manera, de las que ni en cuentos o leyendas había escuchado hablar. Un mundo paralelo que desarmaba su vida, la desmontaba pieza a pieza y él debía volver a encajar. Pero... ¿cómo ensamblar ese puzle? Era un camino sin retorno y por eso estaba desandando sus pasos.

Se apoyó en un árbol mirando la fachada de la casa, bastante sosa por cierto. No tenía cortinas y las persianas estaban cerradas. Algunas grietas finas atravesaban las paredes. Estaba en una esquina y una pared de ladrillo llegaba a un patio interior o quizá había jardín. No tuvo ganas de ir a ver.

—Venga, ve, ¿qué puedes perder? —se dijo dando un paso hacia las tres escaleras que subían hasta la puerta.

Se quedó unos segundos con la mano alzada, para llamar en la misma puerta, porque no encontró ningún tipo de llamador. Entonces, se abrió sin tocarla. Una mujer de metro setenta y aspecto atlético lo miró detenidamente. Llevaba pantalones de cuero negro y una camiseta negra. Su cabello, también oscuro era corto y de punta. Los ojos claros y delineados de negro eran gélidos.

—Ya era hora, tío. Pasa.

Dejó la puerta abierta y echó a andar por un largo pasillo recubierto con una de esas alfombras que suelen hacerte resbalar si caminas deprisa por ellas. Nathan entró y cerró la puerta, confuso.

La mujer se metió en una habitación de la derecha. La casa estaba pintada de verde oscuro por dentro y tenía cuadros colgados de paisajes muy extraños. Todas las habitaciones del pasillo aparecían cerradas y conforme se acercaba a la puerta por donde había desaparecido la mujer vestida de negro, empezó a sentir claustrofobia y ganas de largarse rápido. A pesar de que había visto cosas muy raras en la policía, el simple interior de una casa le estaba produciendo un sudor frío que le recorría la espalda. Llegó a la habitación y se asomó. La señora Higgins estaba sentada detrás de una mesa oscura, escribiendo algo en un papel. La mujer morena, que no tendría más de treinta, se apoyaba en la chimenea, mirándole con una sonrisa ladeada y había una joven bajita y algo rolliza cuyos bucles dorados caían ordenados por su espalda. Ella se volvió y le dedicó una sonrisa muy agradable.

Alguien le empujó y un delgadísimo joven entró en la habitación, mirándolo con mala cara.

—Bueno, ya estamos todos —dijo la señora Higgins revisando la habitación por encima de sus gafas de pasta blanca—, siéntese, inspector.

Una silla se movió hacia él y dio un salto a un lado, lo que provocó una risita de todos los presentes.

—Rath, no asustes al nuevo miembro —reprendió Melody con su voz cantarina.

—Todavía no sé si voy a...

—Una vez entras, ya no puedes salir —dijo la mujer morena balanceando una pequeña daga en las manos

—Blaise, por favor. Nathan, ¿podemos tutearnos? La confianza es fundamental.

—Me da igual —dijo él sentándose.

—Ellos son Blaise, Melody y Rath, él, inspector Nathan Crane. Ya estamos todos presentados. Son el equipo de la zona y yo soy la encargada de la ciudad. ¿Un café?

Nathan negó con la cabeza y Blaise volvió a sonreír de forma ladeada. Un velo oscuro pasó por sus ojos y ella abrió la boca, sorprendida.

—Sí que tiene la Visión, Higgins. Pensé que era solo un farsante.

—Vio al señor Carson. Su rostro pálido lo demostraba.

—Seguro que ensució sus pantalones —contestó Rath con desprecio. Se sentó debajo de la ventana, cerca de Melody. Nathan se dio cuenta de que estaba colado por ella y que su aspecto externo no coincidía del todo con el interno.

—¡Basta! —exclamó la señora Higgins poniéndose en pie—. Como bien sabéis, necesitamos un refuerzo y él ha despertado. Tengamos el respeto que se merece un coleccionista. Los acontecimientos son graves.

Rath bajó la cabeza y Blaise se puso seria. Tomó una silla y se colocó al otro lado de la mesa. Así, formaban un semicírculo alrededor de la mujer. Ella se dejó caer en el sillón y abrió una carpeta, de la que sacó unas fotografías. Se las pasó a Nathan.

—Son de Robert Carson y de su esposa. Están tomadas por una máquina efecto *Kirlian* modificada por Rath, que es la única forma de ver su verdadero rostro en papel. ¿Es así como estaba, Nathan?

Él alargó la mano y tomó las fotografías. El rostro de barbilla y orejas picudas apareció delante de él, produciéndole un estremecimiento. Los ojos estaban opacos, grises. Era Marcos quien había tomado las fotos, puesto que se veía la habitación donde hacía las autopsias. La

señora Carson no tenía ese aspecto, pero sí, eran ellos.

Asintió, devolviéndole las fotos.

—Empecemos por explicarte algo sobre nuestro mundo, Nathan, porque es necesario que comprendas que todos estamos unidos y a la vez, separados.

Melody se levantó con un grácil paso y se acercó a una mesa lateral, donde sirvió cuatro tazas de té. Fue repartiendo a todos incluso a él, que la aceptó sin poder remediarlo. Ella era encantadora. Sus ojos...

—¡Nathan! No te dejes embelesar por ella. Debes aprender cuanto antes o estarás a merced de cualquiera —suspiró la señora Higgins. Tomó un sorbo de su té y continuó con la explicación—. El Mundo Oscuro es otro plano de la Tierra. Es como si pudieras acceder a una casa con diferentes puertas que te llevan a otro mundo. Los llamamos portales y son, obviamente, obra de las hadas. Ellos son la nobleza de los seres extraordinarios y nos rigen a todos. Tienen reyes y por supuesto, luchas de poder. Robert era el heredero y su hijo, que no sabemos si está muerto, el siguiente.

—Sí, Deborah me contó que ahora ella sería la heredera.

—¿Te lo contó? —preguntó Blaise extrañada.

—Sí, normalmente las hadas no suelen explicar nada, aunque se sabe todo —continuó la señora Higgins—. El caso es que ella está en peligro si es que los asesinos que sean desean ver muerta a toda la familia. Hemos avisado a los reyes y ellos tienen sus propios guardas, pero Robert también tenía.

—¿Y dónde estaban?

—Nadie lo sabe —dijo Blaise—. Desaparecieron o se largaron. Eso es por no contratar a *sindhar*.

—¿Tú eres una de ellas? —preguntó Nathan casi tirando su taza—. Son ellos quien los han asesinado. Pude ver a uno escapar.

—Los *sindhar* somos los únicos que podríamos contra un hada. Ellos tienen mucho poder, pero nosotros... bueno, es otra cosa.

—¿Y cómo sé que no has sido tú?

—Si hubiera sido yo, ni siquiera me habrías olido.

—¿Qué eres tú?

—Señor Nathan, eso no es educado —parpadeó Melody—, no nos preguntamos qué o quiénes somos... aunque la mayoría tenemos ciertas... características a simple vista. Los *sindhar* son una raza aparte.

—Sí, demonios —contestó Rath sonriendo y estirando sus largas piernas. Blaise lo miró mal.

—Estáis muy poco colaborativos hoy, chicos —dijo la señora Higgins mirándolos a los ojos uno por uno y produciendo un ligero retraimiento. Nathan pudo ver oscuridad en sus ojos, pero no mucho más—. Hay un acuerdo para mantener las fronteras entre Mundo Oscuro, donde viven algunos seres que no pueden hacerse pasar por humanos y este plano. La guardia evita que lo traspasen, aunque siempre hay fugas. Melody es experta, por ejemplo, en atrapar a los pequeños gnomos, que no suelen medir más de treinta centímetros y por ello no logran convertirse en humanos. ¿Recuerda el cuento del flautista de Hamelín? En realidad ocurrió y era pariente de nuestra querida encantadora de gnomos y otros seres.

Ella hizo una pequeña reverencia sentada y Rath la miró con adoración. A Blaise se le escapó una risita.

—Los que son capaces de pasar desapercibidos tienen el paso libre entre fronteras. Es cierto que a las hadas, por ejemplo, les suele gustar vivir en su opulento castillo del Mundo Oscuro y

aunque suelen pasar a menudo, muchos no lo hacen, por el humo, el ruido o incluso por los humanos. Son seres muy sensibles.

—Son unos *snoobs* —dijo Rath.

—Y eso también, la verdad. Robert vivía en este plano desde hace muchos años, de hecho, se casó con una humana que tenía cierta ascendencia extraordinaria, pero nada reseñable. Él quería abrir el mundo de las hadas a este plano.

—¿Y por eso lo mataron? —preguntó Nathan.

—No está claro. Es algo que deberás averiguar.

—¿Por qué yo? Tienes un equipo.

—Ellos son seres extraordinarios, tú eres un coleccionista y es distinto. Sufrimos una baja hace pocos meses, tal vez por eso te activaste. No es algo que se pueda conseguir a propósito. Se nace o no se nace. Te activas o no. Y no depende de ti.

—¿Y si no quiero? —dijo Nathan dejando la taza de té sin probar en la mesa—. ¿Qué puedo hacer yo contra esa raza de seres superiores?

—Aun no te has dado cuenta, ¿verdad? —dijo sonriendo la señora Higgins—, un coleccionista es un cazador y cuando se despiertan sus instintos, son imparables. Puedes canalizar cierta energía y digamos que tienes ciertas habilidades... pero solo te enseñaremos si aceptas unirte. Si no, tendrás pesadillas y es posible que acabes en la vía del tren. Eso, si algún extraordinario no te coge de jugueto.

Nathan dio un respingo y miró a la señora Higgins. Sus ojos penetrantes parecieron ahusarse por unos segundos.

—¿Qué tienen de especial los coleccionistas? —preguntó Nathan. Necesitaba tiempo para digerir todo.

—No se sabe de dónde proceden. No son extraordinarios, no tienen cuernos o alas, son cien por cien humanos, pero cuando se activan, suelen desarrollar dones diferentes según la carga genética. Hay muy pocos en el mundo y la mayoría de las veces solo se activan cuando otro fallece.

—Supongo que no me queda otro remedio, ¿no es así? —dijo él resignado.

—¡Pero es una muy buena noticia! —contestó Melody con una hermosa sonrisa que marcaba un hoyuelo adorable en su rostro—, te unirás a nuestro equipo y buscaremos a los asesinos de los Carson, y además, podrás aprender mucho.

—¿Y mi trabajo?

—La suerte es que eres policía, así que mucho mejor. Es compatible. Escucha, Nathan, si te pones el amuleto de los coleccionistas no habrá marcha atrás, ¿lo comprendes? Eso te salvará la vida, pero te la va a complicar mucho más de lo que crees, ni siquiera de lo que pudieras imaginar. Debes estar seguro —dijo la mujer sacando una cajita de su bolsillo.

Abrió la caja y sacó una piedra negra tallada con símbolos extraños, que no reconocía.

—¿Y dónde llevo eso? ¿Me lo cuelgo del cuello?

—Es algo... distinto. Entonces, ¿te has decidido?

—Sí. Quiero averiguar qué le pasó a esa familia y supongo que no me queda otro remedio.

—Vas a flipar —dijo Blaise ligeramente ansiosa.

La señora Higgins dio la vuelta a la mesa y se puso delante de Nathan, que se incorporó. Ella le llegaba a mitad del pecho y se acercó.

—Necesito que te abras la camisa, para poner en contacto la piedra con tu piel, ¿de acuerdo?

Nathan asintió, inseguro. Se abrió la camisa y dejó ver su caja torácica, luego, bajó las manos y esperó. La señora Higgins acercó la piedra justo debajo del esternón y comenzó a presionar.

Una quemazón se extendió por todo su cuerpo, pero estaba paralizado, no podía moverse. Miró hacia abajo y vio con horror que la piedra se estaba introduciendo en su cuerpo, atravesando la piel. Quiso gritar, sin éxito. Solo consiguió ver que la piedra estaba debajo de su piel, que se había cerrado perfectamente. Entonces, un terrible dolor le atravesó todos los nervios de su cuerpo, atravesándole como si estuvieran pinchando cada milímetro de su piel. Sin poder resistir más el dolor, empezó a caer en la negrura, pero no al suelo, puesto que alguien, con cuidado, lo estaba depositando sobre la alfombra.

CAPÍTULO 7. SHADOWS



Deborah caminó seguida de Janabay hacia la dirección de la casa de los coleccionistas. Era un lugar seguro, solo conocido por algunos miembros de los extraordinarios, hadas nobles en su mayoría. Envío un mensaje al inspector. Si era un coleccionista y se consagraba a su labor, debía ayudarle.

Se puso delante de la casa, como siempre, atenuada con el *glamour* mágico que usaban para no llamar la atención. Subió los escalones, seguida de Janabay, que miraba a ambos lados de la calle sin disimulo. Suspiró. Menudo guardaespaldas que le había tocado, una de las hadas menos preparadas, aunque no dudaba que interés le ponía. Había disfrazado su aspecto con una ridícula gabardina que llamaba más la atención que otra cosa. Llamó a la puerta para no pensar más y se abrió al minuto. Una joven rubia, bajita y con una sonrisa deslumbrante la recibió. Pero no, ella no se dejaba engañar y veía su rostro encantador de serpientes. Una pequeña *salamander*, sin duda.

—Alteza, bienvenida —dijo realizando una pequeña reverencia.

—¿Puedo hablar con la señora Higgins?

—Por supuesto, la esperábamos. Está ocupada con un pequeño.... Contratiempo, pero la atenderá enseguida. ¿Me acompañan?

Siguieron a la mujer que caminaba dando ligeros saltitos que movían sus bucles dorados con gracia. Les abrió una puerta lateral y pasaron a una salita con sofás que daba a la calle. Enseguida preparó agua caliente en una tetera y dejó una caja de infusiones y galletitas en la

mesa.

—Avisaré a la señora Higgins de su llegada.

Janabay fue a servirse una taza de té, pero Deborah lo paró.

—No digo que esté envenenada, pero acostúmbrate a tomar solo lo que prepares tú, si quieres sobrevivir en el mundo.

—Al... Deborah, el mundo está lleno de extraordinarios, ¿acaso no come o bebe nada nunca?

—Normalmente es así. No tienen por qué estar envenenados, puede que solo anulen tu voluntad y hagan contigo lo que quieran.

Janabay retiró la mano con temor, mirando a las galletas como si fueran carbones encendidos. Deborah evitó sonreír. Sí, quizá había exagerado y no había nada que temer de los coleccionistas, pero si quería que ese tipo sobreviviera, bueno, primera lección: ser desconfiado.

Se levantó para mirar por la ventana, pues tardaban algo más de lo que ella estaba acostumbrada. Tal vez pasara algo grave. Le pareció ver una sombra al otro lado de la acera, pero no estaba segura. ¿La seguía el asesino *sindhar*?

La puerta de la habitación se abrió, ella disimuló un pequeño sobresalto. La misma muchacha de antes les pidió que la acompañaran y se levantaron.

Avanzaron en el pasillo hasta una puerta lateral, que daba a un despacho con la chimenea encendida. Una *sindhar* estaba apoyada en la repisa, y se inclinó al verla. No estaba en contra de esos asesinos, fueron muy útiles en el pasado, pero no se acababa de fiar, aunque supiera que no todos querían matarla.

La señora Higgins se levantó para recibirla e hizo una pequeña reverencia. Luego la invitó a sentarse en un cómodo sillón delante de su mesa. Janabay se quedó cerca de la puerta, donde podía ver a todos. Bien hecho.

—Alteza, gracias por venir. Siento su pérdida.

—Vamos a lo importante, señora Higgins. Mi hermano ha sido asesinado, su esposa también y el bebé raptado de su vientre. ¿Tienen alguna pista?

—Sabe que perdimos a nuestro coleccionista hace unos meses y, aunque hemos avisado a Martinne, de la zona norte, se encuentra ocupada con ciertas desapariciones...

—¿Entonces? —preguntó con impaciencia.

—Debemos ser pacientes. El inspector Crane acaba de despertar y es posible que le cueste cierto tiempo adaptarse a... su nueva situación.

—¿Ha sido iniciado?

—Sí, sí, desde luego, y la roca lo aceptó. Se desvaneció, como era de esperar y como dicta la tradición para que las moléculas se fundan con las suyas. Imagino que despertará del todo en una o dos semanas.

—El problema es que no tenemos ese tiempo. No temo por mi vida, la verdad. Si la diosa Gea decide que tengo que reunirme con ella, lo aceptaré con gusto. Pero antes quiero venganza y, si todavía está vivo, si es que eso es posible, recuperar a mi sobrino.

—Podemos darle un curso acelerado —contestó Blaise—, porque no parece torpe del todo. Ser policía es una ventaja. Sin embargo, no podemos acelerar el tiempo. Todo lleva su ritmo y los dones que se le puedan despertar son inciertos.

—No sabemos su ascendencia todavía —dijo la señora Higgins—, ni de qué familia proviene. Rath está analizando su sangre, y como sabe, eso lleva tiempo.

—¡Tiempo que no tenemos! —exclamó Deborah levantándose de su sillón. Janabay se sobresaltó—. Deben encontrar al bebé, deben proteger a la familia.

—Los míos están en el Mundo Oscuro, alteza —dijo Blaise—, sabe que una vez firmamos

un contrato somos fieles hasta la finalización. Nadie los traicionaría.

—¿De qué le sirvió a mi hermano?

—No eran de los nuestros quienes lo protegían —protestó con mala cara Blaise—, sino de los suyos. No están preparados —terminó mirando con mala cara a Janabay.

—¿Aceptaría que Blaise la acompañara unos días? —preguntó la señora Higgins.

—Por supuesto que no.

—¿Y el coleccionista? —insistió la mujer.

—¿No dice que está sin entrenar? ¿De qué me serviría? —contestó ella.

—Sus instintos se irán agudizando con los días, no es un estúpido, miss Carson, y es fuerte. Cuando sepamos cuáles son sus habilidades, será un buen guardaespaldas.

—¿Y hasta entonces? No, no estoy dispuesta a ello.

—Señora Higgins —dijo Rath entrando con una Tablet en la mano—, oh, disculpe, no sabía que tenía visitas. Alteza.

Se agachó con todo lo largo que era y casi se le cae el dispositivo de la mano.

—¿Qué es tan importante que no puede esperar?

Rath miró a Deborah y luego a la señora Higgins.

—Vamos, suéltalo —dijo Blaise—. ¿Es sobre el nuevo coleccionista?

—Sí, pero...

—Puedes hablar con libertad, estás ante la futura heredera, ella debe conocerlo todo.

—Sí, señora. Verán, es que he obtenido un análisis genético con nuestros métodos y, como humano es bastante normal, pero como coleccionista, bueno...

—¡Dilo ya. Rathy! —exclamó Melody con su cantarina voz. Él le sonrió y luego pareció sacudir la cabeza y mirar los datos. Le acercó la Tablet a la señora Higgins y Deborah se levantó para mirar también.

—Oh, vaya. Qué... extraño —dijo la mujer.

—¿Qué significa? —preguntó Deborah.

—Él no debería... no es un coleccionista. Pensamos que genéticamente... no lo entiendo.

—Señora Higgins, si me permite —dijo Janabay desde la puerta—, según he leído, no todos los coleccionistas dan positivo en los análisis genéticos, sobre todo, los que provienen de los *shadows*. Tal vez él lo sea.

—Hace más de cuatrocientos años que no aparece un *shadow* y normalmente son detectados cuando nacen —protestó Blaise tensa—. Él es viejo para serlo. Te habrás confundido, Rath.

—He repetido tres veces las pruebas, no hay confusión —contestó enfadado.

—Entonces, ¿qué ocurre? —preguntó Melody con su rostro inocente preocupado.

—Todos recordamos la última vez que apareció un *shadow* —suspiró Rath—, unos días después, el volcán Krakatoa explotó, provocando efectos en todo el mundo y tsunamis de olas de más de cuarenta metros. Hubo miles de muertos, se destruyeron las islas de Krakatoa, Verlaten y Lang, y lo peor, hubo un enfriamiento global de 1,2 grados Celsius que afectó a todo el mundo durante varios años.

—Eso no lo provocó personalmente el *shadow*, solo fue.... —empezó Melody.

—No seas ilusa, rubita —contestó Blaise—, es obvio que uno de esos no lo provoca, pero cuando aparece, es porque todo se va a la mierda.

—Blaise, compórtate. No sabemos todavía si lo es. Habrá que mantenerlo vigilado unos días, para ver qué es lo que va aflorando de él.

—¿Dónde está? —preguntó Deborah.

—En la habitación contigua. Todavía no ha despertado del rito.

—¿Puedo verlo? Tal vez es posible que lo lea.

—Es una buena idea —dijo la señora Higgins levantándose, pero luego se volvió a sentar, como si estuviera muy cansada—. Rath, acompaña a su alteza a visitar al coleccionista.

—Preferiría que no me llamasen alteza a todas horas, Deborah está bien. De todas formas, no creo que yo sea la heredera.

Salió de la habitación y Blaise miró extrañada a la señora Higgins. Ella frunció el ceño y con la mano, hizo un gesto para que salieran todos de la habitación. Esto no estaba bien, no lo estaba.

CAPÍTULO 8. REENCUENTRO



Un latido desacompasado reverberó en el centro de su cuerpo. Escuchaba el eco como pisadas de un gigante que hacían temblar cada una de sus células. Le vino a la mente aquella película de dinosaurios en la que un vaso lleno de agua temblaba cuando se acercaba uno de los grandes. Y sí, sentía que se acercaba algo grande.

Era curioso, pero a pesar de la negrura que lo rodeaba se sentía a gusto. No como cuando se encontraba en la cama o en el sofá de su piso, pero era esa clase de seguridad, como... sí, como estar en casa.

Escuchó un suave latido cerca de él y se giró, pero seguía sin ver nada. «Abre los ojos», susurró alguien a su lado. Su cerebro se rebeló y se negó, pero su voluntad era fuerte y tenía más curiosidad que miedo. La luz, suave y cálida, lo envolvió, aunque seguía sin saber dónde estaba.

—Bienvenido, eres uno de los nuestros —susurró una suave voz. Pudo enfocar la vista y se encontró con una mujer vestida con ropa extraña, con pieles y un gorro con dos astas de ciervo en él. Llevaba un bastón muy largo con una piedra oscura en la punta. Al lado suyo, varios hombres y mujeres con ropa de diferente procedencia y tiempo lo miraban con los brazos cruzados en el pecho. Algunos sonreían.

—¿Qué quiere decir?

—Verás, Nathan, hacía mucho que no nacía un *shadow* y no sé por qué estabas tan bien oculto. Tal vez alguien te hechizó para protegerte... o para evitar una catástrofe. Cuando aparecemos nosotros, es porque algo va a ir realmente mal.

—¿Atraemos la desgracia? —dijo él mirándose las manos. Estaba de pie, aunque no sentía su cuerpo.

—Algo así —dijo ella—. Verás, es importante que aprendas cuanto antes. Nosotros somos criados desde pequeños por la familia, por descendientes de los *shadows* que no tienen poder, pero sí saben cómo hacer que florezca el tuyo. Debes buscarlos. Imagino que tu familia no es la real. Averigua por qué estás con ellos y de dónde te sacaron.

—¿Cómo de dónde me sacaron? Mis padres...

—Tus padres no son tus padres o te hubieran enseñado. Solo espero que seas capaz de aprender rápido o date por muerto. Hay quien dice que es por nosotros que la fatalidad existe, como si pudiésemos provocarla. Es la fatalidad, la muerte y la desgracia las que provocan que aparezcamos, para compensar y eliminarlas. El universo siempre trata de compensar. Por eso, seguramente, querrán asesinarte en cuanto sepas lo que eres.

—¿Y cómo aprender?

—Busca a tu familia, seguro que no están lejos. Ellos siempre cuidan de los suyos. Tal vez incluso los conozcas. Ha sido un error que te hayan ocultado quién eres porque, en lugar de ponerte a salvo, te han dejado vulnerable. Irás despertando a tus dones, que todavía desconozco cuáles son. Algunos de nosotros invocamos fuego, agua, otros tienen poderes mentales.

—Yo...

—Es normal que te sientas perdido, joven Nathan —dijo un hombre vestido como un caballero de principios de siglo—, piensa que toda nuestra sabiduría pasa de generación en generación y que podrás acceder a ella, cuando te desarrolles. Nosotros te apoyaremos desde aquí.

—¿Dónde es desde aquí? ¿Cómo puedo contactaros si... ocurre algo?

—Nathan, van a ocurrirte muchas cosas a partir de ahora —contestó la chamana con tristeza—, será más duro para ti puesto que no has sido enseñado. En caso de apuro o si necesitas preguntarnos, puedes invocarnos, poniendo la mano en tu corazón y pensando en los *shadows*.

—¿Dónde estáis? —insistió Nathan viendo como desaparecían en la oscuridad.

—En las sombras... como siempre —dijo el caballero con media sonrisa.

Nathan fue cerrando los ojos y se hundió en una agradable oscuridad hasta que notó una brisa fresca y un olor delicioso que le embriagaba. Era como si hubieran abierto las ventanas a un prado lleno de flores y todo ese ambiente lo rodease. Sintió que su frente se aligeraba, se refrescaba y suspiró, aliviado. Decidió que debía abrir los ojos a aquello que tenía delante, era tan agradable que no se podía resistir.

La tenue luz de la habitación fue entrando en su mente y un rostro preocupado lo miraba fijamente. Su mano estaba sobre su frente provocándole alivio y frescura. Bajándole la fiebre.

—¿Inspector? ¿Está bien? —preguntó ella. El sonido de su voz melódica lo maravilló. Parpadeó dos veces para asegurarse de que estaba despierto. Empezó a sentir su cuerpo de nuevo. Estaba en un sofá, de la casa de los coleccionistas, sí, lo de la piedra, los *shadows*... todo le vino a la cabeza. Intentó levantarse, pero ella se lo impidió con su suave mano en el pecho. Sintió su piel a pesar de llevar ropa.

—¿Qué...?

—Oh, vaya —dijo ella mirándolo a los ojos y frunciendo el ceño—, así que es uno de ellos. Lo siento por usted. No se levante todavía o se caerá y se dará un buen golpe.

—Señorita Carson, ¿qué hace aquí? ¿O es que estoy soñando?

—Bueno —dijo ella sonriendo un poco—, ¿soñaría conmigo?

Nathan cerró los ojos sin saber qué decir. Ella se incorporó y escuchó un ruido de una silla

cerca de él. Volvió a mirarla.

—El caso es que quería comprobar si realmente es o no un *shadow*... Lo es, ¿verdad?

—Eso me han dicho —contestó incorporándose.

—¿Quién? —dijo ella echándose para delante y acercándose a él lo suficiente para que el olor a flores frescas le inundara de nuevo.

—Ellos, no sé, fue como una visión.

—¡Increíble! El primer *shadow* desde hace más de cuatrocientos años y nos toca ahora.

—Lo siento. Yo no pedí esto.

—Lo sé, lo sé. Me pregunto qué vamos a hacer ahora. El rey debe saberlo y prepararse. Esto es muy malo.

Volvió a sentarse apoyada en la silla, pensativa y cerrando los ojos. Nathan pudo observarla a placer. Iba vestida de forma sencilla, pero si antes pensaba que era bella, ahora estaba deslumbrado, incluso con su aspecto de hada. Desvió la vista para no parecer un acosador. Su cuerpo no le respondía todavía, así que no podía levantarse y marcharse. ¿Cuánto iba a durar eso?

—¿Le han dicho que los *shadows* acaban siempre mal? —preguntó ella preocupada—. No sé, la última vez, según sé, el hombre salvó a muchos ciudadanos, aunque es cierto que miles murieron. Él se... bueno, se sacrificó.

—Cojonudo —dijo Nathan que empezaba a sentirse como el de siempre. Se levantó, ligeramente mareado y dio un par de pasos tambaleantes—. ¿Para qué ha venido, miss Carson?

—Hay una conspiración contra mi familia y solo usted puede averiguar quiénes son los que quieren acabar con ella.

—Pues no sé cómo, porque si ellos viven en otros mundos, vaya, creo que no podré interrogarles —contestó fastidiado. Se apoyó en la ventana, para disimular que todavía le temblaban las piernas.

—Lo bueno de ser un *shadow* es que, como las sombras, puede viajar de un mundo a otro sin pasar por los portales. ¿No lo sabía?

—Está claro que no sé muchas cosas.

Comenzó a andar hacia la puerta y ella se levantó y lo tomó del brazo.

—No estoy indefensa, inspector, pero no se trata de mí. Se trata del mundo. Algo grande puede estar preparándose o si no, no hubiera surgido. Haga lo que quiera, pero no se descuide y vigile sus espaldas. A quién esté preparando lo que sea, no le gustará que exista.

—Lo tendré en cuenta. Si me disculpa, necesito ordenar mis ideas.

Nathan caminó por el pasillo, agarrándose a las paredes. Pasó por delante de la biblioteca donde los cuatro se lo quedaron mirando. Blaise fue a acercarse, pero la señora Higgins la paró. Salió hacia la puerta, mareado. Las luces de la mañana le deslumbraron al principio, pero después se fue acostumbrando a ellas, como si tuviera resaca.

Caminó hacia su coche sin mirar a la gente. No deseaba ver a nadie especial. Quería una mañana tranquila. Miró el móvil, tenía varias llamadas de Mike. Le envió un mensaje rápido para quedar a tomar café enfrente de la comisaría de policía. Necesitaba aclarar sus ideas antes de... ¿antes de qué? ¿Qué iba a hacer? ¿Y cómo es que sus padres no eran sus padres?

La comisaria está cabreada, has estado diez horas sin dar señales de vida, le dijo en un mensaje.

Estoy bien. Todo bien. Luego te veo.

Condujo con cuidado hasta la comisaría, dejó el coche y salió a la calle. Necesitaba un café muy cargado y algo de azúcar.

Pidió al camarero, que por fortuna era humano, un café doble y dos bollos, lo necesitaba. Cuando llegó Mike, ya se había tomado tres cafés y cinco bollos, ante el asombro del camarero.

—¿Qué pasa, tío? Habíamos quedado y no te has presentado a trabajar. ¿Has tenido pesadillas? Tienes la cara peor que nunca.

—Sí, algo así, Mike. Perdona por no avisarte, pero me tomé unas pastillas para dormir y he estado fuera de combate. Solo es eso, de verdad.

—Joder, Nat. Tu cara de mono dice que estás hecho una mierda. Soy tu compañero y puedo ayudarte.

—No en esto —susurró él.

Miró a Mike con agrado. Al menos, era humano. Él se veía muy preocupado.

—¿Qué sacaste en claro de hablar con la hermana del fallecido? Al menos, irías a verla.

—Sí, sí, estaba muy afectada. Fuimos a reconocer el cadáver de su cuñada, ya sabes que el de Carson ha desaparecido.

—Ah, pero ¿no lo sabes? Ha vuelto a aparecer en la misma morgue. Creo que Marcos lo extravió.

—No es posible —contestó él levantándose y sacando un billete para pagar sus desayunos—, vamos.

—No, Nat, la comisaria quiere hablar contigo antes y te aseguro que no estaba de muy buen humor.

Él suspiró. Bueno, era hora de recibir una reprimenda de su ex amante.

CAPÍTULO 9. COMPLICACIONES



Entró en la comisaría todavía mareado, aunque el chute de azúcar le había servido para recuperar las fuerzas. No quiso mirar a la gente, no de momento. Sin embargo, al bajar la vista al suelo, empezó a ver cosas raras, como sombras que se escapaban, pequeñas manchas oscuras de formas caprichosas que acababan en una esquina. Y, ¡vaya! Lo de las esquinas era otro choque. En lugar de ver alguna sombra, veía una especie de nube vaporosa con pequeñas lucecitas como ascuas que flotaban más o menos rápido. Sentía la pulsión de atravesarlas, sabía que le llevaría a otro lugar...

—¿Dónde vas? —preguntó la comisaria tomándolo del brazo. Él se giró y entrecerró los ojos. Había algo en ella que...

—Joder, qué mala cara llevas. Ven ahora mismo.

Mike le siguió, pero ella le paró y entraron los dos en el despacho. Nathan se sentó enfrente, sus piernas todavía le temblaban y ella sacó de su armario una botella oscura y preparó dos cafés.

—Sabes que no bebo, Jess, o procuro no hacerlo.

—Créeme que lo necesitas. Y no lleva alcohol. Esto es un puto desastre —dijo ella moviendo la cabeza y echando un buen chorro del líquido en el café—. Toma. Créeme que lo necesitas.

Él obedeció. No solo porque confiaba en ella, siempre había estado a su lado desde que llegó a la comisaría. Es que ahora veía algo distinto. No tenía orejas puntiagudas o cuernos, pero algo había.

Tomó el primer sorbo y comprobó que no era ron o whisky, sino algún tipo de licor amargo y

que le secaba la boca, sin embargo, en el momento en el que empezó a bajar por su cuerpo, el cansancio y el mareo fueron desapareciendo.

—¿Qué es? —preguntó sorprendido.

—Nathan, lo siento mucho por ti. No esperábamos esto.

—¿Me vas a despedir?

—¿Qué? ¡No!

La comisaria volvió a levantarse y cerró las persianas de la cristalera de su oficina ante el asombro de Nathan.

—Siento que, al final, hayas despertado. Confiábamos en que no fuera así.

—¿Cómo? ¿Qué sabes tú de eso?

—Tu familia me encargó que te vigilara, que observara si notaba algún cambio en tu vida. Lo he hecho muy mal, por cierto.

—¿Qué has hecho mal? Necesito una explicación ahora.

—Sí, claro. Tómame el reconstituyente, nos ayuda a los *shadows*. O sea, yo no lo soy, digamos que provengo de ellos. Tus padres y los míos fueron vecinos, hasta que tú naciste, y vieron que tenías una gran posibilidad de que lo fueras. Si te quedabas con ellos, seguro que cambiarías. Si te alejaban, las probabilidades se reducían. Se disgustarán mucho cuando sepas que ya lo eres.

—¿Mis padres viven? —preguntó pálido. Sus manos agarraban con fuerza los brazos del sillón en el que estaba sentado.

—No te enfades, hicieron lo que mejor podían hacer por ti. Si despertabas... bueno, ya sabes lo que conlleva.

Los brazos del sillón crujieron y acabaron destrozados en las manos de Nathan. El plástico había cortado la piel y sangraba.

—¡Por favor! ¡Tranquilízate! Esto no es bueno. La ira es tu enemiga y atrae más ira. Cálmate.

—No puedo, no... —Nathan se miró las manos que sangraban y sintió que la furia y la frustración le invadían de forma incontrolable.

La comisaria cerró la puerta con el pestillo y se acercó a él. Se sentó encima y comenzó a besarle con fiereza. Él rugió de deseo y la puso sobre la mesa, manchándola con su propia sangre.

—Hazlo, Nathan, hazlo.

Él arrancó su ropa interior y se bajó los pantalones, embistiéndola con fuerza. Ella gimió de placer y pudo ver los ojos negros de Nathan, que poco a poco, mientras sus movimientos se hacían más lentos, comenzaron a ponerse normales. Terminaron con un gruñido de placer.

Él se retiró y se colocó la ropa, avergonzado.

—Disculpa, Jess...

—No, yo lo he querido y lo he disfrutado. Además, tienes mejor cara.

—¿Esto es lo que haces?, es decir, las otras veces que nos acostamos....

—Ah, no, no. Eso fue porque quería. Me gustas, Nathan, pero no podemos estar juntos, si es lo que preguntas.

Ella abrió un armario, se cambió la camisa manchada y se puso otras braguitas. Se peinó y se sentó en su mesa. Nathan estaba asombrado y a la vez, se sentía como nunca.

—Verás, hay demasiadas cosas que desconoces y todo va a ser loco y asombroso para ti. No me da tiempo de enseñarte algo en un momento, porque tengo una reunión con el jefe de la policía. Solo quiero darte dos consejos. El primero, que controles la ira o te acudirán los seres

malvados, como si fueses un imán. Y todavía no estás preparado para combatirlos. El segundo consejo es que, por mucho que te llame una sombra, sea en una esquina o en un callejón, no te metas. Porque tampoco ahora mismo sabes dónde te llevaría. Podrías acabar en algún mundo inhóspito o en el mismísimo infierno. Eres un *shadow*, te mueves por las sombras y como hace unos cuatrocientos años que no aparece uno como tú, de tu mismo nivel, quiero decir, el Mundo Oscuro se va a revolucionar.

—¿Es que los demás coleccionistas no eran como yo?

—Buena pregunta. Sí, eran *shadows* en su mayoría, pero si tú lo eres al 80%, ninguno pasó del veinte. Por eso han ocurrido catástrofes más o menos pequeñas, pero llevables. Contigo, no se sabe.

—Entonces sería mejor que no existiera...

—Si dejas de existir, otro despertará y te aseguro que prefiero que seas tú. No todos los que han sido *shadows* eran buena gente. Los ha habido malos y muy malos. Supongo que no tiene por qué salir mal. En alguna ocasión...

Llamaron a la puerta y la comisaria fue a abrir. Un policía le anunciaba que el jefe estaba aquí.

—Te tienes que ir, Nathan. Llamaré a tu familia y les diré lo que ha pasado. Ellos te explicarán. Y yo... lo siento por ti. Espero que todo salga bien.

Él asintió. Sin duda parecía más apenada que preocupada. Como si tuviera una fecha de caducidad, y así se sentía. Mike le salió al paso y le dio una palmada en la espalda.

—Vamos a ver a Marcos —dijo Nathan caminando hacia fuera y sin ganas de hablar. Echó un vistazo alrededor y vio algunas de las caras de los que habían sido sus compañeros, estremecidos y asustados. Ellos también eran especiales. Desvió la mirada hacia una esquina, donde la nube de polvo oscuro parecía llamarle, pero se resistió. Salieron al aire libre y respiró la contaminada atmósfera. Incluso eso parecía más vívido.

—El domingo podrías venir a comer —dijo Mike—. Mónica ha dicho que va a preparar tiramisú. Esto de tener una esposa italiana es todo un regalo —sonrió acariciando su algo abultada barriga.

Nathan no pudo evitar sonreír. Su esposa lo amaba y lo cuidaba mucho, a él y a su pequeño.

—Está bien, acudiré.

Enseguida llegaron a la morgue donde Marcos, con los cascos puestos, estaba mirando algo en el microscopio. Se giró cuando llegaron. Nathan ya se había acostumbrado a esos cuernos que le salían de la boca, pero no a su cara de susto.

—¡Joder! —dijo dando dos pasos hacia atrás y tropezándose con una estantería metálica.

—No somos tan feos, hombre —dijo Mike riéndose.

Nathan negó con la cabeza y Marcos comenzó a recoger alguna bandeja que se había caído.

—Nos han dicho que vuelve a estar el cadáver de Carson aquí.

—Sí, sí... pero te aseguro que no lo extravié.

—Mike, ¿te importa ir a por unos cafés? —dijo él. Sorprendentemente, su compañero aceptó. Cuando él salió, caminando como un robot, Marcos lo miró ceñudo.

—No deberías manejar así a la gente. Es tu amigo.

—No he sido... consciente, quería hablar a solas contigo.

—Está bien. Así que por fin eres un *shadow*. Lo siento. Es una putada.

—¿Qué sientes? ¿Qué viene una catástrofe mundial o que la voy a palmar?

—Ambas cosas, Nat. Es una mala noticia para todos.

—Bueno, acabo de nacer, como quien dice, así que como no tengo ni idea de qué hacer,

sigamos con el caso. ¿Le han hecho algo a Carson? ¿Lo has mirado con esa cámara especial que tienes?

—He estado analizando tejido, iba a hacerlo justo ahora. Si me acompañas.

Marcos sacó el cuerpo del hombre que estaba tal cual en apariencia. Sacó la cámara modificada con la luz *Kirlian* e hizo varias fotos. Mientras, Nathan miró el rostro de orejas picudas. Entrecerró los ojos y por instinto, puso la mano sobre su rostro. Un callejón oscuro apareció delante de él.

La mirada nerviosa de alguien recorría los rincones del lugar, que apestaba. Un ruido de pasos hizo que la vista se desviase. Un encapuchado se acercaba con paso ligero. Nathan creyó reconocer al asesino de Robert. Un momento, estaba en su cabeza. Sí, miró sus manos y eran las de él.

—¿Lo has traído? —dijo una voz suave, tal vez un joven o una mujer.

—Debéis prometerme que no les pasará nada a mi familia —contestó con una voz de barítono.

—Claro, cuenta con ello. Dámelo.

Vio como metía la mano en el bolsillo y sacaba una cajita. Se la dio al encapuchado y este la abrió. Un resplandor iluminó medio rostro y vio, por los labios que podría ser una mujer.

Se marchó y Robert se quedó mirándolo. Entonces, ¿no había sido él o ella? Una voz tenue hizo que se volviera y entonces todo se quedó oscuro.

Nathan apartó la mano y trastabilló hacia atrás. Marcos corrió a auxiliarle y le ayudó a sentarse.

—Para ser un novato te has metido en su último recuerdo, ¿me equivoco?

Nathan asintió, enmudecido.

—¿Y qué? ¿Has visto a su asesino?

—No, no lo he visto, pero no fueron los *sindhar*.

—Entonces, Nat, todo se complica. Soy tu amigo y podrías contarme todo lo que has visto, pero no te lo aconsejo. No se lo digas a nadie. Ahora mismo, no sabemos en quién confiar y menos, tú. Sea humano o extraordinario.

—Entendido. ¿Y los coleccionistas? ¿Ellos?

—No sé, Nat. Todos vivimos en un equilibrio frágil. Hay luchas de poder entre las hadas, contra ellas; hay quien ama a los coleccionistas porque nos protegen de los que viven en mundos peligrosos, pero otros dicen que son asesinos despiadados y que acaban con aquellos que se rebelan o protestan. Creo que no deberías fiarte de nadie. Ni de las hadas.

—No parece que la señorita Carson vaya a ser peligrosa.

—Las hadas son entrenadas desde pequeñas como asesinos. Seguramente te rebanaría el cuello en dos segundos y no te enterarías. Sobre todo la nobleza, es instruida en cualquier arte de matar.

—Entonces, ¿por qué no luchó Robert?

—Piensa un poco. No hay que fiarse de nadie —dijo bajando la voz pues Mike volvía con tres cafés.

—Aquí están, chicos. Entonces, ¿alguna novedad?

—El cuerpo está igual que antes de desaparecer. No hay cambios apreciables a simple vista.

Marcos miró de reojo a su cámara y Nathan asintió. Deberían esperar a que pasara las fotos por el procesador de imágenes.

—Envíame lo que tengas, ¿vale? —dijo Nathan. Marcos asintió, todavía sin acercarse mucho

a su amigo.

—El domingo hago barbacoa, veniros tú y Cindy, ¿vale? —dijo Mike. Marcos miró sobresaltado a Nathan y este se encogió de hombros.

—Si el pequeño está bien, iremos. Está resfriado. Te aviso, Mike.

Salieron con el humeante café en la mano hacia la comisaría.

—Marcos está un poco más raro de lo normal, ¿no crees? —dijo Mike dando un sorbo a su café.

—Pse. Trabajar entre muertos supongo que te hace ser diferente.

—¿Qué hacemos ahora? Deberíamos informar a la señorita Carson de que el cadáver de su hermano está de vuelta.

—Está bien, hazlo, Mike.

—Oye, ¿qué pasó antes?

—¿Antes, cuándo? —preguntó alarmado.

—Joder, cuando os encerrasteis en el despacho. Si no hubiera sido porque es imposible, diría que estabais echando un polvo.

—Tonterías. Una bronca me echó. Supongo que no quería avergonzarme delante de los demás.

—Ya...

Nathan se encogió de hombros y su compañero puso la mano en el brazo, parándolo.

—No sé qué te pasa, pero quiero que sepas que estoy aquí para lo que necesites.

Nathan miró a los ojos de Mike y vio sinceridad y cariño en ellos. Por eso, precisamente, debía alejarlo de él. Solo le traería desgracia o muerte.

—Creo que voy a tomarme unas vacaciones. Sé que te dejo enfangado con el caso, pero hay algunas cosas familiares que debo hacer.

—¿Están bien tus padres? ¿No se fueron a vivir a Florida?

—Y ahí siguen. No. Es de otra familia. Necesito un tiempo para solucionarlo.

—No te preocupes, hombre, pero el domingo vente a comer. Me apañaré sin ti. Seguramente me pongan como compañero a Smitty y él cuenta mejores chistes que tú.

Nathan sonrió y le dio un abrazo a su amigo.

—Gracias, Mike.

—Aun así, si necesitas lo que sea, a cualquier hora, cuenta conmigo. Te cubro las espaldas.

—Joder, me vas a hacer llorar.

—Los tíos también lloran, eh, que cuando le pedí matrimonio a Mónica, lloré yo más que ella.

—Porque tienes un corazón enorme, y ella es un encanto.

Una moto se acercó a gran velocidad, el ocupante, una persona vestida de negro, sacó una pistola y disparó hacia ellos. Nathan, por instinto, se puso delante de su amigo, pero vio con horror que las balas le habían atravesado y se enterraban en el pecho de Mike.

Se levantó, corriendo, pero el motorista había desaparecido. Puso la mano sobre el pecho de su amigo, que sangraba con abundancia. Estaban solo a dos metros de la comisaría, por lo que varios policías salieron y llamaron a una ambulancia.

—Mike, por favor, no, no.

—Yo... cuida de Mónica, por favor.

—¡No...!

CAPÍTULO 10. MEMORIAS



Deborah salió del edificio de los coleccionistas más preocupada que aliviada. No sabía si era bueno que alguien inexperto, que no había sido entrenado desde niño, fuese el nuevo coleccionista. Percibía la fuerza y la determinación en él y, suspiró, honestidad. Él no era un tipo corrupto, pero si no aprendía, duraría muy poco vivo.

Entonces, quizá el próximo que se despertase no fuera como el policía. Janabay trotó a su lado.

—¿Dónde vamos, Alt... Deborah?

—Puesto que no sé si van a averiguar algo sobre el asesinato de mi familia, lo haré yo. Vamos a la casa de mi hermano Robert.

—¿Ahora es tuya? ¿La has heredado?

—Supongo...

Deborah se sentó pensativa en el discreto coche que habían alquilado y su acompañante la imitó. Al menos sabía estar en silencio. Condujo hacia la lujosa calle donde vivía Robert. Aparcó delante y una mujer delgada y vestida de negro salió a recibirla.

—¡Señora Loupos! ¿Cómo está?

Ella se tiró al suelo llorando y Deborah la ayudó a levantarse, intentando tranquilizarla. La acompañó a la cocina mientras Janabay cerraba la puerta. La hizo sentarse en una de las sillas y la abrazó con afecto.

—Prepararé una infusión —comentó mientras Janabay se quedaba en la puerta que daba al

jardín, retirándose con discreción.

—Estaba esperándola, señorita Deborah, no sabía qué hacer.

—Lo siento, Tina. Debía haber venido antes. Estaba... destrozada.

—Claro, claro —hipó ella tomando la taza de té que le ofrecía.

—Sé que es doloroso, pero quiero saber quién asesinó a mi hermano y a Lidia y necesito que me ayudes.

La mujer asintió, llorosa, pero más calmada. Deborah se sentó frente a ella y le tomó las manos. Necesitaba asegurarse de que decía la verdad. No quería usar su poder mental de momento.

—Tina, ¿recuerdas los días anteriores si Robert estaba bien? Piensa, por favor, es importante.

—Él... su hermano llevaba unos días nervioso. Fue a visitar al rey, aunque es cierto que solo hacía una semana que volvió de su habitual viaje. Llegó de noche y me levanté porque tropezó con una silla. Vi que llevaba algo en la mano y se asustó cuando me vio aparecer.

—¿Qué llevaba en la mano? ¿Era grande o pequeño?

—No muy grande, señorita Carson, cabía en su mano. Me mandó a la cama y me dijo que no me preocupase. Después, me informó que a primera hora se iba de viaje y que cuidase a su esposa. Le aseguré que así lo haría y no le di más importancia.

—¿Y el día de... Lidia?

La mujer se limpió las lágrimas con un pañuelo de tela y bajó la cabeza.

—Si no hubieran venido esos inspectores, tal vez hubiera escuchado...

—Cuénteme todo, paso a paso.

—Me levanté como siempre a las seis, vi que el viento había tirado muchas de las hojas de los árboles y salí a barrerlas. Después, desayuné y comencé a preparar unas galletas para la señora Carson. Las saqué del horno y después volví a asomarme al jardín. Otra vez había hojas y sé que a la familia no le gusta... no le gustaba, así que volví a barrer todo. Luego estuve en la sala, limpiando y ya llegaron los policías.

—¿No escuchó nada cuando estaba en el exterior?

La mujer se quedó pálida y se puso a llorar.

—¿Fue cuando... cuando... entonces la asesinaron?

—Es posible, Tina. Te quitaron de en medio, sabiendo que tú darías la vida por Lidia.

Siguió llorando desconsoladamente y Deborah la dejó.

—Voy a bajar un rato al sótano, ¿de acuerdo? Quizá necesite refrescarse.

La mujer asintió, sin dejar de llorar. Janabay comenzó a caminar hacia ella, pero lo paró.

—Estaré dentro de la casa, no necesitas acompañarme.

—Pero...

—Quédate aquí.

El hada asintió, contrariado y ella bajó al sótano, donde su hermano guardaba sus papeles y objetos más preciados. Las escaleras parecían como siempre y el glamour estaba inalterado. Puso la mano sobre una de las baldosas y lo que antes era una estancia aséptica y vacía, se convirtió en un despacho lleno de libros, con la mesa repleta de papeles. Echó un vistazo en general. No parecía que estuviera revuelto. Y, de todas formas, solo ellos su cuñada, su hermano y ella podían entrar allí. Estaba sellado con magia.

La caja fuerte también aparecía cerrada. ¿Qué es lo que Robert había traído de Mundo Oscuro? Tal vez alguna joya para regalarle a su esposa, porque los orfebres que habitaban la ciudad eran expertos. Quizá quería darle un presente. Se sentó en la mesa y aspiró el suave olor a brezo de su hermano. Su madre les decía que él olía a madera y ella a flores, y se reían mucho

con eso. Revisó los papeles y no parecían nada especiales. Robert tenía una empresa de publicidad y sí, debería hablar con ellos, puesto que ella, que también tenía un 10% de las acciones, acababa de heredar el 42% de su hermano. Quizá su pequeño sobrino no hubiera muerto, rezaba por ello cada día.

En la agenda del día de su muerte no había nada de particular, estaba vacía, al contrario que el resto de los días. Estaba claro que había quedado con alguien y no quería que nadie se enterase. Tampoco creía que tuviera una amante porque, aunque todo el mundo conoce la promiscuidad de las hadas, él no era así.

Miró los cajones y encontró una suave tela de seda negra, propia de un tejedor hada. La olisqueó. No era un olor extraño, sino familiar, pero no lo identificó. Se lo guardó en el bolsillo por si le servía para rastrearlo. En otro cajón encontró una copia del testamento de su hermano. La heredera era su esposa, después su hijo y luego ella. No le extrañaba que el inspector sospechase. A pesar de que a ella nunca le interesó poder o dinero. Solo quería trabajar en su refugio y recoger a los animales que abandonaban los humanos. Tal vez vendiera sus acciones y podría ampliar el refugio. Y la casa... suponía que también, aunque le pidiera a la señora Loupos que fuera a vivir a su granja. Debía de ocuparse de tantas cosas que se sentía demasiado abrumada por todo.

Subió despacio, cerrando el despacho. Janabay estaba en la puerta del sótano.

—Deborah, ha venido el policía.

—Está bien, gracias.

Nathan estaba en la puerta de la casa, esperando con educación. La señora Loupos no aparecía por lo que imaginó que todavía estaba disgustada. Él tenía un aspecto terrible y se veía con el rostro descompuesto.

—¿Podemos hablar?

—¿Cómo ha sabido que yo estaba...? bueno, claro. ¿Le ocurre algo?

—Mi compañero, él ha sido... bueno, he venido porque necesito hablar con usted.

—Yo también quiero enseñarle algo.

Se dirigió hacia la escalera y el inspector se puso detrás. Janabay parecía molesto y a la vez, se había apartado un paso atrás al reconocer al *shadow*. «Menuda forma de protegerme», pensó molesta.

Bajaron las escaleras y Nathan la paró.

—Ya estuve aquí, está vacía.

—Está escondida. Se necesita magia para entrar, o tal vez podría sin ella, no lo sé. Vamos, así hablaremos.

—Sí, tengo que contarle algo muy importante.

Deborah puso la mano sobre la baldosa y el despacho se materializó ante un asombrado Nathan, que bajó las escaleras y paseó por la estancia.

—Me extrañaba que su hermano no tuviera despacho. Ahora sé por qué.

—La señora Loupos me ha dicho que él viajó a Mundo Oscuro justo el día que lo... asesinaron. Traía algo pequeño...

—En una caja oscura, algo que brillaba —interrumpió él.

—¿Cómo sabe eso?

—Es de lo que le venía a hablar. ¿Puede sentarse? —dijo acompañándola a un pequeño sofá de cuero. Ella pareció resistirse, pero lo hizo y él se puso a su lado, mirándola a los ojos—. El cuerpo de su hermano ha aparecido. Estaba bien, igual que antes, aunque tuve... el instinto de poner la mano sobre su frente y vi algo.

Ella tragó saliva, aguantando las lágrimas y asintió, animándole a seguir.

—Él entregó una caja a un *sindhar*, pero no fue ella, pues creo que era una mujer, quien lo mató. Lo que fuera brillaba y su hermano le pidió que protegiera a su familia. El *sindhar* se fue y después, él murió.

—¿No pudo ver... al asesino?

—Lo siento, pero no. Lo que me lleva a pensar que si su hermano no se defendió es porque lo conocía.

—Sí, está claro. Mi hermano era experto en el arte de la guerra.

—Marcos, el forense, me ha comunicado que fue inyectado con veneno, algo rápido y fulminante... por lo menos...

Deborah se estremeció y bajó la cabeza, ocultando las lágrimas.

—¿Y Lidia? ¿Ella... sufrió?

—No, ella no tenía signos de lucha por lo que el asesino acabó con ella de forma rápida.

—¿Por qué sacarían al bebé? ¿Y dónde puede estar? —preguntó ella. Gruesos lagrimones caían por su rostro, sin que se molestase en limpiarlos.

Nathan alargó la mano y retiró una de las lágrimas, acariciando su rostro de paso. Ella apoyó la mejilla en la palma de la mano, sintiéndose algo reconfortada. Aunque era un *shadow*, ella no tenía miedo.

Durante un momento sintió la mirada intensa del inspector, pero no con los ojos oscuros, sino con una expresión indescifrable para ella. Consiguió recomponerse y carraspeó, incómoda. Él apartó la mano y suspiró.

—¿De qué color era la luz que vio en esa... visión?

—Era azulada, como brillante. No sé, como si hubiera chispas de brillo en ella.

—No puede ser —dijo Deborah levantándose— ¿Y dice que se la dio a un *sindhar*?

—Yo diría que lo era, sí.

—Creo que es la Luz Azul, ponga la mano sobre mi frente, la voy a recordar y dígame si es lo mismo.

Nathan alargó la mano con cierta timidez y la puso sobre la suave piel de la mujer. Una imagen de una estancia que parecía una capilla apareció. En el centro, un pedestal con una estrella de múltiples puntas flotando en ella. Alrededor había varios guardias fuertemente armados. Y sí, esa era el tipo de luz.

Capítulo 11. Hospital. Unas horas antes



La ambulancia se llevó a su compañero y amigo y él acudió al hospital. Las balas se habían alojado en el pecho y temían por su vida. Miró su camisa, agujereada por los dos proyectiles que iban destinadas a él, pero que le habían atravesado como... como a una sombra.

Mónica apareció enseguida y se echó a sus brazos. Cuando se apartó, lo miró con miedo.

—¡Maldita sea, Mónica! ¿También tú?

Ella se estremeció al ver sus ojos, pero al entrar los familiares de Mike, se fue corriendo hacia ellos. Tenía las orejas puntiagudas y dos colmillos algo más apuntados que los demás dientes. De su espalda parecían brotar dos alas membranosas, negras.

Es un murlag, dijo una voz en su cabeza, inofensivos, aunque pueden transmitir ciertas plagas, como los murciélagos terrestres.

¿Qué? ¿Quién eres?

Soy Antoine, me conociste en tu visión. He acudido a ayudarte. Debes contarle tu visión a ella, a la mujer hada. Creemos que es importante.

¿Estáis siempre en mi cabeza?

Mmm, solo a veces. Sí estuve en el momento del despacho, fue intenso, pero solo por ayudar, tú sabes.

Te prohíbo que lo hagas.

Estamos unidos a ti, Nathan, pero no nos vamos a entrometer.

No puedo dejar a mi compañero.

Te avisarán y creo que vivirá. Debes ir a ver a Deborah, cuéntale lo de la luz. Creemos que es muy importante, más de lo que piensas.

Está bien.

Se acercó al mostrador y solicitó que le avisasen cuando su compañero saliera del quirófano.

Luego, se marchó hacia la casa de los Carson. Sin saber por qué, estaba seguro de que ella se encontraba allí.

—¿Qué es esta Luz Azul? —preguntó Nathan mirando su rostro asustado.

—Ni la pronuncies. Solo di luz, nada más. Incluso decirlo así me parece peligroso.

—¿Qué tal si la llamamos luna? ¿Qué es, Deborah?

—Si te cuento más, debería matarte. Es algo que solo deben de saber las hadas y no todas. Está restringido a la nobleza.

—Y si es así, ¿por qué tu hermano la entregó a una asesina?

—No tengo ni idea.

—Empieza diciéndome para qué sirve —dijo él.

—No puedo, Nathan, no puedo.

Se levantó, paseando por el despacho intranquila. Retorcía sus manos entrelazadas dándose pequeños pellizcos en el dorso que Nathan observó con curiosidad. Ella parecía segura de sí misma, pero también asustada. Paseó durante unos minutos, hasta que acabó parándose y cerrando los ojos.

—Creo que ayudaría... —insistió él.

—Es una vieja reliquia familiar —terminó por decir ella—, de mi familia, de la de mi madre, la reina. Era Robert quien la heredaría cuando fuera rey, porque... por la diosa Gea, no puedo...

Nathan se levantó y la tomó de los hombros, mirándola a los ojos. Ella levantó el rostro, pues era un poco más baja que él. Sintió el deseo de besarla, pero se retrajo.

—Yo no debo confiar en nadie, me lo han dicho, y, sin embargo, siento que en ti sí que puedo. Confía en mí, no te voy a traicionar. Ambos queremos lo mismo que es encontrar a los asesinos de tu hermano y, a ser posible, evitar que el mundo se acabe.

Ella sonrió con tristeza y asintió.

—La Luz... la luna es como un núcleo de energía, es lo que permite que existan los portales. Es magia muy antigua, antes incluso de que aparecieran los hombres en la tierra. Decía mi madre que procedía de los dioses, pero eso ya no sé si es una leyenda.

—¿Y qué pasa si no está en el Mundo Oscuro?

—De momento, nada, los portales siempre se cargan por meses, aunque debería chequear alguno. Eso sí, cuando se acabe, si no se restituye, se cerrarán y nadie podrá abrirlos. Los que estén allí, se quedarán y no podrán salir y los que estén en el plano humano, no podrán entrar. Ninguno de los extraordinarios, me refiero, no solo las hadas.

—Eso no parece especialmente malo —empezó él.

—Puede, pero si la energía no fluye hacia aquí, los que sean híbridos o que tengan un porcentaje de sangre extraordinaria del 50% o más, posiblemente mueran o enfermen.

—¿Y tú?

—Soy un nivel cuatro, solo tengo cuarenta, aun así, enfermaría.

—Entonces, ¿alguien quiere acabar con vosotros? ¿Tu hermano?

—¡No!, él moriría sin duda, era casi puro. No puede ser esa la razón.

—Está bien, Deborah. Quizá tengamos que pensar a quién beneficiaría que esas puertas se cerraran y cómo es que tu hermano accedió a esa ... piedra, siendo que está tan bien custodiada.

—Ya lo había pensado. Es decir, la piedra es nuestra, de mi familia y podemos tomarla si así lo deseamos, pero jamás lo haríamos. Sirve para consagrar a los recién nacidos, tal vez por eso

no hubo problema en que se la llevara. Mi sobrino estaba a punto de nacer.

—¿Y los reyes saben que se la llevó?

—No lo sé, la verdad. Tal vez debería ir y averiguarlo.

—Me gustaría acompañarte.

—No deberías. Los *shadows* no son apreciados por los nuestros. Hubo uno que, hace setecientos treinta y dos años, asesinó a más de cien hadas. Se ha quedado ese recuerdo impregnado en nuestra piel.

—Yo no soy él o ella.

—Lo sé, pero no esperes que te den un buen recibimiento.

—Debo ir al hospital, mi compañero está herido, y creo que iban por mí, aunque me atravesaron.

—Sí, cuando estáis en peligro, os convertís en una mera sombra. Por eso sois difíciles de matar.

Nathan suspiró. Eso había puesto en peligro a su compañero.

—¿Cuándo iremos?

—Si te parece, esta noche. Despistaré a mi guardaespaldas y acudiré al Parque de los Búhos, cerca de la estatua. A las doce.

—Allí estaré.

—No lles armas, no te servirían y sería algo... intrusivo.

—Pero...

—Un *shadow* no necesita armas, es un arma. Aunque todavía no lo sepas.

—Está bien.

Subieron y Nathan se fue, mientras Deborah se quedó hablando con la señora Loupos.

Estaba realmente preocupado. En el hospital, le dijeron que su amigo estaba en la UCI. Se acercó a Mónica, que se sobresaltó.

—¿Cómo es que eres...?

—Y tú, ¿por qué eres y antes no?

—Eso no importa ahora, Mónica, sigo siendo el mismo de siempre. Lo que nos interesa es que Mike se ponga bien.

—Podrías haberlo protegido, eres un *shadow* —dijo ella temblando.

—Me puse delante, pero me atravesaron las balas. Lo siento, Mónica.

—Está bien, Nathan, imagino que no será fácil descubrir de repente lo que eres. —Ella lo miró llorosa—. ¿Vas a decirle a Mike sobre mí? ¿Lo que soy?

—¿Para qué? Sois muy felices y él no sabe nada. Ahora tiene que recuperarse y si en algún momento deseas decírselo, es cosa tuya.

—Gracias, Nat, eres un buen amigo —dijo ella, que iba a abrazarlo, pero se retrajo.

—No soy mala gente, no he cambiado, Mónica. Por favor, avísame de las novedades por teléfono. Debo encontrar quién ha sido.

—Está bien.

Llegó a la comisaría y se cambió la camisa agujereada por un jersey que tenía en la taquilla. Le llevó a Marcos la prenda para que la examinase y determinara el tipo de bala, aunque ya estaban examinando las del cuerpo de Mike, suponía.

Una vez que dejó al preocupado forense, volvió para revisar las cámaras. La comisaría estaba rodeada, así que en alguna debería encontrar una pista sobre el motorista.

Después de examinar un buen rato, consiguió seguir al motorista por las calles. Y, un momento. ¿Era una broma? Se había parado justo delante de la casa de los coleccionistas,

momento en que la cámara se había desconectado de forma fulminante.

CAPÍTULO 12. IRA



Una furia insana lo invadió. Apretó su mesa, dejando marcas de sus dedos en la dura madera. Después, dándose cuenta, empezó a respirar. Las sombras de la habitación habían comenzado a volverse más grandes y se escuchaban susurros y siseos procedente de ellas. Respiró hondo y pensó en Deborah, sabiendo que eso lo tranquilizaría.

La comisaria se acercó a él, preocupada.

—Ya estoy bien, todo bien.

—Lo he sentido desde mi despacho. Tienes que controlar la ira, Nat, o te consumiré. Los *shadows* no son sombras por que puedan moverse entre ellas, sino porque representan una parte de la oscuridad de los humanos. Puedes cruzar la línea y no volver.

—¿Cómo le pasó a otra sombra que acabó con más de cien hadas?

—Sí, ¿Cómo lo sabes? Ah, el hada. Cierto. Se volvió loco y nadie pudo controlarlo. Por eso es bueno que tú seas uno de ellos, porque tienes un corazón noble y eres honesto.

—Yo no estoy tan seguro.

—Mira, Nat —dijo ella acercándose y sentándose en la mesa. Pasó el dedo por las marcas y suspiró—, es una putada para ti, pero posiblemente sea bueno para los demás.

—¿Bueno como a Mike? Si recuerdas, está en la UCI.

—Porque todavía no sabes cómo usar tus dones. Es necesario que hables con tus padres.

—El motorista que nos atacó acabó delante de la sede de los coleccionistas. Eso es más urgente. Quiero saber por qué.

—¿Es que no quieres conocer a tus padres?

Nathan se levantó, malhumorado y miró por la pequeña ventana.

—¿Cuándo han querido ellos conocerme?

—No seas infantil. Te expliqué por qué te dejaron con tus padres adoptivos. Si se hubieran acercado, tal vez te habrías activado antes, quizá de niño.

—A lo mejor era bueno para aprender.

—No en tu caso. Si se desata el desastre, es mejor que seas adulto. Te guste o no, tienes un Destino, con mayúsculas. Y está ligado a lo que nos pase a los demás, así que te vas a tener que joder y aceptarlo cuanto antes, empezando por hablar con tus padres. Ellos están cerca y seguro que luego puedes ir a la asociación.

—Entonces, ¿cómo contacto? Esta noche he quedado con Deborah, iremos a hablar con el rey.

—Joder, qué fuerte. Está bien. Ve a comer con ellos, además no te irá mal. Acude a este restaurante a la una. Tienes una hermana, por cierto.

—Vete a la mierda, Jess. ¿Qué más me ocultas?

—Lo siento, Nat. Era necesario. ¿Acudirás?

—Qué remedio. Déjame solo.

Jess se fue sin decir nada más. Cogió la tarjeta del restaurante italiano que le había dado ella, todo estaba demasiado preparado, como si él solo fuera una marioneta en su propia vida. Tal vez era así y alguien estaba moviendo los hilos. ¿Pero quién? ¿La señora Higgins? ¿Las hadas o quizá, su propia familia?

Envío un mensaje a Mónica, que le comentó que todo seguía igual, que Mike estaba estable dentro de la gravedad. Él podría haberlo protegido, le habían dicho, pero ¿cómo? ¿De qué le servía tener en la cabeza una cuadrilla de gente si no le ayudaban?

Porque debes seguir tu propio camino de aprendizaje, dijo la voz de la mujer con pieles, *por cierto, me llamo Alana, si deseas llamarme en alguna ocasión, hazlo con mi nombre.*

¿Y el tipo de ropa anticuada?

Se escuchó una risita de la mujer. *Se llama Antoine y es francés, creo que no le haría mucha gracia lo de la ropa, él siempre ha vestido muy elegante. Nathan, todos nosotros llevamos un camino distinto y son nuestras decisiones las que determinan nuestro destino y el de la humanidad. Es mucha responsabilidad, lo sé, por eso no queremos influirte, solo ayudarte.*

¿Y mis padres? ¿Ellos podrán ayudarme?

Claro. Son los ancestros los que activan nuestras posibilidades, aunque ellos no tuvieran ese poder. Ve a verlos, reconcíliate con tu pasado y deja que te expliquen. Además, lo vas a necesitar cuando cruces a Mundo Oscuro, a menos de que quieras morir ya.

No, no es la idea.

Entonces, ve. Ellos también son mi familia y hemos sentido su dolor por no poder criarte. Las cosas no son blancas o negras, pueden moverse en una escala de grises.

Está bien, iré.

Pues parte ya. Te queda menos de media hora. Suerte.

Gracias, Alana.

Nathan salió de la comisaría y miró la dirección del restaurante, que estaba a las afueras. Se subió al coche, vigilando los alrededores, no quería ver a otro de esos asesinos. O asesina. Debería tener una conversación con Blaise sobre el tema. Era obvio que no podría ser otra persona.

Llegó al restaurante unos minutos pasados de la una. Era un restaurante cien por cien

humano, por lo visto, ya que no vio a nadie con cuernos o colmillos. Casi lo prefería. Pero ¿Cómo reconocer a sus padres?

El lugar era acogedor, con mesitas pequeñas y manteles de cuadros rojos y blancos. Se dio cuenta de que era un italiano cuando vio al camarero salir con una enorme fuente de espagueti que olían de maravilla. Su estómago crujió cuando se acercó a la barra.

—¿Tiene mesa reservada, *signor*? —dijo una joven morena de aspecto muy agradable.

—No, he quedado aquí para comer.

—Nathan —dijo una voz tras él. Se giro y vio a un hombre alto y fornido, vestido de cocinero.

—¿Es él? —dijo la muchacha morena emocionada.

—Athena, ven —gritó el hombre hacia la cocina. Una mujer con el pelo castaño recogido en un gracioso gorrito salió, secándose las manos. Sus ojos se abrieron como platos y luego se echó a llorar. El hombre la abrazó.

—Tal vez deba venir en otro momento —dijo él incómodo.

—Desde luego que no —dijo su padre—. Pasa dentro de la cocina, si no te importa. *Mio Dio, come sei alto*.

—Lo siento, no hablo italiano —contestó confundido.

—Que eres muy alto... hermano —dijo la muchacha—, pasa, pasa, no te quedes aquí.

Nathan aceptó pasar a la pequeña cocina y lo llevaron por un pasillo hasta una terraza cubierta, llena de plantas aromáticas y donde había una mesa redonda con sillas. Una anciana tejía un jersey. Su cabello blanco y rizado estaba recogido en un moño y llevaba gafas.

—*Nonna, nonna, il nostro caro Nathan è arrivato* —dijo el padre acercándose a ella. El rostro de ilusión de la anciana hizo que esto valiera la pena.

Su madre entró tras él y se quedó frotándose las manos y llorando, sin atreverse a dar un paso.

—Creo que mamá quiere abrazarte, si le dejas —dijo la chica—. Por cierto, soy Helena. Papá se llama Nicolás y mamá Athena, por si no te sientes muy cómodo llamándoles.... *mamma e papà*.

Nathan se sintió conmovido y se acercó a su madre, abriendo los brazos. Era más baja que él y delgada, mientras que su padre era casi tan alto y bastante fornido. Su madre se lanzó a abrazarlo, llorando y enterrando la cabeza en su pecho. Todos lloraban de emoción, incluso él. Su padre se acercó y le dio un abrazo con su madre en medio, ya que no lo soltaba. La abuela se levantó con ayuda de Helena y también se acercó.

—Estás algo delgaducho —dijo la abuela—, nada que no cure una buena *lasagna* de tu *mamma*. Eres muy guapo, te pareces al *mio marito, tuo nonno*.

Nathan abrazó a la abuela, todavía con su madre agarrado a la cintura y después Helena se acercó para recibir el suyo.

—Estoy interrumpiendo vuestro trabajo, quizá sea mejor que vuelva otro momento.

—No te preocupes, tenemos empleados y las comidas están servidas. Sinceramente, hijo, no sabíamos cómo reaccionarías. Jess nos ha informado todos estos años y estamos muy orgullosos de la persona en la que te has convertido.

—Como dice tu padre, te queremos mucho y sentimos que finalmente, hayas despertado. No es lo que deseábamos para ti —dijo su madre entristecida—. Ojalá hubieras tenido una vida normal y plena.

—Pero ha sucedido y debemos ayudarlo —dijo la abuela sentándose de nuevo en su silla—, *vieni, ragazzo, siediti e lascia che ti spieghiamo*.

—Sí, hermanito, te mereces una explicación.

Nathan se sentó y su madre lo hizo al lado, mirándolo con adoración. Ese rostro no era fingido. Realmente lo querían y sí, se habían separado de él, pero los había leído y decían la verdad, al menos, sobre el amor que sentían por él. Un ligero calorcito invadió su corazón y se sintió algo más ligero.

—Traeré un poco de *grappa*, nos vendrá bien —dijo Helena sacando el licor de una alacena con varios vasos, uno para cada uno.

—No bebo —empezó Nathan.

—Es un destilado especial, parecido a lo que te dio Jess en la comisaría. Con menos graduación de alcohol y con hierbas especiales que ayudan a los *shadows* —dijo Helena, sirviendo las copas.

—Está bien. Me gustaría que empezaseis por el principio. ¿De dónde salen las sombras?

—Tendré que resumir bastante la historia —dijo su padre dándole un trago a su vaso—, porque según creo, hoy tienes bastante que hacer. Empecemos porque no sabemos nuestro origen, pero es muy antiguo, desde los primeros habitantes de la Tierra o incluso antes. Los seres extraordinarios comenzaron a surgir, unos dicen que fueron poseídos por demonios, pero es evidente que no es así. Las hadas, que existen desde tiempos inmemoriales, abrieron los portales cuando el hombre casi acababa de evolucionar. Se fueron mezclando y todo iba bien, pero nació una niña muy especial, alguien que tenía los ojos negros, la primera *shadow*. Cuando ella tenía catorce años, se fundó Roma, con todo lo que llevó: conquistas, guerras, y demás.

—Fue la primera *shadow* —interrumpió Helena.

—Pero eso no fue tan malo —dijo Nathan

—Depende de para quien —dijo su madre encogiéndose de hombros.

—Sigo y resumo —dijo el padre—. Cada cierto tiempo, según los acontecimientos humanos, nacía un *shadow*, a veces, no era de estirpe muy pura y las catástrofes eran asumibles. Otras veces, como durante las guerras mundiales, nació un *shadow* del 70%, lo que provocó que el mundo se conmocionara. No entiendas que es el causante. Es lo que equilibra, ¿sabes? Lo que hace que todo se arregle, aunque a veces la ira o el dolor les consumen y lo empeoran.

—De puta madre —exclamó Nathan. La abuela elevó una ceja y él se quedó callado.

—Cuando naciste, parecía que tenías una gran posibilidad de desarrollar habilidades, que se te activarían si permanecías a nuestro lado. Supongo que fuimos cobardes —dijo la madre apenada—, solo queríamos que no te activaras, que fueras feliz.

El padre abrazó a la madre que volvía a llorar.

—Y no ha servido, porque al final, aquí estás —dijo la *nonna* mirándolo por encima de las gafas—, y me parece que eres más que el de la guerra. Por eso, tienes que aprender. Helena, dame el libro.

Su hermana se levantó y sacó un viejo libro de un cajón y lo dejó sobre la mesa.

—Yo fui una *shadow* sin mucho poder, pero si vi a los anteriores. Me contaron muchas cosas, como sus poderes y cómo activarlos.

—Qué suerte, a mí no me han querido decir nada —protestó Nathan.

—Porque es la familia quien lo hace. Yo era huérfana y no tenía a nadie, pero tú sí.

La abuela abrió el tomo y mostró retratos dibujados de los antecesores. Nathan reconoció a los que había visto.

—En realidad, nadie sabe lo que le corresponde a uno, solo se manifiesta cuando se acepta a sí mismo. Puedes mover cosas, meterte en la mente de los demás, aumenta la fuerza y a veces, la velocidad. Los *shadows*, si están en peligro, desmaterializan su cuerpo. Y, por supuesto, pueden

viajar donde quieran a través de las sombras. Aunque eso es peligroso. Podrías acabar en mundos muy hostiles. Además, es posible que tengas dones extra, pero eso no lo sabremos hasta que los necesites.

—¿Y cómo se aprende a viajar?

—Al principio, debes ir a lugares conocidos. Piensas en el sitio y apareces. En el trayecto, podrás asomarte a otros mundos. Reconocerás los que son pacíficos y en los que no vas a ser bien recibido. Puro instinto. No te recomiendo que vayas si no es imprescindible. Ah, y puedes usar la brújula.

—¿Una brújula normal?

—No, esta.

La abuela sacó de su cuello un colgante con una pequeña brújula que no se movía.

—Es el momento de dártela, pero con esto, serás un *shadow* completo y puede que tus dones vengan de repente. A veces, es complicado y eso que yo tenía muy poca pureza.

—Está bien, supongo que tendré que hacerlo.

Nathan agachó la cabeza y la abuela le colgó la brújula. Su cabeza le dio vueltas por dentro, pero no se desmayó. Esta vez se sentía más fuerte.

—Y ahora, vamos a comer —dijo su madre. Helena fue a por una fuente de pasta y siguieron hablando durante un par de horas más de toda la historia de la familia y de su propia historia. Se sintió por fin, como en casa.

CAPÍTULO 13. PRIMER VIAJE



Tras despedirse emocionado de su familia y con la brújula en su pecho palpitando, tomó una decisión. Necesitaba ir a ver a Blaise, y sabía muy bien cómo presentarse sin avisar y sorprenderlos en su propio hogar.

Miró el reloj intranquilo, tenía pocas horas hasta la media noche, cuando iría con Deborah, quería pasarse por el hospital y también pedir explicaciones a la señora Higgins. Dejó el coche aparcado en la comisaría y se dirigió a un callejón oscuro, donde sin duda, había una sombra que podría utilizar.

Sintió el zumbido de la parte más oscura del lugar, que olía a desecho humano, quizá animal, a basura y a alguna otra materia viscosa que no quería ni saber. Su abuela, en un aparte le había explicado que viajar por una sombra era como subir en un ascensor. Había que dar el paso y pulsar el botón, que en su caso, era concentrarse en el lugar donde quería ir. Aparecería lo más cerca posible, en alguna otra sombra. Le había preguntado, por curiosidad, si alguna vez se planteaba ir al desierto, puesto que allí no podría haber posibilidades... y ella se había echado a reír. «Si hay sol, hay sombra, ¿no crees?», le había dicho dándole un pequeño pescozón a la italiana que le había hecho ilusión más que molestando. Quería volver a hablar con ella y con sus padres, con su hermana...

Pero ahora, tocaba dar un salto de fe, como en aquella película que vio con su padre... con su padre adoptivo, se corrigió, de Indiana Jones. En ella, el protagonista debía atravesar un puente que no se veía a simple vista y solo era cuestión de confiar.

Así que, allá iba.

La sombra zumbaba cada vez más conforme se acercaba y pequeñas chispas salían de ella, como si fueran ascuas de una chimenea. Comenzó a sentir la vibración y pensó en el hospital, para acercarse lo máximo posible. Cuando puso el pie dentro de la sombra, sintió caer desorientado, hacia un abismo que parecía una especie de... ¿espacio exterior? Vio algunas burbujas de oscuridad, como nebulosas y otra que estaba más brillante.

Ve hacia la más brillante, es tu destino, dijo la voz de Alana en su cabeza, no te distraigas o te perderás.

Intentó ponerse de pie, sin conseguirlo. El aire comenzaba a faltarle. Al mover la cabeza, vio alguna sombra a lo lejos que no le resultaba desconocida, pero no hizo caso. Movié los brazos como si estuviera nadando y de alguna forma, pudo impulsarse hacia la sombra menos oscura, hasta conseguir poner un pie en ella. Entonces, se vio expulsado con gran fuerza y acabó rodando en el suelo.

Poco elegante, pero efectivo, rio Antoine dentro de su mente. Empezaba a cansarse de tener una cabeza tan concurrida.

Con el tiempo, podrás evitarnos, cerrar tu mente y solo abrirla cuando nos necesites, dijo Alana. De momento, creo que te somos más útiles así.

Se levantó, sacudiéndose los pantalones y, al salir del callejón vio que estaba a dos minutos del hospital.

—Menos mal —se dijo caminando hacia el edificio. Entró y caminó hacia la habitación donde le había dicho Mónica que habían trasladado a Mike.

Ella estaba sentada a su lado, apoyando su rostro en la mano. Se sobresaltó al verlo entrar, pero no tanto como la primera vez.

—¿Cómo está?

—Al menos ya lo han sacado de la UCI. No ha despertado, está en coma y no despierta, pero dicen que se pondrá bien. No sé, Nathan. ¿Tú no podrías hacer algo?

—¿Cómo qué? No tengo ni idea de mis... posibilidades, Mónica. Sabes que acabo de salir del cascarón.

—Los *shadows* tenéis ciertos dones innatos. ¿Puedes intentarlo, por favor?

—Sabes que haría cualquier cosa por mi amigo, es como mi hermano. Tengo miedo de hacerle algo malo.

—No puedes dañarle, él no es uno de nosotros. Lo peor que puede pasar es que no tenga efecto. Pon la mano sobre su frente, búscalo, dile que vuelva, lo necesitamos.

—Está bien. Lo voy a intentar.

Mónica se apartó algo atemorizada del cuerpo de su marido, pero se mantuvo cerca y Nathan colocó la mano sobre la frente de Mike. No tenía ni idea de lo que tenía que hacer o de cómo ayudarlo, pero si había funcionado en un muerto, ¿por qué no en alguien en coma?

Cerró los ojos, concentrándose y llamó a su compañero.

Mike, Mike, ¿estás ahí?

...

Mike, soy Nat.

¿Nathan? ¿Cómo? ¿Qué haces? Pensé... ¿estoy muerto? ¿Y tú también? ¿Nos mató a los dos?

No, Mike, no estamos muertos. Tú estás en coma y yo... es una larga historia, pero he venido a buscarte, a llevarte de vuelta, tu mujer y tu hija te necesitan.

Ah... sí, es cierto. Pensé que... que estaba muerto, joder. Pero me da mucha alegría que no

lo esté.

Nathan sonrió. Veía a su amigo como si estuvieran en la comisaría, vestidos con la misma ropa del día anterior. Supuso que era su mente.

Bueno, qué, ¿te vuelves? Aunque también te digo que te dolerá, tienes dos balazos que curar. No importa, por estar con mi familia, cualquier dolor es soportable.

Dame la mano, creo.

¿Eres un ángel o algo así?

Es tu mente, como soy tu compañero, me imaginas para sacarte del coma.

Ah, está bien. Entonces, ¿nos vamos?

Sí.

Espera, tengo que despedirme de alguien.

Vio que su amigo se iba a otra habitación y que esta cambiaba a una lujosa cama donde había alguien echado que él no pudo ver. Mike volvió y le dio la mano.

Además, tengo una misión, ya que vuelvo.

¿Y eso?

No puedo decírtela de momento, ahora solo quiero volver a abrazar a mi esposa y a mi hija.

Entonces, vamos.

Nathan tendió la mano a Mike y una luz cegadora los envolvió. Cuando abrió los ojos, estaba en la habitación del hospital, con Mike de la mano. Los monitores comenzaron a pitar y Mónica se acercó corriendo. La alarma sonó y un médico se acercó, retirando a Nathan.

Escuchó la tos de Mike y un ligero gruñido de dolor.

—Mi amor —gritó Mónica.

Nathan salió de la habitación. Ya habría tiempo de hablar con él. Unos pasos apresurados lo pararon y Mónica lo abrazó llorando.

—Gracias, gracias, él ha vuelto por ti. Jamás olvidaré esto. Ni yo ni los míos lo haremos.

—Envíame un mensaje cuando se encuentre bien, tengo que marcharme.

Ella asintió y volvió corriendo a la habitación. Tenía cierta alegría en el cuerpo, pensando que había sacado a su amigo del coma.

No seas tan engreído, dijo Antoine, es algo que los shadows podemos hacer. Hablamos con el alma de las personas. Aunque aposté con Alana que no podrías y he perdido la apuesta.

Gracias por tu voto de confianza, contestó irónico. Y ahora, tengo que ir a la asociación de coleccionistas.

Escucha, no siempre los coleccionistas hemos sido buena gente, y no sé qué esconden ellos.

¿No son shadows? Pensé que la señora Higgins...

No, no lo son, el último murió en extrañas circunstancias, tanto que ni siquiera está aquí con nosotros.

¿Cómo puede ser eso?

Si lo destierran a otro plano, por ejemplo. Hace falta una magia muy potente para ello, magia de sangre o demoníaca.

No jodas, ¿demonios?

Antoine se echó a reír en su cabeza mientras él caminaba hacia el callejón donde había salido.

Ya te lo explicaremos. Ahora, para no flotar como un globo, agárrate a la brújula que te dio tu abuela, que para eso te la ha dado. Y visualiza el callejón más cercano a la asociación.

¿No puedo entrar directamente?

Esa casa está protegida. Ni los shadows pueden entrar sin permiso. Ten cuidado, de

momento, prefiero que no estés aquí, me pareces un hombre curioso.

Me alegro por ti.

Nathan ignoró a su mente y saltó a la sombra, agarrando con la mano la brújula. Esta vez, el paso fue a algo sólido y la nebulosa menos oscura estaba solo a otro paso. Era como si se hubiera definido el objetivo de mejor manera. Salió tropezando, esta vez sin caerse, al callejón más cercano a la casa. Se irguió satisfecho y caminó hacia la puerta.

Llamó y un antipático Rath le abrió la puerta.

—Pasa. La señora Higgins quiere verte.

Entró, dejándolo en el vestíbulo y él cerró la puerta. Se acercó al despacho, donde estaban todos sentados. Miró a Blaise de reojo. Ella ocupaba su sitio al lado de la chimenea y jugueteaba con una daga. Se puso en la puerta, de forma que no le daba la espalda a nadie.

—Tranquilo, inspector, nadie lo va a atacar —dijo Melody parpadeando. Él sintió una corriente energética que venía de ella, pero la rechazó. Ella abrió la boca de asombro y luego sonrió—. Parece que va aprendiendo.

—Siéntese, Nathan —dijo la señora Higgins observándolo con los ojos entrecerrados—, Sí, veo que ha adelantado. Su aura oscura es mucho más fuerte que antes. Me alegro, porque esto no se soluciona. No sabemos quién es el asesino y no parece que en eso esté avanzando.

—Tal vez sí —dijo él molesto. Rath bufó y volvió a meter la cabeza en su ordenador, donde tecleaba rápido—. El caso es que tal vez necesite interrogar a alguien para que me aclare por qué el día del asesinato se citó con Robert Carson y dónde está la caja que le dio.

Se giró rápido hacia Blaise y ella le lanzó la daga. La cogió al vuelo, hiriéndose en la mano, pero parando el golpe. Melody aplaudió.

Nathan sacó su pistola y apuntó a la *sindhar* que no se movió, sonriendo y apoyada en la chimenea.

—Eso no se hace, Blaise —riñó la señora Higgins—. Inspector, deje de apuntar a su compañera.

—Ella no es mi compañera, es una asesina.

—Sí, no negaré que alguna vez he asesinado a alguien, solo por contrato —dijo ella sacando otra daga de su cinturón y jugando con ella—, pero no es el caso. Esta vez no.

—¿Vas a negar que no viste a Robert Carson el día de su muerte?

Nathan vio cierta vacilación en el rostro de Blaise y luego su mirada hacia su jefa. Ella asintió.

—Está bien, inspector. Baje la pistola y le daremos la explicación correspondiente —respondió la señora Higgins—, aunque supongo que no le va a gustar.

CAPÍTULO 14. MENSAJE



Deborah paseaba nerviosa por la habitación del hotel. Podría haberse ido a casa de Robert, ahora su casa, quizá era lo mejor. Al menos, haría compañía a Tina hasta que cruzara el portal con el policía. Por algún motivo, ella no lo temía. Suponía que era porque había visto su rostro humano antes que el otro.

Salió de la habitación hacia la de Janabay que estaba dos más allá y llamó a la puerta. Tardó un poco en contestar y se asomó a la puerta, parecía que acababa de salir de la ducha.

—¿Ocurre algo?

—No, me voy a casa de mi herm... a la casa. Creo que será mejor que me quede allí. Puedes, si lo deseas, quedarte en el hotel.

—No, no, el rey me encomendó protegerte y es lo que haré. Si me das diez minutos.

—Claro, te espero abajo.

Volvió algo preocupada. Le daba la sensación de que Janabay no estaba solo, pero ¿no se supone que tenía que protegerla? ¿Le había dado tiempo de tener una cita?

Utilizó su don de mimetizarse y se quedó pegada a la pared, de forma que nadie pudiera verla. Como esperaba, a los dos minutos, se abrió la puerta. Su guardaespaldas se asomó y miró hacia donde estaba ella, sin verla. Una mujer con ropa corta y ceñida salió de la habitación. Su cabello rubio era tan perfecto que podría ser una peluca. Era de los suyos, un ser extraordinario, pero no acertó a ver ni su rostro ni sus particularidades. Solo que ella se giró de medio lado, y pudo ver sus ojos, oscuros como los de los shadows y una leve sonrisa que le dedicó.

Se alejó contoneándose y Deborah se metió en su habitación, temblorosa. Lo que había visto.... ¿qué había visto? ¿Una *shadow*? O había alucinado. Recogió sus cosas y decidió que le pediría a Janabay que se marchara. Ya no se fiaba de él.

Bajó a recepción y pagó la cuenta. No llevaba ni cinco minutos esperando cuando Janabay bajó cargado con su pequeña maleta. Lo observó. Parecía nervioso.

Una vez su tía Moira le dijo, «Mantén a tus amigos cerca, pero a tus enemigos aún más cerca» y cuando le preguntó de dónde sacó esa frase, le comentó que lo habían dicho en una película de mafiosos. Tal vez es lo que debía hacer, si lo echaba, no sabría qué estaba tramando.

Llegaron a la casa y como esperaba, la señora Loupos se alegró mucho de tenerla allí. Se la veía más animada. Después de que la policía había registrado la casa de arriba abajo, ella había podido limpiarla. Se marchó al mercado a comprar, animada por tener a alguien en la casa.

—Janabay, voy al sótano, quédate aquí arriba.

—Debería...

Deborah levantó una ceja y él se quedó callado. Fue a la cocina para hacerse un café y ella bajó sola. Quería echar un vistazo a la caja fuerte, aunque ya sabía que la Luz Azul no estaba allí. Esa tarde también vendría el abogado de la familia para arreglar los papeles de la herencia, algo que a ella le entristecía más que otra cosa.

Bajo al sótano, cerró la puerta para que nadie se colase y retiró el hechizo para entrar. Algo no le cuadraba. ¿Era posible que alguien hubiera entrado? Notaba algo distinto.

Revisó los papeles y se dirigió a la caja fuerte. Sabía la combinación porque su hermano no solía tener secretos con ella, aunque últimamente no se hubieran visto tanto. Lo echaba de menos y se arrepentía mucho de haber estado tan ocupada con la granja de animales. En ese momento, haría lo que fuera por recuperarlo.

Abrió la caja y sí, había acciones, una gran cantidad de dinero efectivo y joyas de su esposa. Estaba claro que no iban a robar. Metió la mano dentro de la caja, buscando el resorte que abría el doble fondo. Eso solo lo conocían ambos hermanos.

Bajó la palanca y se deslizó una parte del suelo de la caja, que daba a un compartimento muy estrecho donde había un papel doblado. Lo tomó, nerviosa y vio la elegante caligrafía de su hermano. Con las manos temblorosas, se sentó en el suelo y comenzó a leer.

Mi querida Deborah,

Si estás leyendo esto es porque yo no estoy y eso me apena, puesto que el sueño de ser padre y vivir con mi querida Lidia ha sido truncado. Te escribo esta carta porque sé que mi vida está en peligro. Si solo toman la mía y respetan a mi esposa, me daré por satisfecho. Ella sabe que alguien trata de acabar con nosotros. He tomado ciertas medidas para intentar salvarlos, pero no sé si será posible.

Si caigo yo, seguramente tú serás la siguiente, Deb. Tienes que cuidarte y no confiar en nadie. Lamentablemente, no te puedo decir quién es el que está conspirando contra nosotros y nuestra familia. Supongo que lo descubriré el día que finalmente me atrapen.

Te pido que te cuides, que sobrevivas y, si está en tu mano y ocurre que mi esposa o mi hija lo hacen, por favor, cuida de ellas.

Siempre te he querido mucho, hermanita, y lamento no haber pasado más tiempo juntos, pero sé que nuestro amor fraternal va mucho más allá de los momentos vividos.

Serás nombrada heredera y, aunque estoy seguro de que no es lo que deseas, te ruego que por el bien de nuestro pueblo aceptes el cargo, o de otra manera, todo se hundirá. Hay corrientes entre los nuestros que desean la predominancia de las hadas en el mundo humano, de una forma incorrecta y solo alguien que pueda calmarlos, alguien como tú, conseguirá que eso

no ocurra.

He tenido visiones acerca de un shadow que está por venir. Las runas me lo dijeron. Si es uno de los más dotados, el desastre puede ser inminente. Siento dejar tanto peso en tus espaldas, pero posiblemente, tú seas la clave. Apóyate en él o ella si es necesario.

Siempre en tu corazón, con todo mi amor,
Robert.

Deborah se echó a llorar y leyó de nuevo la carta en sus manos temblorosas. La volvió a guardar en la caja y cerró el compartimento. Esto cambiaba muchas cosas. Desde luego que no era estúpida y sabía que la muerte de su hermano y esposa había sido algo conspiratorio, pero no esperaba...

—¡Qué ilusa! —se dijo. No podría escapar a su destino.

Se sentó un rato en la mesa de su hermano, revisando los papeles. Robert no tenía ordenador, porque decía que cualquiera podría robar su información, aunque en su empresa sí que los usaban. Pero las cosas más íntimas estaban solo en su mente.

No se dio cuenta de que pasaba el tiempo, revisando todos los papeles de su hermano, hasta que un golpe en la puerta la sobresaltó. Recogió todo y dejó una marca casi invisible para comprobar si alguien entraba allí. Volvió a esconder el despacho y subió. Janabay estaba nervioso, esperando.

—Llevas mucho rato allá abajo.

—Ya. ¿Qué ocurre?

—Ha llegado el abogado. La señora Loupos lo ha hecho pasar a la salita.

—Muy bien, pídele unas infusiones.

Deborah vio que él se quedaba parado, se notaba que quería decirle algo.

—¿Qué?

—Lo siento, yo... en el hotel, estaba con alguien. No debía.

—¿Y quién era?

—Una mujer que conocí en el bar del hotel.

—¿Una prostituta?

—¡No! Yo no necesito pagar por sexo —dijo él ofendido.

—Me da igual, Janabay, haz lo que quieras, aunque quizá no es el momento para estas... frivolidades.

Deborah se metió en la salita y saludó al amable hombre que siempre había llevado los asuntos de la familia. Era un *baio*, y con sus ojos de búho no perdía detalle de nada.

—Señorita Carson, lamento su pérdida.

—Siéntese, Henry, por favor. Hace días que tenía que hablar, pero todo ha sido... tan rápido.

—Hablamos por teléfono, hoy he traído todo para la firma. Su hermano, le deja todo, como sabe, debido al fallecimiento de su descendencia. Los accionistas de la empresa de su hermano le han hecho una oferta por las acciones, yo diría que muy generosa, aunque de usted depende.

—No, es absurdo. ¿Qué voy a hacer con una empresa de la que no tengo ni idea? Prepare todo para venderla.

—Además, su hermano poseía dos apartamentos alquilados y tres locales en el centro, también con buenas rentas. ¿Seguimos igual?

—Sí, eso sigue igual.

—Y después, está esta casa. ¿Qué desea hacer?

—Tengo que pensarlo, pero de momento, se queda así. Yo viviré aquí.

—¿Va a dejar su granja?

—Me temo que sí. Le pido que redacte un contrato para su venta que sea lo más justo posible. Se la ofreceré a mis empleados. Ya no creo que pueda ocuparme de ella.

—Está bien, firmando estos papeles, ya estará todo hecho. —Ella firmó tras una lectura rápida y notó que él quería decir algo más.

—Adelante, Henry. ¿Qué es lo que quiere preguntarme?

—Yo... quería saber y hay cierta... corriente... de personas que se preguntan si va a aceptar ser la heredera. Su familia, la reina Mara, su hermano y usted, son los auténticos *nobilis sanguine* y no el actual rey, si me permite tal descortesía. Son la auténtica familia real y, sí, Robert estaba muy preparado, pero usted tiene el mismo corazón noble que él. Llevamos observándola mucho tiempo, en previsión de que alguien pudiera... atentar contra Robert.

—¿Quién me observa, Henry?

Él la miró con afecto. Ella parecía a punto de echarse a llorar, pero aguantaba con fuerza.

—El consejo de los extraordinarios, alteza. Los que estamos aquí y deseamos seguir viviendo en paz. No queremos que vuestra raza tome medidas drásticas. Que haya aparecido un *shadow* de ese nivel nos preocupa mucho. Sabe lo que pasa cuando lo hacen.

Deborah se quedó pensativa. Sabía que existían, desde luego, aunque se había despreocupado, quizá demasiado. Suspiró.

—Lo sé, Henry. Yo también estoy muy preocupada. Esta noche vamos a ir a visitar al rey.

—¿Los dos? —preguntó sorprendido—. Pero... él no tiene permitido el acceso.

—Soy la heredera de momento, ¿recuerdas? Puedo llevar a quien desee.

—A su majestad no le gustará. Podría leer sus intenciones y me temo que, en lo que respecta a usted...

—El rey Garald es mi padrastro...

—Pero no su padre y ahora la reina está esperando un bebé, que podría ser su heredero si usted no estuviera. ¿Quién no querría que su propia estirpe reinase?

Deborah se levantó molesta. Él había sido siempre muy cariñoso con ellos. No podía creerlo. Llamaron a la puerta y permitió pasar. Tina entró con una bandeja que depositó encima de la mesa. Se marchó tan discreta como cuando vino.

Ella se sentó de nuevo y sirvió el té. El abogado la miraba casi con pena.

—Robert estaba más acostumbrado a las intrigas, supongo, así que usted deberá hacerlo, calmarse y pensar de forma fría. Tal vez sería bueno que tomara un esposo que la acompañase. Alguien que, por su palabra, jurase protegerla incluso con su vida.

—No tengo ninguna relación, Henry, y no voy a obligar a nadie a tomar un juramento que es de por vida. Además, ¿por qué un hombre va a significar que yo sea más fuerte?

—No se trata de que sea un hombre, sino de que tenga descendencia antes...

—¿Antes de que me asesinen, como a mi hermano?

Él bajó la cabeza, avergonzado.

—Tiene razón, Henry, disculpe. Tengo una responsabilidad y no la voy a delegar en nadie.

El abogado sonrió ampliamente y tomó la mano de Deborah.

—Seréis una reina estupenda, aunque debáis renunciar a la vida aquí, seguro que podréis visitar a vuestros amigos cuando sea.

—No lo sé, Henry. Y, de todas formas, al rey le quedan muchos años de vida. Tal vez cuando llegue el momento ya tenga una familia. Eso complicaría todo.

—Su padre era humano y no se complicó. La reina vivía en los dos mundos y fueron muy felices hasta que él falleció. No importa con quién se despose, lo que importa es que sea reina antes de que se desate el desastre.

—¿De verdad piensa que va a ocurrir?

—No solo lo pienso yo. Muchos lo hacemos. Y es más una certeza que un pensamiento. Ocurrirá, sin duda, y no tardará mucho.

CAPÍTULO 15. UNA MERECIDA EXPLICACIÓN



—Bien, estoy esperando una explicación que haga que entienda todo esto —dijo Nathan sin perder de vista a todos. Melody parecía avergonzada, Rath había desviado la vista. Blaise jugaba con su daga y la señora Higgins lo miró, suspirando.

—Supongo que se lo debemos, al fin y al cabo, es nuestro Coleccionista.

—¿Nuestro? —dijo Nathan molesto.

—Sí, en cierto modo —se excusó ella—. No somos una organización que conspira en las sombras si es lo que piensa.

—¿Ah, no? —contestó él irónico— Estoy hasta los cojones de este mundo en el que he aterrizado, sin paracaídas, sin protección y sin pedirlo.

—Bueno, pensamos que tardaría más en desarrollarse, inspector, que no sería tan... perspicaz. Lo cierto es que sí hay elementos conspiratorios contra la familia real, y me refiero a los descendientes de la reina Mara, Robert y Deborah. Han acabado con el primero y no pararán hasta extinguirla.

—Debo avisarla —dijo Nathan levantándose.

—¿Cree que ella no lo sabe? Siéntese, inspector —exclamó la señora Higgins con impaciencia—. Dudamos incluso si el padre de los hermanos fue asesinado, tal vez fue obra del actual rey, un joven hada bastante ambicioso en su momento. Es cierto que ha mantenido la paz,

pero nos tememos que esté mal aconsejado. Nombró a varios ministros que tienen ideas bastante, por decirlo de alguna manera, supremacistas. Es cierto que las hadas son una raza muy superior a todas, tienen ciertas destrezas y siempre han sido los que gobernaban el mundo. Pero los demás seres somos cada vez más y aunque tenemos un consejo que responde ante ellas, queremos ser independientes, no estar supeditados a sus decisiones.

—¿Y cuál es el problema?

—Que las hadas controlan los portales. Si los cerrasen de golpe, en pocos meses moriríamos. Nos tienen en sus manos —dijo ella. Escuchó el suspiro de Melody que se limpiaba una lágrima. Se sentó de nuevo, esperando la siguiente explicación.

—Mara era muy buena reina, mi madre siempre lo decía —dijo la joven rubia.

—Creemos que Robert hubiera sido un buen rey, continuando el legado de su madre. Yo he hablado muchas veces con él y era un hombre encantador, además de que estaba casado con una humana. No querría cerrar el paso.

—¿Los humanos no pueden vivir en su reino?

—Sí, por poder, pueden, pero nunca ha habido nadie que quisiera. Incluso el esposo de Mara vivía en Los Ángeles. Luego se mudó aquí, y los dos niños estudiaron en universidades humanas. Quería que tuvieran lo mejor de ambos mundos. La reina lo visitaba tan a menudo como podía y, aunque se sacrificó en parte por no estar con sus hijos todo el tiempo, ellos crecieron sanos y felices.

—Entonces, ¿el rey Garald quiere cerrar los portales?

—Nuestros espías... —Nathan enarcó las cejas y ella se encogió de hombros—, han dicho que algunos ministros están advirtiéndole al rey del peligro que hay con los humanos, de que podrían ser infestados por sus guerras, por sus costumbres, de la cantidad de hadas que se quedan a vivir en la tierra y tienen familia.

—Al final, siempre es la pureza de la raza —suspiró Nathan—, son iguales que los humanos.

—Exacto, Nathan. No dejan de tener las mismas emociones, buenas y malas, orgullosas y despectivas, engreídas o malévolas. Hay de todo, como aquí.

—Entonces, ¿la Luz Azul? —preguntó Nathan. Todos dieron un respingo.

—No la nombre, por favor —dijo Melody mirando a todos los lados.

—Eso... está a buen recaudo —dijo Blaise acercándose a él. Nathan la miró fijamente y le confirmó que ella había quedado con Robert. Casi pudo ver dónde la tenía, pero ella se retiró a un lado.

—¡No le permito entrar en mi mente! —gritó agarrando su colgante.

—Vaya, Nathan, sí que... bueno, entrar en la mente de un *sindhar* es algo... inusual —contestó la señora Higgins—. El caso es que eso está, como dice Blaise, guardado, pero no por mucho tiempo. Si se queda aquí más de dos meses, los portales se irán cerrando y nosotros moriremos. Hay que llevarlo de nuevo allá, pero escondido.

—¿Por qué no le piden a Deborah que lo lleve?

—Porque ella está en peligro y probablemente sea asesinada —soltó Blaise. Él la miró con furia—. Es la verdad.

—No permitiré que eso suceda —dijo Nathan.

—Si conseguimos que pueda guardarlo en la cripta de las Montañas Sagradas, donde solo puede acceder la familia con sangre de Mara, tal vez los portales aguantesen. Pero es un viaje muy peligroso —dijo Rath por primera vez en todo el tiempo—. Según mis mapas, está en una dimensión paralela al reino de las hadas, conectada a ella, pero en un entorno muy hostil.

—¿Cómo de hostil? —preguntó Nathan.

—Imagínese el infierno —contestó Rath—, y multiplíquelo por mil.

—Es decir, que Deborah tendría que viajar a ese mundo infernal con eso, acceder a la cripta y dejarla allí. Y entonces, ¿se arreglaría el problema?

—No es tan simple, Nathan. Primero, hay que llegar allí y luego, el sitio... es como dice Rath, muy hostil. Y en el caso de que pudiera dejarlo allí, solo solucionaría el problema de los portales, aunque su vida seguiría corriendo peligro. Puede que los conspiradores no consigan cerrar el portal de esa forma, pero encontrarían cómo. La solución más definitiva es que Deborah ascienda al trono. Ella es una joven muy razonable.

—Peor lo pone. Ella no quiere ser reina.

—Tendrá que serlo, quiera o no —dijo Melody con su suave voz—. Es su destino.

Nathan se quedó pensativo, mirando sus manos. Luego, levantó la cabeza de nuevo.

—¿Quién asesinó a Robert y a su esposa y le robó al bebé?

— Eso... también podemos explicarlo en parte —dijo la señora Higgins. Nathan sintió el impulso de sacar la pistola—. Robert fue asesinado por alguien que él conocía, sin duda. Era un experto luchador. Y su esposa fue miserablemente envenenada. Pero Blaise vigilaba y pudo extraer al pequeño antes de que muriera. Ahora mismo está en una incubadora, aunque no sabemos si vivirá. Le afectó el veneno.

—Valiente forma de vigilar, si la asesinaron en tus narices.

Blaise se lanzó contra él, con la daga delante y lo atravesó, cayendo al suelo. Después, él puso su pie sobre la daga, ella la soltó y se levantó de un salto, sorprendiendo a Nathan con un buen puñetazo que lo mandó a la pared, tirando un cuadro. Él se lanzó por ella y Melody gritó, la tomó del cuello mientras ella le daba una patada que lo tiró al suelo.

—¡Basta! —gritó la señora Higgins mostrando sus ojos ahusados. Un olor a azufre se extendió en la sala y Blaise se retiró a un lado. Nathan se volvió hacia ella.

—¿Un demonio?

—Medio demonio —dijo la señora Higgins calmándose—. Eso nos llaman, pero tampoco las hadas son ángeles. Somos otra raza, sin más.

Nathan se arregló la camisa mientras miraba con mala cara a Blaise. Ella prometía venganza en su mirada.

—Y tiene razón, fue un fallo de nuestra *sindhar*, ya se ha castigado lo suficiente. Quien la asesinó, era tan sigiloso como ella.

—¿Otro *sindhar*?

—Eso creemos, pero... —dijo Rath tecleando en su ordenador—, no hay ninguno registrado en la ciudad. Los que hay han sido interrogados, así que, si hay otro asesino, desde luego, es alguien que se oculta, a saber, por quién ha sido contratado.

—¿Por el rey, quizá? —preguntó Nathan más calmado.

—No es seguro. El rey amaba a sus hijastros... pero quién sabe —contestó Melody.

—Hoy lo voy a conocer, Deborah me lleva esta noche.

La señora Higgins abrió la boca y no supo decir nada. Los demás también lo miraron sorprendidos.

—¿Tan raro es? —preguntó Nathan.

—Lo es. ¿Te has acostado con ella o algo así? —dijo Blaise. Él la miró con mala cara.

—No.

—Entonces, ¿por qué?

—No tengo por qué contestar preguntas, cuando me habéis ocultado todo lo que estabais haciendo —dijo Nathan levantándose para marcharse.

—Nathan, el mundo de las hadas no es lo que parece —dijo la señora Higgins levantándose también—, aunque seas un *shadow*, también pueden acabar contigo o hacerte desaparecer. Nuestra anterior coleccionista desapareció sin dejar rastro y no hemos vuelto a saber nada de ella. No era tan pura como tú, pero había sido preparada desde niña. Tú... estás en desventaja. Solo digo que tengas cuidado. Tal vez puedas comentarle a Deborah que debería ir a la cripta. Hazlo solo cuando estéis solos y si puede ser cerca de su oído, mejor. Las hadas tienen agudizados todos los sentidos.

—Eh... toma —dijo Blaise acercándole dos dagas—, sé que llevas pistola, pero estas dos están hechizadas. Pueden con seres que no te imaginas. Si las pegas a tus piernas desaparecerán y solo tienes que volver a poner la mano sobre ellas para que salgan de ellas.

—¿Como la piedra que me pusisteis en el pecho?

—Algo así. Los *sindhar* tenemos cierta clase de magia.

—Son hechiceros —dijo Melody sonriendo. Blaise la miró con mala cara.

—Gracias... supongo.

Blaise se apartó y él puso una daga en cada mano, la acercó a sus piernas y desaparecieron, sin que sintiera nada.

—Curioso...

—¿Ve? —dijo la señora Higgins que había vuelto a tratarlo como antes—, no sabe nada acerca del mundo y aun así se va allá. Se va a meter en la boca del lobo.

—De joven ayudaba a mi padre... adoptivo a cortar leña, así que no tengo miedo a los lobos. Sé manejar mi hacha.

Vio a la señora Higgins que asentía y a Melody que lo miraba con pena, como si no fuera a sobrevivir. Salió de la casa, respirando el aire frío de la noche. Todavía no habían hablado de quién le había disparado, eso se lo guardaba de momento. Y, de todas formas, si había sido Blaise, ¿no lo hubiera notado?

Faltaba solo una hora para acudir con Deborah y necesitaba ver a su amigo, saber que estaba bien y también que le explicara qué era lo que había visto en su sueño, aunque tuviera que contarle quién era de verdad.

CAPÍTULO 16. VISITA



Deborah miró la hora impaciente, paseando por el parque del Búho, donde había quedado con el *shadow*. Janabay miraba alrededor con la daga medio fuera de su pierna. Dos minutos después de las doce, un chasquido procedente de detrás de un árbol, los puso en guardia.

Nathan salió de detrás con las manos en alto y ella suspiró. Tenía mala cara, desde luego. Con ojeras, cansado y ligeramente abatido.

—¿Todo bien?

—Más o menos. ¿Quién es él?

—Janabay, mi... guardaespaldas.

Los dos hombres se miraron retándose. El inspector era más alto y corpulento, pero sin duda su compañero de raza estaba más habituado a la lucha cuerpo a cuerpo.

—Bien, si habéis dejado de retaros como dos perros, es mejor que atravesemos el portal.

—¿Qué tengo que hacer? —dijo Nathan.

—Darme la mano. No quiero que acabes en algún lugar perdido. Y una vez que entremos, deberás mantenerte detrás de mí hasta que lleguemos hasta la presencia del rey. Tengo que negociar tu visita, de momento.

—Deborah, creo que es una mala idea. Los *shadows* no son bien recibidos...

—Es mi decisión, Janabay. Y lo siento así. Esto debe ocurrir.

—Sí, lo que mandes —contestó con una reverencia un tanto forzada.

—Está bien, vamos al portal.

Deborah comenzó a abrir el acceso a Mundo Oscuro entre dos árboles, cuando un ruido por detrás los alertó. Una flecha se dirigió directamente a su cabeza y Nathan, sin dudarlo, se puso delante, esta vez rezando por ser sólido y que no lo atravesase. La flecha se clavó en su pecho y comenzó a debilitarse.

—¡Janabay! Cógelo y pasemos dentro.

Deborah vio a un encapuchado, pero saltaron dentro y cerró el portal cuando había disparado una segunda flecha.

Janabay depositó a Nathan en el suelo. Había empezado a temblar. Deborah le abrió la camisa para sacarle la flecha, pero una mano la detuvo.

—Deborah, está envenenada.

Un círculo negro se comenzaba a formar alrededor de la herida.

Varios soldados se acercaron y ella les gritó para que lo cogieran en brazos y lo llevaran a su casa.

—¿No vamos a palacio? —preguntó Janabay.

Ella lo miró de mala manera.

—¿Cómo? Se va a morir. Avisa a mi tía Moira de inmediato.

Janabay salió corriendo y ella siguió a los soldados que obedecieron sin rechistar. Entraron en su casa, solo atendida por su sirvienta hada, que se escandalizó al ver que traían a un humano. Les mandó llevarlo a su cama y echarlo. Nathan estaba cubierto de sudor y temblando.

—Alteza, debemos informar al rey.

—Por supuesto. Podéis iros.

—Lúa, trae gasas y agua caliente.

Deborah arrancó la camisa de Nathan que abrió los ojos, vidriosos y medio sonrió.

—Ah, no te pienses nada raro, inspector. ¿Por qué te has lanzado delante de mí?

—Quería... salvarte....

Volvió a quedarse inconsciente y a los pocos minutos llegó Janabay con su tía Moira, cargada con una bolsa.

—¿Este es el *shadow*?

—Sí, se ha puesto delante para salvarme la vida, ayúdale por favor.

—Los *shadows* no son fáciles de matar, y probablemente se salve por sí solo, aunque...

Moira se agachó para oler la herida y se retiró enseguida.

—Es un veneno muy fuerte. Si hubiera sido un humano normal, en tres segundos habría muerto. No habrás tocado la flecha, ¿verdad?

—No, no.

—Tú, trae mi bolsa.

Janabay la dejó sobre la cama y ella empezó a buscar.

—Tía Moira, deberías darte prisa.

—Tranquilízate. Esto lleva su tiempo.

Encontró unos finos guantes de oro y se los puso. Luego preparó unas gasas y un botellín con un líquido espeso.

—Esto es para hadas, no sé cómo funcionará en él, pero es lo único que tengo —explicó compungida.

—Hazlo ya.

Sacó la flecha del pecho de Nathan y la sangre oscura empezó a brotar de la herida. Moira abrió el botellín y lo echó sobre la zona, abarcando más de la herida. El líquido fangoso y de olor terrible empezó a infiltrarse en la piel. Nathan empezó a convulsionar.

—¡Sujetadlo!

Janabay le agarró de las piernas y Deborah lo tomó de los hombros, murmurando palabras tranquilizadoras cerca de su cara. Él abrió los ojos, todavía vidriosos y la miró fijamente. Mientras, Moira echaba más líquido que se introducía por la herida. Poco a poco, empezó a rezumar un líquido viscoso y verde que Moira recogió en una gasa. La sangre empezó a cambiar y se convirtió en roja, momento en el que su tía cerró la herida con un preparado cicatrizante.

—Vaya, sí ha funcionado —dijo ella mirando la herida. Nathan había dejado de convulsionar y parecía tranquilo—. Sin embargo, vas a tener que darle cada hora esta infusión.

Sacó un paquete de hierbas de su bolsa y se la dio.

—Esto le purificará la sangre y borrará todo rastro de veneno. Por cierto, si te hubiera alcanzado, te habría matado de forma agónica. Él te ha salvado la vida, sin duda. Era sangre de minotauro, muy difícil de conseguir.

Janabay se echó en el suelo, delante de Deborah.

—Disculpa, yo tenía que haberme puesto delante de ti, y no este hombre. Yo tenía que protegerte.

—Levántate, hombre. Vigila la casa y con eso me estarás protegiendo.

El hada se levantó y salió de la habitación compungido.

—Estás en grave peligro, mi niña y de no ser por este hombre... no puedo pensar que también podría perderte a ti.

—Gracias por salvarlo, Moira. Y si... bueno, si me pasa algo, me reuniría con mi familia, no te preocupes.

—Está bien. Imagino que Garald te pedirá explicaciones, aunque el tipo se ha ganado un puesto aquí, ya que te ha salvado. Iré a informarle para que te dejen tranquila un par de días, hasta que se recupere.

—Gracias, tía —dijo ella abrazándola.

—No te olvides de darle la infusión tres veces al día como mínimo dos días. Puede que le haya eliminado todo el veneno o puede que no. Mañana pasaré a veros. Ahora, voy a visitar a nuestro rey.

Se marchó y Deborah tiró de la campanita para que Lúa acudiera. La muchacha no tardó ni un minuto.

—¿En qué puedo ayudar, alteza?

—Prepara esta infusión. Tiene que tomarla tres veces al día, una cucharadita. Y trae paños de agua de rosas para bajarle la fiebre.

—¿Os preparo algo de comer?

—Sí, para Janabay y para mí. Gracias.

La muchacha hizo una reverencia y ella se sentó junto a Nathan. Acarició su rostro sudoroso y retiró el cabello que le caía en la cara. Con los ojos cerrados y observándolo bien, le gustó su rostro regular, de mandíbula recta y una ligera barba, algo que las hadas no tenían. Acarició la barbilla, sintiendo el áspero toque del vello. Un escalofrío le hizo retirar la mano de su cuerpo. Se levantó y le quitó las botas para meterlo dentro de la cama. Tal vez tenía que quitarle los pantalones. Al dejarlo solo en ropa interior, pudo admirar un cuerpo fuerte, ligeramente fibroso. Nada que ver con la perfección de las hadas tampoco, pero sí era muy atractivo. Su cabello negro se ondulaba en la cabeza y tenía vello corporal que bajaba hasta...

Se retiró, sonrojada y lo tapó con la cubierta. Lúa le trajo una palangana con agua de rosas y un paño para bajarle la fiebre. Se sentó a su lado y comenzó a refrescar su cabeza. Él parecía estar soñando porque movía los ojos bajo los párpados cerrados. Le dio la mano, para

tranquilizarlo. No sabía cómo lo afectaría.

Lúa se acercó con la infusión y le ayudó a incorporarlo, poniéndole dos almohadas bajo su torso. Con una fina cuchara de oro, fue dándole la infusión, poco a poco, evitando que se atragantase. Al principio no tragaba, pero luego, de forma automática, comenzó a hacerlo. Deborah se sintió más aliviada. Le debía la vida y eso no lo iba a olvidar.

Su sirvienta llamó suave a la puerta.

—Su majestad el rey está aquí mi señora —dijo tímida.

—¿Qué ocurre aquí? —dijo Garald entrando en la habitación. Deborah lo observó. Parecía haber envejecido desde la última vez que lo vio.

Janabay entró detrás junto a cinco soldados que protegían al rey y que se quedaron en la puerta.

—Majestad —dijo ella inclinándose. Comenzó a contar lo que había pasado al entrar en el portal.

—Bueno, deberemos agradecer al... *shadow* que te salvara la vida, pero ¿por qué lo traías aquí?

Deborah miró alrededor y el rey hizo un gesto para que todos salieran y cerrasen la puerta.

—Majestad, está confirmado que hay una conspiración contra toda la familia real. Podemos estar en peligro, vos, mi reina y hasta vuestro hijo, tal y como hablamos en nuestra última conversación.

—Lo sé, Deborah. Y lo más grave es que no sabemos de dónde viene ni quién los dirige. El general dice que son el consejo de Extraordinarios, que desean que el mundo de las hadas acabe. Dicen que tienen algo que sustituye a la Luz Azul y que serían capaces de sobrevivir sin ella. Imagino que estará a buen recaudo en tu sótano.

—En cuanto a eso... Robert la sacó. Ahora está en la Tierra.

—¿Cómo es posible? —gritó el rey. Un soldado se asomó a la puerta y él lo echó impaciente—. ¿Y dónde está? ¿Quién la tiene? Porque imagino que tú no.

—No, yo no. Es posible que pueda recuperarla. Tenemos tiempo.

—Deborah, si no la recuperas, quedaremos encerrados y todos morirán. ¿Sabes los millones de extraordinarios, sean puros o híbridos que hay en la Tierra? Se pondrían enfermos hasta morir. No me fio de que tengan algo que de verdad funcione.

—Lo sé y estoy muy preocupada. En cuanto Nathan se recupere, volveremos por ella.

—¿Y qué hay de este hombre? ¿Te fías de él?

—Me ha salvado la vida, aun a costa de la suya. Supongo que sí.

—Estupendo, pues quedas comprometida con él. Así tendrás a alguien que vele por ti.

—¿Cómo? No. No puedes comprometerte con alguien que ni siquiera está consciente.

—Me es indiferente. Lo acabo de hacer. Él estará ligado a ti de por vida. De todas formas, los *shadows* tienen una vida normalmente corta. Estarás libre cuando todo haya acabado. Infórmame de novedades.

Ella miró el brazo de Nathan y sí, ahí estaba la runa que los comprometía.

—¡Maldita sea!

En su brazo lucía la misma runa. Era cierto que la unión no se haría efectiva. Según las leyes de las hadas, recordó, «En conformidad con las tradiciones ancestrales de las hadas, queda establecido que un compromiso de unión no se considerará plenamente vinculante hasta que las partes involucradas consumen su unión en mutuo acuerdo y amor, bajo la luz de la luna». Así que podría liberar a Nathan que, sin desearlo, había sido enlazado.

Cambió el paño y se lo puso por el pecho, que se agitaba inquieto. Acarició la frente,

retirando el cabello húmedo. Lo cierto es que desde que lo había visto por primera vez, sintió un vuelco en el corazón, algo que achacó a la terrible noticia que le trajo. Incluso en algún momento, había pensado que él la besaría. Y lo cierto es que lo deseaba. Se acercó a sus labios y los rozó con los suyos. Se apartó corriendo, sonrojada. ¿Qué estaba haciendo?

Terminó de darle la infusión y lo recostó en la cama, tapándole hasta medio pecho. Los brazos, fuertes y de piel ligeramente áspera, reposaban sobre la cama. Tomó su mano, casi el doble de grande que la suya y suspiró. Sí podría ser una buena pareja. Era noble y honesto, algo que no se encontraba fácilmente. Lo reconocía, también era guapo a su manera, más bien sexy y atractivo.

Cerró los ojos, para no seguir recreándose con la vista de su cuerpo y acarició el dorso de su mano. No supo cuánto tiempo estuvo allí, rezando para que se pusiera bien, pidiéndoselo a todos sus dioses, hasta que un ligero carraspeo la sacó de su ensoñación.

—¿Estás... bien? —susurró Nathan.

—Oh, por la diosa, has despertado.

Sin poder evitarlo lo abrazó y él pasó la mano por su cintura, sorprendido. Ella se retiró, sonrojada.

—Gracias por salvarme la vida, inspector.

—Lo haría una y mil veces —dijo y la runa se iluminó levemente. Deb se dio cuenta de que lo decía en serio.

—Tienes que descansar. Te han quitado el veneno de la flecha que iba destinada a mí, pero aún no sabemos si ha salido todo. Debes tomar una infusión tres veces al día.

—Creo que es mejor que vuelva —dijo él incorporándose, pero se mareó y Deborah lo empujó con suavidad hasta echarlo.

—Es uno de los peores venenos que hay en nuestro mundo. No sé ni siquiera cómo has sobrevivido, pero no dejaré que enfermes por no tomar las infusiones y curarte la herida. Te he dicho que te debo la vida. Además...

Janabay entró sofocado y sin llamar.

—Deborah, han... han atentado contra el rey.

—¡Por la diosa! ¿Cómo está?

—Mal herido, pero vivo. La reina nos envía soldados para protegerte. No puedes salir de aquí hasta que descubran al asesino.

—Tengo que... —dijo Nathan y ella volvió a empujarlo suavemente para echarlo.

—Estás muy débil y además no conoces este mundo. Está bien, Janabay, nos quedaremos aquí. Infórmame de todo.

Deborah se asomó a la ventana. Había hadas corriendo por las calles, mirando asustadas a sus espaldas. El desastre que había amenazado con ocurrir estaba ahí mismo.

CAPÍTULO 17. ENSOÑACIÓN



No supo cómo sintió que la flecha se acercaba. Tampoco recordaba cómo consiguió que su cuerpo fuera sólido, tanto como para protegerla de la muerte. Solo había sucedido, algo como un acto reflejo, como en tantas películas de policías que había visto. Y ahora solo veía oscuridad.

Quizá había muerto y sentía no haber conocido más a su familia, pasar más tiempo con ellos. Puede que le hubiera gustado casarse y tener familia, aunque siendo *shadow*, es algo que tenía que replantearse.

La muerte no dolía, eso era un buen punto. Mike estaba a salvo, esperaba que Deborah también, aunque debería tener cuidado, él ya no estaría allí para defenderla.

—Oh, qué bonito, hasta me ha emocionado —dijo una voz conocida. Abrió los ojos y poco a poco se fue acostumbrando a la tenue luz que había en ese lugar.

—¡Antoine, no seas malo! —dijo Alana acercándose. Le tomó la mano y le ayudó a levantarse.

—¿Estoy muerto? —preguntó Nathan.

—Sí y no —dijo ella—Vamos, te presentaremos a los demás.

Caminó hacia una suave luz que los llevó a otra habitación. Ya podía ver mejor y se dio cuenta de que estaban en una antigua casa hecha de madera, como una enorme cabaña. Por las ventanas se veía el cielo estrellado y una luna redonda y llena. En la cocina, preparando un caldo caliente, había un hombre de mediana edad, barba poblada y aspecto de cosaco.

—Él es Sergei, nacido en la caída de Rusia y Pepa, nacida en la guerra civil española. Los

demás están acompañando a un *shadow* recién nacido en Italia, aunque nada que ver contigo.

—¿Qué hay? —dijo Sergei mientras removía el caldero—, bienvenido, supongo.

—Ah, no Nathan no se va a quedar —dijo Alana—, solo necesita recuperar fuerzas. Siéntate y prueba el *borsch*, es un guiso típico de allá y es buenísimo.

—No comprendo. ¿Estáis viviendo en realidad o esto es...?

—Siéntate, hombre que te va a dar un ataque —sonrió Antoine tomando un bol que Sergei llenó generosamente. Luego le ofreció otro a Nathan.

—Los *shadows* no morimos del todo, lo que es una faena, en realidad —dijo Pepa—, porque al final, vas viendo como tus seres queridos desaparecen y no puedes hacer nada.

Se encogió de hombros y siguió con el bordado que estaba haciendo.

—Nuestra compañera tiene razón —dijo Alana sentándose a su lado—. Excepto aquellos que son maldecidos, como tu predecesora, a la que no hemos localizado, todos acabamos aquí. Es como una especie de... ciudad, aunque realmente no somos muchos. Hay dos casas más allá. Somos veintidós y nos dedicamos a cuidar de nuestros descendientes. Es nuestra tarea.

—Por eso nos divertimos tanto contigo —dijo Antoine sonriendo.

—Entonces, ¿estoy muerto? —repitió Nathan.

—En este momento, sí. Tu alma ha dejado tu cuerpo, pero tu cuerpo sigue vivo, por eso te digo que sí y no. Es algo imposible en los humanos, pero no en los *shadows*. A mí me enterró mi madre y luego me echaron del poblado porque salí de mi tumba. Digamos que suele ser un paso natural para convertirte en sombra. Cuando el aprendiz es entrenado, se le invita a dejar su cuerpo para venir aquí y tomar el poder de las sombras. En tu caso, todo ha sido... extraño.

—Toma el guiso, hombre, te hará falta —gruñó Sergei. Nathan se llevó la cuchara a la boca, apreciando su intenso sabor.

—¿De dónde sacáis... todo? —dijo mirando alrededor.

—No podemos entrar a tu plano —dijo Antoine—, pero, y esta es tu primera lección, todo lo que existe en tu lado se encuentra en este, como en un espejo. Solo es cuestión de invocarlo. Por ejemplo, ¿quieres un helado?

Antoine alargó la mano y un vaso de Ben & Jerrys apareció.

—Delicioso —dijo él ofreciéndole la mitad a Pepa.

—¿Y yo qué hago aquí? ¿Cómo vuelvo?

—Primero tenemos que hacer el ritual secreto de nuestra raza —dijo Alana—, y después podrás volver, aunque ya no serás el mismo.

—Hace días que no lo soy.

—Está bien, vamos entonces.

Dejó el cuenco en la rústica mesa de madera y salieron al prado que rodeaba la casa. La luna llena iluminaba una suave colina donde se situaba un templete con varias columnas antiguas y un techo abovedado.

—Es el altar de Hécate, diosa de la mitología griega, que se asocia con la magia, las brujas, las encrucijadas, los fantasmas y, especialmente, con las sombras y el mundo subterráneo. Ella tiene el poder de caminar sobre la vida y la muerte. Es nuestra deidad, la que nos creó y que vela por nosotros. Ella nos inicia.

—Supongo que te aceptará —dijo Antoine dándole una palmada en la espalda.

—¿Puede no hacerlo? —preguntó Nathan volviéndose. Su compañero se encogió de hombros.

—No ha habido muchos casos en los que la diosa no aceptara al candidato —contestó Alana encogiéndose de hombros—. Probemos.

—¿Y si no me acepta?

—Si no te acepta, mueres —dijo Sergei con el ceño fruncido.

Nathan tenía ganas de echarse a correr, aunque nunca se había considerado cobarde, pero esto... era demasiado.

—Por mucho que corras no podrás salir de aquí. O te mueres o te conviertes en uno de nosotros, con todo lo que conlleva —dijo Antoine animándolo.

—¿Por qué vosotros leéis mi pensamiento y yo no puedo?

—Una vez que te unas, podrás hacerlo. Y te aseguro que Antoine no es, digamos, muy respetuoso —comentó Pepa.

—Me ofendes, *madame* —contestó burlón.

Llegaron al templo, que se sentía frío, como si tuviera su propia atmósfera.

—Échate en el centro y espera. Ella vendrá.

Nathan asintió, total, no tenía nada que perder. Se echó en la dura y fría piedra, mirando hacia el techo del templete, donde había una representación de una mujer envuelta en un manto oscuro, con tres rostros mirando a diferentes direcciones. En una mano sostenía una antorcha que iluminaba la parte más oscura de la pintura, y en esa oscuridad se escondían monstruos deformes que estremecieron a Nathan. En la otra mano llevaba una llave y al lado había diferentes portales. Se parecía un poco a lo que había visto al viajar entre las sombras. Rodeándola, la luna en diferentes fases y símbolos arcanos. La imagen se desprendió del techo y Nathan contempló con temor cómo la mujer de diferentes rostros se acercaba hasta él. Se puso a pocos centímetros de su cara, observándolo. Él juraría que lo estaba oliendo. Una de las caras miró a Alana y asintió con los ojos.

Después, puso la llave sobre la frente de Nathan y esta se integró dentro de su cabeza. Luego, acercó la antorcha. Él se estremeció, pensando que lo iba a quemar, pero no fue así, la antorcha entró a la altura de su vientre, sin quemarlo. Una voz suave habló en su mente.

Bienvenido, Nathan Crane, llamado el destructor, pues ese es tu papel. El mundo no será el mismo tras tu existencia.

La figura se elevó y volvió a incrustarse en el techo. En ese momento, una algarabía de voces se extendió por su cabeza.

Qué apodo tan chulo, el mío solo era el tenebroso.

Me gusta el destructor, ¿de mundos o de universos?

Qué ganas de ver qué dones tiene

¡Basta!, callaos de una puta vez, gritó Nathan. Se levantó, mareado.

—¿Cómo puedo echaros de mi mente? —preguntó, ya sentado y llevándose las manos a su cabeza.

—Disculpa, es que nos alegramos de que te haya aceptado —dijo Alana—. Solo tienes que usar la llave. Entra en tu mente, busca la puerta más brillante y ciérrala. Pero no te aconsejo que lo hagas de momento. Nos necesitas.

—¿Qué es eso de *el Destructor*? Yo no quiero destruir nada.

—No tienes por qué. Seguramente vas a evitar que el mundo se acabe, o eso esperamos —dijo Pepa.

—Ahora tienes que volver. Puede que no te guste lo que te están haciendo en el otro lado —comentó Alana.

—O puede que le guste mucho —dijo Antoine con sorna.

—¿Cómo vuelvo? No me habéis dicho qué significa todo esto ni qué puedo hacer.

—Tampoco lo sabemos. Antoine era capaz de mover aguas, Pepa se trasladaba con una

velocidad inusitada y Sergei ha sido capaz, entre otras cosas, de visualizar el futuro. No sabemos con qué dones te ha bendecido Hécate.

—Cojonudo —dijo Nathan fastidiado—. Decíme cómo volver, no sé qué habrá pasado.

—Ella está bien —dijo Pepa con suavidad—, te está cuidando, mira.

Abrió una ventana en el aire y la vio cuidando su cuerpo, poniendo paños de agua fría para bajarle la fiebre. Se enterneció.

—¿Cuál es ese peligro que debo detener?

—Todavía no lo sabemos. Pero va a ser algo importante, está claro que tiene que ver con los seres extraordinarios y toda esa lucha de poder de las hadas. Aun así, me temo que será algo más grande —dijo Alana poniendo una mano en su hombro—, siento que te haya tocado así, sin experiencia ni entrenamiento. Pero no considero que estés en demasiada desventaja, sobre todo porque tienes la llave para ir a cualquier mundo en ti y la antorcha que iluminará el camino más adecuado a tomar. Estate atento y todo saldrá bien. Y, si sale mal, te guardaremos una habitación.

—Menudo consuelo —suspiró él.

—Concéntrate en tu cuerpo y marcha ya.

Nathan cerró los ojos, sintió que caía y se encontró de nuevo en él. Allá no había sentido dolor alguno, pero en ese momento, estaba débil y con un fuerte dolor en el pecho y en el brazo.

—¿Estás... bien? —acertó a susurrar.

—Oh, por la diosa, has despertado.

Ella se lanzó a su pecho y él, con gran esfuerzo, pasó el brazo por su cintura, deseando... ¿qué deseaba? Ella se retiró, sonrojada.

—Gracias por salvarme la vida, inspector.

—Lo haría una y mil veces —dijo y sintió una quemazón en el brazo que miró sorprendido.

—Tienes que descansar. Te han quitado el veneno de la flecha que iba destinada a mí, pero aún no sabemos si ha salido todo. Debes tomar una infusión tres veces al día.

—Creo que es mejor que vuelva —dijo él incorporándose, pero se mareó y Deborah lo empujó con suavidad hasta echarlo.

—Es uno de los peores venenos que hay en nuestro mundo. No sé ni siquiera cómo has sobrevivido, pero no dejaré que enfermes por no tomar las infusiones y curarte la herida. Te he dicho que te debo la vida. Además...

Janabay entró sofocado y sin llamar.

—Deborah, han... han atentado contra el rey.

—¡Por la diosa! ¿Cómo está?

—Mal herido, pero vivo. La reina nos envía soldados para protegerte. No puedes salir de aquí hasta que descubran al asesino.

—Tengo que... —dijo Nathan y sintió el suave empujón de Deborah.

—Estás muy débil y además no conoces este mundo. Está bien, Janabay, nos quedaremos aquí. Infórmame de todo.

Vio que ella se asomaba a la ventana con el rostro descompuesto. Se sintió tremendamente culpable. Él había vuelto y el primer desastre se había desatado.

—Escucha...

—No, escucha tú. Ha pasado algo —dijo Deborah—, que no te va a gustar.

Y ahí viene, se escuchó la voz irónica de Antoine. Él los encerró tras la llave, tras una maldición del francés.

—No sé cómo explicarte, pero... cuando me salvaste la vida, fue algo, verás, en la tradición

de las hadas, cuando un hombre o una mujer te libra de la muerte, estás unida a esa persona para siempre, de alguna forma.

—Bueno, yo... no me importa.

—Es algo más, Nathan —dijo ella sonrojada. Se sentó junto a él y él tomó su mano, para tranquilizarla—. En realidad, es como un compromiso... matrimonial. Aunque se puede deshacer si no, si no nos acostamos bajo la luz de la luna y todas esas leyendas.

—¿Nos hemos... casado? ¿Eso quieres decir?

—Fue el rey, trazó las runas sin que pudiera evitarlo. Lo siento, Nathan. Ni qué decir tiene que no estás obligado a protegerme o a estar conmigo.

Él miró su brazo y las runas aparecieron en su piel. Era un intrincado dibujo de dos árboles entrelazados en su copa, formando un corazón casi unido con las ramas.



—Lo siento, no fue cosa mía. El rey lo hizo, porque pensó que me protegerías.

—Y lo haré, Deborah, lo iba a hacer sin la runa.

—Cuando pase todo esto, estarás libre, no te ataré a mí.

—¿Y si yo quisiera? —dijo él acercando la mano a sus labios—. ¿Y si a mí no me importase estar atado a tí?

—Oh, yo... no puedo, Nathan. Ni siquiera sé si estaré viva mañana.

—Me han iniciado, Deborah. Ahora soy un *shadow* completo y creo que puedo defenderte mejor —suspiró y recitó—. Caminaré entre las sombras para ser tu guardián silencioso, protegiéndote con mi vida más allá de la oscuridad.

—Pero... pero ... Nathan, no puedes decirme eso, no lo comprendo.

—Es mi juramento y lo hago por voluntad propia —dijo él tomando sus manos—. Eres mi protegida. Sé que es algo que debo hacer, porque tú eres el futuro de este mundo que se está resquebrajando.

Ella se inclinó, acercándose a su rostro, pero la puerta se abrió y entró Janabay, muy nervioso.

—Alteza, Deborah, hay que volver al otro plano. Las cosas se están poniendo muy feas. Han evacuado a los reyes a algún lugar protegido y es mejor volver con los humanos. Hay luchas entre los partidarios del rey y otra gente que no sabemos quién es.

—¿Y mi tía Moira?

—No lo sé, espero que haya huido.

—Tengo que avisarla —dijo Deborah hasta que Nathan la paró.

—No, hay que irse. Ya.

Se tambaleó un poco, hasta que se centró. Se escuchaban fuertes golpes en la puerta y Janabay los miró asustado.

—¿Hay alguna salida de esta habitación?

Janabay atrancó la puerta, puesto que ya subían por las escaleras.

—No, no hay pasadizos.

—Entonces, probemos otra cosa.

Los golpes eran mucho más fuertes y la puerta estaba a punto de ceder. Nathan tomó a Deborah de la cintura y al hada del brazo y desaparecieron en el mismo momento que la puerta explotó, dejando entrar a soldados armados y vestidos de negro.

CAPÍTULO 18. DE VUELTA



Cayeron al suelo sobre Janabay que casi perdió el aliento. El callejón estaba oscuro y sucio y sí, estaban de vuelta en la ciudad. Deborah se levantó, mirando a todos los lados y a Nathan, que todavía estaba de rodillas.

—¿Estás bien?

—Tengo que recuperarme. Dame un momento.

Lo vio tocarse la frente y suspirar. Ella y Janabay lo ayudaron a levantarse.

—Gracias, señor... *shadow*, nos ha salvado la vida —dijo su guardaespaldas.

—¿Dónde estamos?

—Cerca de mi apartamento. Recordé que en este rincón solían esconderse para atracar a las personas y me pareció el más indicado.

Salieron hacia el bloque de casas, con Nathan más recuperado, pero él se paró en seco y les hizo retroceder.

—¿Qué ocurre?

—Hay gente vigilando mi casa. Tenemos que irnos a otro lugar.

—¿A la mía? —preguntó Deborah.

—Si están aquí, también estarán en tu casa y en la asociación. Hay que buscar otro lugar. Dadme un minuto.

Se apoyó en la pared, con algo de sobrealiento y pensó en quién podía confiar. Solo un nombre le vino a la cabeza. Tomó su teléfono e hizo una llamada.

—Escondeos en el callejón, nos vienen a buscar en cinco minutos. Si ocurre algo, ¿podrás abrir un portal e ir a algún sitio?

—Solo abrimos portales entre nuestra ciudad y esta. No podemos acudir a cualquier sitio.

—¿Y a la cripta?

—¿Qué sabes tú de eso? —dijo Deborah preocupada—. Además, Janabay no podría entrar.

—Está bien. Esperaremos.

Una furgoneta oscura con un logo de una compañía de teléfonos paró cerca, con el motor en marcha. Una mujer menuda se bajó y miró en la oscuridad, hasta que los localizó e hizo señas.

—¿Te fías? —preguntó Deborah.

—Sí. Solo me fío de ellos.

Se sintió algo decepcionada, pero estaba en lo cierto. No podía confiar en nadie. La mujer, una extraordinaria, abrió el portón trasero y ellos pasaron. Arrancó despacio y se dirigió hacia las afueras de la ciudad. Ella la conocía de vista.

—No pensé que tan pronto te cobrarías el favor, Nathan —dijo ella sonriendo triste.

—¿Cómo está Mike?

—Muy recuperado. Nos lo llevamos a la granja de las afueras, la de mis padres. Le he contado todo. Ha sido un shock para él, sobre todo, porque nuestro bebé también es híbrido. Pero lo ha aceptado y me ha dicho que tiene un mensaje muy importante para ti. Cuando volvió, dijo que tenía que encontrar a un tal *shadow* y es cuando le expliqué todo. Se sorprendió de saber que eras tú. ¿Qué ha pasado?

—Hay una batalla entre las hadas —confesó Deborah—, y no sé en qué va a terminar.

—¿Los reyes?

—No lo sé —suspiró ella. Nathan pasó el brazo por sus hombros.

—Bien, esto es lo que haremos. Iremos a la casa y voy avisando al consejo —dijo mientras tecleaba en el móvil sin soltar el volante—. Tomaremos las decisiones adecuadas. Nos pondremos en marcha. Eso haremos.

—Tranquila, Mónica, todo saldrá bien.

Ella se giró con lágrimas en los ojos.

—No, Nathan, no va a salir bien. Se avecina un desastre y no vas a poder pararlo.

Les costó casi una hora llegar al lugar, y se le hizo muy largo, sobre todo porque el silencio les pesaba demasiado. Había varios coches aparcados, entre ellos, el Dodge de Mike. La casa estaba construida de piedra y madera y tenía dos alturas. Las ventanas del piso de abajo estaban todas encendidas y parecía que había al menos veinte personas reunidas.

—Mónica —dijo Nathan cuando se bajaron—, gracias por venir a buscarnos.

—Te debía una bien grande. Escucha, hay gente aquí a la que no le gustan las hadas, pero respetan la monarquía y también a la muchacha. En cuanto a ti, supongo que todos se asustarán al verte. No pongas esos ojos raros oscuros, por favor.

—De acuerdo, ya lo tengo controlado —sonrió él—. Vamos.

Mónica entró la primera y Nathan le dio la mano a Deborah. Janabay los siguió, desconfiado. El silencio se hizo espeso cuando entraron en la casa. Algunos miraban asombrados, otros, con miedo, e incluso los había furiosos.

—Bienvenidos —dijo Henry acudiendo a recibirlos—. Deborah, agradezco a la diosa que estés viva.

La señora Higgins se levantó. Junto a ella estaba Blaise que jugueteaba con su daga y los miraba con asombro.

—Sí que hay aquí mucha gente —dijo Nathan mirando a todos y cada uno de los presentes.

También estaba la comisaria, a la que saludó con un leve movimiento de cabeza—. ¿Cómo están las cosas?

—Mañana van a instaurar el toque de queda en la ciudad —dijo Jess—, lo que considerábamos casos aislados, está resultando ser una epidemia, con posibilidad de que en todo el mundo hagan lo mismo y se convierta en una pandemia mundial.

—¿Qué síntomas tiene? —preguntó Nathan y ¿por qué él no se había enterado?

—Es como una gripe muy fuerte, muy contagiosa, con graves dificultades para respirar. La han llamado REVID, por virus respiratorio y creemos que ha sido provocado por agentes enemigos. Afecta a los extraordinarios, pero también a humanos.

—La previsión es que haya millones de muertos —dijo la señora Higgins—, ahí tienes tu desastre, *shadow*.

—¿Él no lo ha provocado! —exclamó Deborah.

—Lo sabemos —contestó Jess mirando con curiosidad al hada—, ya sabíamos que algo gordo pasaría. Ahora solo hay que pararlo, y eso incluye subirte al trono.

—Está bien. Tal vez los reyes... estén muertos —suspiró Deborah.

—Sentémonos y hablemos con calma —dijo la señora Higgins. Rath salió de una habitación y saludó con un movimiento de cabeza a los recién llegados. Los demás ocuparon sus asientos. Melody llegó con algunas infusiones y las dejó sobre la mesa, sonriendo a Nathan.

—¿Mike? —preguntó a Mónica.

—Está echado en el dormitorio, durmiendo. Le pondré al tanto... más adelante.

—Examinemos los hechos —comenzó Jess—. Tenemos una revuelta en el Mundo Oscuro, de la que no sabemos cuál será el resultado; una pandemia global provocada posiblemente por el mismo grupo, con ánimo de quizá extinguirnos, y la desaparición de la Luz Azul, lo que hará que, de todas formas, todos muramos.

—Eso no es exacto, comisaria. Nosotros tenemos a buen recaudo la Luz —contestó la señora Higgins—, pero solo se la daremos a la princesa, para que la guarde en la Cripta. Siento que hay espías en todas partes.

—Eso podría solucionar la exterminación de los extraordinarios —dijo el abogado con un suspiro—, pero no el virus ni la guerra. Sin embargo, es un paso adelante. Deberás acompañar a la princesa, *shadow*. Tú, el hada, ¿puedes abrir portales a tu mundo?

—¿Yo? Soy solo un guardaespaldas.

—¿Puedes o no? Y no mientas o lo sabré —dijo la señora Higgins ahusando sus ojos.

—Lo cierto es que... el rey me otorgó ciertos privilegios, para proteger a la princesa... quizá sí podría —contestó encogido.

—Está bien, prepara nuestro grupo de asalto y liberad a los reyes, si es que viven todavía —dijo la señora Higgins mirando a la comisaria.

—Y buscad a mi tía Moira, por favor —comentó Deborah. Jess asintió.

—En cuanto a la pandemia... no sé si podremos hacer algo —dijo Henry.

—Bueno, eso... yo podría ayudar —contestó Rath—. Me han traído muestras de los contagiados y estoy intentando descubrir el ADN del virus. Quizá, con eso, podría hacer una vacuna, no lo sé.

—Oh, ¡eres mi héroe! —exclamó Melody haciendo sonrojar al muchacho.

—Está bien, cada uno tiene su misión. Blaise y otros *sindhar* van a buscar a los enemigos que se hayan filtrado en este plano, así que no perdamos más tiempo. Hay que comenzar a moverse ya, o el desastre será de proporciones épicas.

—Deborah, ¿podemos hablar? —dijo su abogado. Ellos se retiraron a otra habitación más

discreta, bajo la atenta mirada de Nathan.

—¿Qué ocurre, Henry?

—No sé qué has escuchado acerca del mundo donde está la cripta, pero si lo hicieron peligroso y terrible, fue para que nadie entrase. Es cierto que para los de vuestra sangre está más accesible, pero a pesar de ello, temo por tu vida. Eres nuestra última esperanza, querida. Si tú mueres, el mundo de las hadas será un caos y eso nos afectará no solo a nosotros, sino a los humanos. No me gustaría que hubiera una tercera guerra mundial.

—Haré lo posible por no morir, Henry. Y Nathan me va a acompañar.

—Todavía no sé si es bueno o malo para ti —suspiró desanimado. Ella le dio un abrazo y salieron de la habitación.

—Yo creo que todo saldrá bien.

Henry acarició su rostro con afecto.

—Eres casi como una hija para mí y siempre he admirado tu optimismo. Ojalá tengas razón. Marchad cuanto antes.

Vio a Nathan que estaba hablando con la comisaria y sintió una pequeña punzada en el corazón. No, no podían ser celos, porque en ese caso, significaría que se había enamorado de él. Y eso, por el momento, no era posible.

CAPÍTULO 19. LA CRIPTA



Mientras no quitaban ojo al pequeño ejército de extraordinarios que se preparaban para asaltar y buscar a los reyes, Nathan observó a la pálida heredera. Llevaba demasiado peso sobre sus espaldas y, aun así, estaba entera y fuerte. Después de todo lo por lo que había pasado, él empezaba a encontrarse mejor. De alguna forma, se sentía ¿poderoso? ¿Era esa la palabra adecuada?

Desde luego, físicamente estaba más recuperado y era capaz de leer algunos sentimientos y pensamientos de los demás, incluidos los de desconfianza hacia él y los otros componentes de la asociación, por mucho que formasen parte de ese consejo. Parecía algo más impuesto que elegido y la señora Higgins era temida, sin duda. Casi nadie se atrevía a sostenerle la mirada.

Janabay se fue, temblando, con un grupo de unos veinte extraordinarios que habían llegado en los últimos diez minutos. Según le había comentado Jess, las hadas en general eran mucho más fuertes y poderosas, pero contaban con el efecto sorpresa. Aunque ellos podían entrar en otros mundos, en el recinto de las hadas era algo prohibido, como un lugar al que nadie debería poder acceder y menos, unos burdos seres. Al menos, eso le había contado Blaise un día.

Rath seguía dándole al teclado cuando se dirigió a ver a Mike, que todavía permanecía echado en la cama, bastante débil y pálido, imaginaba que también por las circunstancias.

—¿Así que el *shadow*, eh? Joder, Nat, no sé si enfadarme porque no me lo hayas contado o acojonarme por lo que está pasando —dijo mientras se incorporaba en la cama. Nat se sentó en

una silla a su lado.

—Lo siento, campeón. Yo mismo estoy sorprendido.

—Lo sé, lo sé, Mónica me lo ha explicado todo —suspiró.

—¿Y qué piensas hacer?

—¿Hacer en qué sentido? Amo a mi esposa y a mi bebé con todo mi corazón y mi alma. Porque tengan rasgos que ni siquiera veo, no voy a dejar de hacerlo. Y espero que sigamos viéndonos, aunque...

—... aunque es posible que muera en las próximas horas —dijo Nat encogiéndose de hombros—. Por una parte, siento alivio, ¿sabes? Al parece no me estaba volviendo loco ni tenía visiones. Eso me estaba matando. Que sea cierto lo que veo me asusta menos que morir. Somos policías, la posible muerte es algo que viene incluida en un punto del contrato.

—Ya. No sé si ha sido fruto de este estrés, o de la influencia de quienes me rodean, pero cuando estuve en coma, antes de que me sacaras, y sé que fuiste tú y no mi imaginación, estaba visitando a alguien y me dijo que te buscara. Solo podía hablar contigo.

—¿Quién era?

—Era un niño, de unos diez años. Estaba en una preciosa habitación en la que entraba mucho sol y jugaba con un coche de madera, en el suelo. Mi cuerpo se desplazó hasta la habitación y él sonrió. Su cabello era castaño y era muy guapo. Me dijo que tenía un mensaje para el *shadow*.

—¿Qué te dijo?

—Habló muy deprisa, no sé si entendí todo lo que dijo, pero escuché que no todo iba a salir mal y que siguieras a tu corazón, más que a tu cabeza. ¿Por qué diría eso? ¿Lo conoces?

—Ni idea. Pensé que tendrías un mensaje más concreto —suspiró Nathan—, pero bueno, el hecho de que digan que no todo va a salir mal... puede que sea bueno. En fin —siguió mientras se levantaba—, tenemos que irnos a esa dichosa Cripta. Si no vuelvo...

—Vas a volver, no me jodas —dijo Mike poniendo la mano en su brazo—. Eres mi compañero y mi mejor amigo, así que no digas tonterías. Además, tenemos que celebrar una boda. Por fin Mónica y yo nos casaremos de verdad y quiero que seas el padrino. Ha sido mi condición.

—Imagino que a la familia de Mónica no les haría mucha gracia que fuera —rió Nat. Su amigo le acompañó con una gran carcajada. Hacía días que no sacaba una risa de su boca. Se agachó y le dio un abrazo.

—Cuídate, ¿vale? Y cuida a esa preciosa mujer, hada o lo que sea. Me da la sensación...

—No empieces, Mike. Es una princesa. Yo soy un simple poli, ¿recuerdas? Un poli con los días contados.

—No digas eso, de verdad.

—Te veo a la vuelta.

Nathan salió de la habitación algo más relajado que antes. Sí, se iban a jugar la vida, probablemente, pero si todo era por una buena causa, podría aceptarlo.

—Inspector —dijo la señora Higgins poniéndose delante de él—. ¿Podemos hablar?

—Claro.

Caminaron hacia un rincón del salón, donde no había nadie.

—Es sumamente importante que protejas a miss Carson. Solo ella puede llevar la Luz Azul a la cripta y es algo que debe hacer, pero necesitamos que viva, porque si los reyes han sido asesinados, no habría otra heredera y se desataría un caos que no puede imaginar en sus peores pesadillas.

—Ya pensaba protegerla, dentro de lo que yo pueda —contestó molesto.

—Cuando vuelvas, o cuando se acabe todo, si sigues vivo, te mostraré cómo mejorar tus dones. Sé que tu abuela te dio la brújula familiar y quizá deberías llamarlos, en caso de que no regreses.

—Es muy poco críptica, señora Higgins. Dice las cosas bien claras —ironizó Nathan.

—Soy realista. Ahora mismo, tienes pocas posibilidades de salir vivo de todo esto. Y es porque tú eres uno de los *shadows* más puros que han nacido en los últimos ochocientos años. Y suelen acabar mal. Solo te advierto para que arregles tus cosas.

—Visto así... un momento, ¿ochocientos años? ¿Cuántos años tiene?

—Eso nunca se pregunta a una dama, muchacho. Ve con la princesa, está impaciente.

—¿Y la Luz?

—Blaise la trajo. Suerte, inspector, la va a necesitar por toneladas.

Nathan movió la cabeza. No sabía si prefería a la antes misteriosa mujer o a la extremadamente sincera de ese momento. Jess le dio dos palmadas en la espalda de ánimo, pero no le dijo nada. Parecía aguantar las lágrimas. Otra que pensaba que iba a palmarla.

—¿Llevas las dagas, poli? —preguntó Blaise acercándose a él. Habían decidido que se quedaría en ese plano para proteger la ciudad con otros de los suyos.

—Las llevo —dijo tocándose la pierna.

—Están hechizadas para herir a seres mágicos y extraordinarios, no los matan, la señora Higgins no me lo permitió, pero sí los aturden y los dejan indefensos. Si deseas acabar con ellos, es cosa tuya. Toma.

Blaise le dio un cinturón donde había colgadas varias dagas pequeñas.

—Estas las puedes lanzar y siempre aciertan en su objetivo. Tienes diez. Aprovéchalas bien.

—Blaise, yo... no sé qué decir.

—No te flipes. Mi abuelo fue un *shadow* y yo lo adoraba. No me caes bien, pero creo que eres necesario.

—Gracias, entonces.

La mujer se volvió y salió de la casa. El frío viento arremolinaba las hojas caídas en montones y en el cielo parecía que iba a estallar en una gran tormenta. Una mano se posó en su brazo, sobresaltándole.

—¿Estás preparado? —preguntó Deborah—. Si te lo has pensado, puedo ir yo sola.

—Ni de coña. Vamos ya a ese mundo peligroso.

La observó. Llevaba un traje que posiblemente era de Blaise, porque parecía una segunda piel de cuero negro. En su estrecha cintura, múltiples armas colgaban de una especie de mochila que recorría su cuerpo hasta la espalda. Llevaba el cabello trenzado y su rostro era muy serio. A pesar de todo, estaba preciosa.

—¿Ya has terminado de examinarme? Estoy preparada, posiblemente más que tú.

—Sí, disculpa. Todavía me cuesta aterrizar en este mundo extraño.

—Normal. Quizá tu familia debería haberte enseñado desde pequeño. Nunca lo sabremos. Vamos.

Salieron a la parte trasera del jardín, vigilados por los que se habían quedado. Ella estiró su mano izquierda y él la tomó. Alzó la mano derecha e hizo un círculo con ella, además de varios gestos que Nathan no acertó a identificar. Un portal comenzó a formarse y vieron lo que había al otro lado. Rocas negras y lava por todas partes, un gran volcán a lo lejos que parecía vomitar lava y algunos árboles secos.

—Bonito lugar —dijo Nathan. Ella se encogió de hombros.

—¿Preparado? Saltaremos dentro y luego se cerrará. Si me pasara algo... podrás volver, solo

muévete por las sombras.

—No dejaré que te pase nada —contestó él mirándola a los ojos. Deborah asintió y saltaron dentro.

Nathan se tropezó y casi cayó al suelo de no haber estado sujeto por ella, que había aterrizado con elegancia.

Se incorporó y miró alrededor. Por detrás, el portal se estaba cerrando, vio un movimiento extraño, pero ya no acertó a ver nada más.

—¿Dónde está la cripta?

Deborah señaló el volcán.

—Bajo las faldas de la montaña, allí hay un pasadizo por el que se accede.

—Pero si el volcán está echando lava, ¿todavía estará?

—Magia de hadas. En esa zona no hay, al menos eso espero.

—Si no has estado nunca aquí, ¿por qué lo sabes?

—Mi madre nos lo mostró a Robert y a mí, cuando éramos pequeños —dijo ella comenzando a caminar hacia el lugar—. Tardaremos algunas horas en llegar.

—Quizá podrías haber abierto el portal más cerca —sugirió Nathan.

—No. He seguido las instrucciones tal cual. Otra cosa sería peligrosa. No creo que te asuste caminar unas horas.

—Caminar no, pero ¿los bichos? —dijo él señalando enormes pájaros que sobrevolaban una parte de la extensa llanura rocosa.

—Sí, hay bichos, como tú dices, y son los guardianes de la cripta. No deberían atacarnos, en teoría.

—En teoría —bufó Nathan—. En teoría estas cosas no existen.

Caminaron en silencio durante un buen rato hasta que se desató una tormenta eléctrica y los rayos comenzaron a caer muy cerca.

—Tenemos que buscar un refugio, Deborah, o nos freirá un rayo.

—Lo sé, lo estoy viendo. Es algo... inusitado.

Deborah miró a su alrededor hasta que vio una montaña que los alejaba un poco del volcán, pero podría ser un refugio. La señaló.

—Vamos hacia allá.

—Eso nos desviará del camino.

—¿Ves algo mejor?

—No.

—Pues vamos.

La tormenta se iba acercando a ellos, de modo que acabaron corriendo hacia la cueva para protegerse de los peligrosos rayos. El lugar estaba seco y cálido y no era muy grande. Nathan examinó hasta el fondo, pero no había otras salidas. La temperatura era bastante cálida y se quitó el jersey, quedándose solo en camisa. Ella lo miró de reojo, pero luego se sentó cerca de la entrada.

—¿Quieres agua? —dijo Nathan sacando una botella de la mochila.

—Llevo yo —respondió ella bebiendo de la suya.

—¿Cuánto crees que durará la tormenta? —dijo él asomándose a la entrada. Los rayos parecían haberlos cercado y caían sobre los árboles, desintegrándolos del todo.

—La pregunta no es cuánto durará sino por qué hay una tormenta que nos está impidiendo continuar.

—¿Crees que es provocada? —preguntó Nathan sentándose cerca de ella.

—Por supuesto. Aquí nada es natural. Es un mundo creado por un antepasado para proteger a nuestra línea familiar. Solo aquellos que poseen nuestra sangre pueden entrar. Y tú como *shadow*, porque te he dado permiso.

—Entonces, ¿alguien de tu familia está haciendo esto?

—No queda nadie de mi familia, excepto mi tía Moira y probablemente haya sido... bueno, quizá...

Dobló las rodillas y enterró el rostro en los brazos, llorando. Nathan se acercó a ella y la rodeó con su brazo, haciendo que se apoyara en su pecho, consolándola.

—Llevas un peso muy grande sobre ti —susurró besando su cabello. Se maravilló de la suavidad y quiso seguir, pero dejó de hacerlo. Ella levantó la cabeza, acercándose a su rostro. Se miraron a los ojos y Nathan acabó atrapando los labios de ella. Lo que sintió, traspasó su corazón como una flecha ardiendo. El brazo de la runa le escoció, pero le importaba poco.

Exploró su boca, sintiendo el gemido que ella había ahogado en sus labios, y eso le excitó todavía más. Ella se apartó y él se sintió culpable, pero luego se sorprendió cuando Deborah se puso sobre él, besándolo con una fiereza increíble. Se deseaban tanto que no conseguían deshacerse de la ropa. El ajustado mono que llevaba el hada se quitaba con una cremallera y por fin Nathan acertó a bajarlo, dejando ver su sencilla ropa interior. Ella se levantó, para sacárselo y se sentó sobre él, desabrochando el pantalón y accediendo a su abultada excitación. Nathan la miró, y ella asintió.

Se sentó sobre él y ya unidos, comenzaron a moverse con rapidez, con cierta cadencia que a él le parecía deliciosa. Aprisionó sus pechos y los besó y lamió como si fuera lo más delicioso que había probado. Rodeó la estrecha cintura, acariciando las caderas y mirándola a los ojos. Él veía su verdadero rostro y cada vez le gustaba más. Ella echó la cabeza hacia atrás, preparándose para explotar. Nathan sintió que su clímax llegaba y gruñó mientras ella se dejaba ir, moviéndose tan rápido que él no aguantó más. Unidos y sudorosos, se abrazaron respirando agitados. Sus corazones palpitaban demasiado rápido para poder moverse.

Nathan acarició la espalda de Deborah con verdadero afecto, sintiendo algo que no esperaba por ella. Esas emociones hicieron que volviera a endurecerse. Ella se incorporó un poco y lo miró sonriendo.

—Disculpa, yo...

—Qué va. No es habitual que un humano resista tanto —ronroneó ella moviéndose cadenciosamente. Esta vez fue más despacio, con más besos, palabras dulces y caricias por todo el cuerpo, aunque el final fue tan satisfactorio como el anterior.

Al rato, Deborah se levantó y se puso el mono, mirando como Nathan se vestía, ya de pie. La tormenta parecía haberse calmado y se veía una hermosa luna llena. Miraba al exterior cuando él la rodeó por la cintura y dio un beso en su alborotado cabello.

—Debemos irnos —dijo ella algo incómoda. No sabía las consecuencias que tendría haber hecho el amor con él.

—¿Estás bien? —preguntó él tomándola de los hombros y haciendo que lo mirase a los ojos.

—Quizá no hemos debido... —contestó ella con una lágrima en los ojos.

—Discúlpame... no sé lo que ha pasado, te deseaba mucho... sé que eres una princesa y yo...

—No es por eso, Nathan —dijo ella poniendo las manos sobre su pecho—. Es porque esto lo hace más difícil. Tengo una gran responsabilidad y enamorarme de ti no lo haría más fácil. Me debo a los míos.

Nathan acarició su cabello y luego su mandíbula.

—¿Te has enamorado de mí? —Ella se encogió de hombros—. Yo también siento por ti algo que nunca había sentido. Pero supongo que no debes preocuparte, un *shadow* tiene los días contados.

—¡No digas eso, por favor! Yo... ¿ves? —dijo apartándose—, no puedo soportar perderte.

—Es algo que no depende de ti ni de mí —contestó Nathan volviéndola a abrazar—. Estar contigo en este mundo tan hostil ha sido lo mejor de mi vida y te aseguro que si muero, voy a hacerlo muy feliz.

Ella lo abrazó y él sintió su disgusto, su amor por él y se conmovió. Besó su cabello y secó las lágrimas que se habían deslizado por su delicada piel.

—Iremos viendo, ¿de acuerdo? No tiene por qué salir mal. Ahora debemos ir a esa dichosa cripta.

—Sí. De acuerdo —suspiró ella.

Recogieron las mochilas y continuaron caminando hacia el volcán, sumidos en sus pensamientos y vigilando las aves que parecían estar todavía más cerca.

CAPÍTULO 20. BATALLA DE LAS HADAS



La señora Higgins vio desaparecer a Deborah y Nathan con un suspiro. Todo se estaba estropeando. Llevaba novecientos veinticinco años al frente de la asociación y, a pesar de haber pasado dos guerras mundiales y otros desastres parecidos, esta vez, tenía miedo. Miedo de verdad.

—¿Todo bien? —preguntó Blaise. La señora Higgins asintió mientras veía cerrarse el portal. Se giró hacia la *sindhar*.

—¿Cómo está?

—Estable, acabo de verlo. La Luz Azul lo ha hecho sobrevivir, ahora... no sé.

—Suerte que el inspector no indagó más sobre el tema —suspiró—. Vayamos a verlo. Si ellos fallan, bueno, será lo único que quede.

Un portal se abrió y varias hadas salieron, vestidas de negro, armadas y peligrosas. Blaise sacó sus dagas y se puso delante de la señora Higgins que vio de reojo como el portal a la cripta ya se había cerrado.

—¿Qué queréis? —gritó Blaise, preparada para luchar.

—Venimos a por lo que es nuestro —dijo uno que parecía ser el que mandaba. Los otros seis se colocaron en un semicírculo.

Blaise silbó con suavidad y cuatro *sindhar* aparecieron cerca de la casa. Uno de ellos

acompañó a la señora Higgins al interior. Tres de los extraordinarios que se habían quedado, salieron de la casa armados con bates de béisbol y una escopeta.

—¿Veis? Ya estamos más igualados. Sería mejor que os fueseis por donde habéis venido, haditas —dijo Blaise sin dejar su posición de combate.

—Me divertiré mucho sacándote las tripas —volvió a decir el hada. Ella lo miró, le pareció reconocer los rasgos de Robert, quizá era un familiar lejano. Lucha de poderes.

—Pruébalo si te atreves.

El tipo envió a dos de los suyos contra Blaise y los *sindhar* atacaron también. Las siete hadas eran superiores a los extraordinarios, que hacían lo que podían, pero los *sindhar* estaban entrenados y aunque solo eran cinco, Blaise confiaba en que podrían con ellos.

La lucha arreció, vio de reojo que la *murlag* se asomaba, aterrada, y a pesar de ello, alzaba los brazos y comenzaron a escuchar un aleteo cercano. Varios cientos de murciélagos se lanzaron contra las hadas, consiguiendo distraerles y con ello, los *sindhar* los redujeron hasta dejarlos inconscientes. El que los mandaba, todavía estaba de pie, herido en el costado y mirándolos con verdadero desprecio.

La señora Higgins salió y se acercó a él, mirándolo de reojo.

—¿Te conozco?

—Lo dudo mucho, vieja —dijo él riendo de forma cruel. Dio dos pasos hacia atrás y abrió un portal, desapareciendo sin que nadie pudiera hacer nada. Los tipos que lo acompañaban y todavía sobrevivían apretaron la mandíbula y empezaron a morir entre estertores, sacando espuma por la boca.

—¡No! —gritó la señora Higgins intentando auxiliarlos. Blaise la apartó.

—Eran mercenarios. Se debían a su señor que era ese tipo que desapareció. ¿Quién era? ¿Lo has reconocido?

—Puede que un primo lejano de Robert. Se parecía a él.

—¿Qué buscaban? ¿La luz azul?

—Probablemente. Gracias a que se la llevó Deborah. Por poco.

La *sindhar* asintió y se dirigió para examinar a los heridos. Dos de los extraordinarios estaban muertos y también uno de los suyos. Los entraron en la casa y agradeció a la muchacha *murlag* su intervención. Había sido decisiva.

La señora Higgins se quedó registrando a los soldados. Había algo que no le cuadraba del todo. No llevaban los uniformes de los soldados del ejército del rey, aunque eso no era lo que le chocaba. Era... su aspecto. Al morir, no habían acabado de cambiar del todo, como solía pasar y que solo algunas personas, como ella, podían ver. Tocó el tejido que llevaban, era más una segunda piel que un uniforme. ¿De dónde habían salido estas hadas? Miró sus armas y parecían como todas, dagas de hada. Se guardó una en su cinturón e indicó a los dos *sindhar* que mejor estaban que les quitasen el resto de las armas y los enterrasen.

Se tambaleó hacia la casa. Estaba agotada. Los rostros asustados de los que estaban en la casa le hicieron preguntarse cómo es que sabían dónde estaban. Había faltado poco para que se encontraran con Deborah.

—¿Venían a por la Luz Azul? —preguntó Melody temblorosa. Rath había pasado el brazo por su hombro, consolándola.

—Han llegado tarde, desde luego —contestó la señora Higgins todavía preocupada—, hay algo que no me cuadra. Lo siento en las tripas. Blaise, Mónica, debemos irnos de esta casa. Podría ser que volvieran. Recoged todo. Creo que en la asociación estaremos a salvo.

—Nosotros iremos a casa —dijo Mónica y la señora Higgins negó con la cabeza.

—Creo que debéis acompañarnos, no me digas por qué. ¿Tu bebé está a salvo?

—Sí, con mi familia, fuera de la ciudad.

—Entonces el humano y tú vendréis a la asociación. Allí tenemos barreras mágicas que no se pueden saltar tan fácilmente.

En media hora salían hacia la ciudad. Vigilaron las carreteras mientras iban avanzando, pero todo parecía tranquilo. No había nadie delante del edificio, así que Blaise y los demás coches entraron en el garaje y subieron directamente en el ascensor. Acomodaron a Mike que todavía estaba débil en una de las camas y Melody preparó una tisana para ambos, para borrar la fatiga.

La señora Higgins reunió al equipo en su despacho. Su rostro estaba serio y agotado. Blaise se colocó en su habitual lugar, cerca de la chimenea y echó varios leños a las brasas. Pronto, la habitación comenzó a caldearse.

—Algo se me escapa, Blaise. No sé qué.

—Tal vez mis hermanos y yo podamos hacer algún tipo de ritual con las prendas de algunas de las hadas que murieron en la casa.

—Probad, sí. Es posible que eso ayude. Yo quiero hablar con mis... colegas.

—¿Vas a contactar con tu familia *demon*?

—No me queda otra. A ellos tampoco les interesa que los humanos desaparezcan. Se alimentan de sus miserias, de su ira o de sus despreciables sentimientos. Si no tienen acceso a ellos, morirán.

—Visto así... voy a la bodega y haremos una sesión. No creo que tarde más de media hora.

—De acuerdo, cierra la puerta cuando salgas.

La señora Higgins esperó a estar sola y abrió la pared con las estanterías de libros. Bajó unas escaleras de piedra y llegó hasta una cueva oscura, iluminada por varias antorchas. Allí había un lago oscuro de pequeño tamaño, la puerta al inframundo donde vivían sus parientes. Su madre, un demonio de nivel dos y su padre, humano, se habían unido hace muchos años. Ella, como todos los demonios, era inmortal y amó a su padre, pero él envejeció y murió. Sabía que no viviría tanto como su madre, pero no le importaba. Estaba cansada.

Se asomó al lago y lanzó una de las piedras blancas que tenía en la orilla, algo que usaba para llamar a su madre. Una mujer cerca de los cuarenta salió espléndida, del agua, y se acercó a ella para darle un abrazo.

—Madre, siempre tan bella.

—Querida Margaret, deberías dejar que yo te hiciera joven... sabes que...

—Estoy bien —contestó negando con la cabeza—. Supongo que estáis enterados de lo que está pasando en el mundo.

—Mi rey está muy preocupado, teme al desequilibrio si desaparecen las hadas y se cierra el portal.

—¿Qué crees que está ocurriendo?

—Sabes que tenemos prohibido interferir en los asuntos humanos que no sea tener descendencia. Su destino es el que es.

—Solo dime algo, ¿de dónde llegaron esas hadas tan extrañas? —preguntó mientras su madre se introducía en el lago para marcharse. Ella se volvió hacia su hija y la miró con cariño.

—Estás formulando mal la pregunta, hija mía. No es desde dónde, sino desde cuándo.

Con esas palabras, se sumergió en el agua y desapareció. La señora Higgins se quedó sin palabras. ¿Era eso posible? Todo empezó a cuadrarle un poco más y subió al despacho, esperando que Blaise hubiera recabado más información. Tal vez... todo tuviera una explicación más simple.

CAPÍTULO 21. LA CRIPTA II



El camino comenzó a convertirse en una cuesta empinada y con rocas sueltas que los hacían tropezar cada dos pasos. Las aves estaban cada vez más cerca y Nathan pudo comprobar que parecían pterodáctilos, de unos cinco metros, otros más pequeños y con picos llenos de dientes. Terribles.

Estaban sudando cuando llegaron a una pequeña planicie donde pararon unos segundos para reposar. Todavía les quedaba un largo trecho hasta la cueva.

—¿Por qué dificultar tanto el acceso a la cueva? —preguntó Nathan enfadado.

—Es algo como una prueba del valor del familiar, algo como que, si eres capaz de llegar allí por tus propios medios, eres merecedor.

—Estupideces —contestó Nathan con ira. Estaba molesto porque todo se estaba poniendo difícil, porque él quería una vida normal, tal vez con ella. Y eso era imposible. Sintió el calor en su pecho y ella se acercó.

—Nathan, tu aura... por favor, cálmate.

Él la miró con los ojos oscuros, llenos de furia. No podía controlarse.

—Algo no va bien —susurró. Ella se acercó y acarició su rostro, calmándolo de forma momentánea y él la apartó de un empujón y sacó las dagas. Un ser de aspecto terrible se acercaba, por un lado. Forma de hombre, pero sin rasgos humanos, solo una montaña de carne mal puesta, con un ojo, una enorme boca y varios brazos. En uno de ellos, llevaba un enorme garrote.

—Nathan —empezó a protestar ella por verse desplazada, pero luego vio al ser y empalideció—, por la diosa, es un *ciclop*, pensaba que se habían extinguido. Escucha, es medio *demon* y muy peligroso.

Nathan rugió de rabia y su aspecto cambió. Se volvió mucho más oscuro y corpulento y el *ciclop* atacó, levantando el garrote de madera con afiladas piedras incrustadas hacia el *shadow*.

Ella lanzó su magia y pudo detenerlo, momento que aprovechó Nathan para sacar una de sus dagas y clavársela en el vientre. El *ciclop* pareció trastabillar, pero se recuperó y volvió a atacar. Deborah lo rodeó y se puso por detrás, sacando su daga. Nathan esquivaba el garrote y clavó la otra daga en el brazo que lo sujetaba, lo que hizo que el ser aullara de dolor y soltase su arma. Pero con la otra mandó a Nathan disparado contra una roca. Deborah se subió por detrás y se colocó en el cuello y clavó la daga en su cabeza, atravesándola hasta la boca.

El ser cayó de rodillas, luego apoyó las manos y Deborah saltó al suelo. Nathan se levantó, preparado con la daga ensangrentada en la mano. Ambos tenían la respiración agitada.

—Acabaré con él —dijo Nathan dando un paso. Ella lo paró.

—No. Hemos luchado y si sobrevive, es su destino. Él se sabe derrotado. Una cosa es luchar y defenderse, pero no asesinar a sangre fría.

—Lo que digas, Deborah, yo... ¿lo atraje?

—Puede que sí, Nathan. Deberías controlar esa parte oscura que quiere dominarte. Es peligroso.

Él asintió sin decir nada más. El *ciclop* cayó al suelo desmayado y Deborah sacó su daga de la cabeza, mirándolo con cierta pena. Nathan comprendió que era una guerrera y a la vez, compasiva.

Miró hacia la montaña y ella lo tomó de la mano, para retomar el camino. Tras lo que le pareció una hora de camino, llegaron a la entrada de la cueva, más calmados. Deborah se adelantó.

—Primero pasaré yo, porque la cueva debe reconocerme y permitirme el acceso. Y después te haré una señal para que entres, ¿de acuerdo?

Nathan no se quedó muy contento, pero no quedaba otro remedio. Vio que ella se estremecía al pasar el umbral y siguió caminando hasta que cayó de rodillas y apoyó las manos en el suelo. Parecía estar sufriendo y él dio un paso hacia la entrada, pero ella se giró y lo paró con la mano, mientras respiraba agitadamente. La ira quiso apoderarse de él, e hizo lo posible por calmarse. Deborah por fin consiguió levantarse y entonces se giró para pedirle que entrase. Él dio un paso hacia el interior y sintió como si cruzara una barrera de aire espeso que parecía atravesar hasta su alma. Se reunió con ella, que todavía respiraba de forma agitada y la abrazó.

—¿Estás bien?

—Sí, todo bien, Nathan. Ha sido... complicado darte acceso. Mis ancestros no estaban muy de acuerdo.

—¿Dónde debemos poner la luz?

—Avancemos. Nunca llegué hasta aquí. Mi madre me explicó, supongo, pero no lo recuerdo.

Ella tomó la mano de Nathan y él la acarició con el pulgar. Caminaron por un amplio pasillo con el suelo de arena hasta llegar a una bifurcación. Deborah se metió sin duda por la derecha y por la izquierda en la siguiente.

Nathan no dijo nada, aunque se encontraba incómodo, como si tuviera mil pulgas en el cuerpo que lo recorrían de un lado a otro. Por fin, llegaron a una gran cueva que tenía un agujero enorme en el techo que iluminaba el centro. Había una gran copa de piedra, del tamaño de una bañera redonda y en ella, un líquido aceitoso se movía en suaves ondas circulares.

—¿Es esto?

—Sí, es aquí. Gracias a la diosa, esto protegerá a los extraordinarios, porque nadie que no sea de mi familia puede entrar.

—Hazlo entonces —apresuró Nathan.

Ella puso la mano sobre su cuello y el colgante con la luz apareció. Se lo quitó y se acercó a la pila de piedra, para dejarlo ahí, cuando algo salió de las sombras. Era un ser oscuro y no se distinguían sus facciones, como una sombra. Un *shadow*. Nathan se lanzó a defenderla y se puso delante.

—Hazlo, Deborah, rápido —dijo mientras sacaba su daga.

Ella se apresuró a dejar la luz en la pila. Quedó a dos centímetros del aceite y no bajaba.

—¡Algo lo impide!

La sombra soltó una gran carcajada y Nathan supo que había sido su culpa. Se lanzó furioso, mientras Deborah hacía lo posible por bajar la luz. Nathan luchaba cuerpo a cuerpo con alguien más fuerte que él y entonces se le ocurrió otra cosa.

—Deb, cierra todo —gritó y cogió al atacante y se lanzó con ella hacia una esquina, donde burbujeaba una pequeña sombra. Desaparecieron mientras ella los miraba horrorizada.

El colgante cayó al aceite, que se iluminó, lanzando un rayo de luz azul por el agujero del techo. Deborah, cargada de energía, cerró cualquier posible paso desde las sombras, rezando porque Nathan estuviera bien, fuera donde fuese que se había lanzado.

Corrió hacia el exterior. Los pájaros habían alzado el vuelo y eran pequeños puntos en el cielo. Parecía que se había restablecido el orden en la Cripta, rezaba por ello. Corrió hasta que llegó al portal y salió hacia la granja, aunque ya no había nadie.

¿Dónde estaban?

Sintió un dardo en el cuello y se le nubló la vista. Comenzó a caer y se giró. Cayó con el rostro sorprendido, pues no esperaba ser disparada por munición de hada.

CAPÍTULO 22. LUCHA EN LAS SOMBRAS



Nathan empujó al ser de sombras a un espacio similar al que había traspasado las otras veces, aunque esta vez era más amplio y no se veían puertas iluminadas. Flotaban, golpeándose con idéntica fuerza y poco a poco, él se dio cuenta de que tenía las de perder. La sombra era mucho más fuerte y no parecía cansarse.

—No te mataré, de momento —retumbó en su cara, mientras lo golpeaba y lo enviaba a través de un portal. Cayó a peso muerto en la calle, sin saber dónde estaba o por qué esa sombra no había querido acabar con él.

Estaba confuso y sin fuerzas. Se levantó como pudo y se asomó a la calle, que estaba desierta. Seguía haciendo frío y no se veía ningún coche pasar. ¿Qué había sucedido? Debía ir a la granja o tal vez a la asociación, aunque no tenía la fuerza suficiente como para meterse de nuevo en las sombras.

Por fin, consiguió reconocer una calle y vio con alivio que no se encontraba demasiado lejos de los coleccionistas. Un coche patrulla pasó a lo lejos y pareció que se dirigía a él, así que apresuró sus pasos y llegó a la casa. Subió las escaleras. La puerta estaba abierta, así que entró.

—¿Señora Higgins? ¿Blaise? ¿Hay alguien?

Siguió caminando por el pasillo hasta que se encontró con una zona de aire espeso. Lo tocó con la mano, hasta que alguien atravesó esa barrera, lo agarró y lo metió para dentro. La casa

dejó de estar vacía para estar abarrotada.

—¿Dónde está la princesa? —gritó Janabay, que tenía la cabeza vendada. Se acercó a Nathan desde el fondo del pasillo que estaba lleno de gente, la mayoría hadas, pero también otros seres.

—¿No está aquí?

La señora Higgins lo tomó del brazo y lo arrastró como pudo al despacho, mientras observaba que Melody intentaba calmar a las inquietas hadas y a los otros seres que se hacinaban por pasillos y habitaciones.

—¿Qué coño ha pasado?

—Lleváis unos días desaparecidos, Nathan. ¿Dónde está Deborah?

—Nos... nos atacó una sombra, me lo llevé a ese espacio extraño entre planos y ella se quedó poniendo la luz en su sitio. Se suponía... ¡maldita sea!

—Sí, la luz está puesta, eso no es problema, creo. Pero no ha vuelto.

—¿Y toda esta gente?

—El mundo de las hadas ha sido arrasado, muchas han desaparecido o se han escondido. Supongo que recordarás que Janabay partió con un pequeño ejército. Los elfos negros, como se denominan ellos, habían atacado a la población y masacrado. Los nuestros solo pudieron auxiliar a los pocos supervivientes y decidieron traerlos aquí.

—¿Sólo han sobrevivido ellos?

—No lo sé. Imaginamos que muchos habrán huido por portales a este plano y estarán escondidos. Ha habido asesinatos de extraordinarios y por eso, algunos vinieron a refugiarse aquí. Creamos una barrera mágica para que nadie sepa que estamos escondidos, pero esto resulta insostenible. Se nos hace pequeño. Y sigue llegando gente.

—Tendríais que buscar otro sitio. ¿Alguna idea de dónde puede estar Deborah?

—No. Tú fuiste el último que la viste.

—Debería volver a ese lugar, quizá está herida... allí había monstruos terribles.

—¿Y cómo vas a entrar, Nathan, no eres de la familia?

—Pero soy un *shadow*, tal vez pueda.

—Confíemos en que volverá, es una muchacha fuerte. Ahora tenemos problemas más graves. Hay toque de queda en todo el mundo y la gente está muriendo por miles. El virus que han soltado ataca sobre todo a los extraordinarios. Aunque nosotros estamos bien, Rath ha probado una vacuna y no parece ir mal.

—¿Mike y Mónica?

—Están ayudando en la planta de arriba. Creo que quieren marcharse con su bebé y llevarle la vacuna. Imagino que ahora que has vuelto, lo harán más tranquilos. Nathan, esto está yendo muy mal. No comprendo cómo has tardado tanto en volver, pero se nos ha ido de las manos.

—¿Qué puedo hacer? ¿Se sabe algo de los reyes de las hadas?

—No, y todo esto resulta peor. Por eso necesitamos a Deborah, para que ella se haga cargo. Debemos llevar a toda esta gente a un lugar grande y preferiblemente aislado, porque es insostenible.

—¿Y la granja de Deborah? Es enorme y es posible que se pueda construir algún barrancón o caseta para los que vayan viniendo.

—Sí, eso está bien. ¿Por qué no se me habrá ocurrido? —exclamó frustrada—. Les diremos a todos que se preparen y saldremos al anochecer. Me estoy haciendo mayor, Nathan, esto... no debía de haber ocurrido. Ve a ver a tu amigo.

Nathan asintió, algo contrariado, pero deseaba ver a Mike y se fue abriendo paso. Janabay lo paró con el rostro preocupado.

—Volverá, como yo he vuelto. Ella es muy fuerte.

El hada asintió y él subió las escaleras. Sus amigos atendían a un grupo de personas ancianos y niños. Mike se levantó de una de las camas y corrió a abrazar a su amigo.

—Joder, pensé que te habías perdido o que te habían...

—¿Matado? Casi. Te veo bien.

—Sí, estoy recuperado, aunque todavía estoy débil. Jess tramitó nuestras bajas médicas para que no nos echaran del cuerpo. Se la ha jugado y eso que ahora mismo están hasta arriba, con todo esto de la pandemia y los confinamientos. Siento que debería estar ayudando.

—Estás ayudando —dijo Mónica tomándole del brazo—, a unos o a otros, cualquier ayuda es buena. Y vamos a ir a por nuestro bebé.

—Es lo mejor que puedes hacer, Mike. Yo voy a intentar volver a ese sitio. Tengo que encontrarla.

—¿Sientes algo por ella?

—Sí, algo que no había sentido nunca, pero eso no es lo que importa, es ella. El Mundo Oscuro la necesita y la traeré sea como sea.

—Escucha, Nathan —interrumpió Mónica—, yo no sé cómo funciona eso de las sombras o lo que tú haces, pero no sé si volver a ese lugar es lo que tienes que hacer. Tal vez ella esté en otra parte, y si entras allí quizá no vuelvas.

—¿Y dónde la busco?

Mike lo tomó de los brazos y le miró a los ojos.

—Sigue a tu corazón. Así es como la encontrarás.

Se despidió, con un fuerte abrazo y bajó las escaleras. Todos parecían estar recogiendo sus escasas pertenencias. La señora Higgins volvió a llamarle y él fue a su despacho, donde estaban Rath y Blaise.

—Escucha, creo que hay alguien tras todo esto y no sabemos quién es. Si vas a buscar a la princesa, Blaise debería acompañarte, tal vez algún *sindhar* más.

—Todavía no sé dónde voy a ir.

—Déjame que te vacune —dijo Rath acercándose con una jeringuilla. Nathan se echó para atrás—, oye, poli, que es una vacuna para el virus, nada más. Todos nos la hemos puesto. No querrás caer enfermo.

—¿Has comunicado a las autoridades tu descubrimiento? —preguntó mientras se remangaba la camisa.

—A la comunidad científica. La están probando. Todavía no están seguros, pero hay cientos de miles de personas muertas en todo el mundo. No sé a qué esperan. Desde luego, trajiste un buen desastre.

—Yo no lo he traído —contestó Nathan de mala manera arreglando su camisa—. Jamás pedí nada de lo que me ha pasado.

—Encuentra a Deborah y llévate a Blaise, Nathan —dijo la señora Higgins agotada—. No va a haber muchas oportunidades de arreglar esto si no tomamos acción ya. Hay grupos de elfos oscuros patrullando por aquí y por su mundo. Si los encontráis, no dudéis, porque ellos os matarán, sobre todo si se dan cuenta de quién eres.

—¿Por qué?

—Va en contra de todo lo que pienso —suspiró dejándose caer en el sillón—, puesto que un *shadow* es quien debe parar los desastres, así que parece que no quieren hacerlo.

—Una limpieza —dijo Blaise preparando sus armas—, es lo que creo que es. A estos estirados le sobra gente en el mundo, empezando por los extraordinarios, porque nos estábamos

haciendo fuertes todos unidos sobre la tierra.

—Me encontré con un ser... oscuro, una sombra. No era nadie en concreto y a la vez, era fuerte y grande. No me mató porque no quiso, podía haberlo hecho —dijo Nathan pensativo. La señora Higgins empalideció—. ¿Qué es?

—No se sabe a ciencia cierta. Es como un vigilante de las sombras. En tiempos, nuestra anterior *shadow* nos habló de eso, pero tenía bastante miedo y pensamos que quizá lo había imaginado. ¿Has preguntado a tus ancestros?

—¡Joder! Los encerré en una cámara, ya no me acordaba.

—Come algo antes de marcharte —dijo la señora Higgins—, y suéltalos, tendrán mucho que decirte.

Nathan asintió y fue hacia la cocina, donde una amable *jawo* le puso un sándwich. Se notó hambriento. Se sentó en un rincón y abrió la llave de la cámara que había cerrado a los otros *shadows*. Una algarabía de voces le hizo cerrar los ojos.

¿Estás loco?

¿Qué has hecho?

La has jodido

¡Deberías habernos llamado!

Basta, por favor, dijo él dejando la comida. Ahora tenía un terrible dolor de cabeza.

¿Qué ha pasado?

¿No lo habéis visto?

En parte, pero cuando te metiste en las sombras, no pudimos acompañarte. La voz de Alana era la más serena y se centró en ella. Nathan les resumió todo y notó que estaban preocupados.

¿Quién es ese vigilante?

Los *shadows* se quedaron callados.

Vamos, Alana, ¿quién es?

A veces... hay algunos de los nuestros que se vuelven locos, o que deciden tomar la justicia por su mano, que tienen otra visión distinta. Le llaman el Vigilante porque según él, y no sabemos con qué criterios, revisa que las sombras nos comportemos.

Me atacó, pero no me mató. Dijo que no quería hacerlo.

Eso es porque de momento le eres útil, supongo, dijo Antoine.

No sabemos quién es y cuándo aparece. Creemos que vive en otros mundos paralelos y que quizá se asoma de vez en cuando al nuestro. No sé decirte. Él o ella nunca estuvo aquí.

Entonces, ¿no está muerto?

Ojalá pudiera decirte algo más. Lo importante ahora es encontrar a la princesa. ¿Vas a volver a la Cripta?

No, tengo que seguir... a mi corazón, aunque parezca absurdo.

No lo es, Nathan, dijo con suavidad Alana, *el corazón sabe muchas cosas que la mente ignora. Es un buen guía y te ayudará a encontrarla. Te pediría que no nos encerrases, porque podemos ayudarte.*

No, no lo haré. Lo siento.

Parte ya, Nathan y salva el mundo.

Él se levantó suspirando. *¿Salvar al mundo? Demasiado para un simple poli.*

No eres un simple poli, dijo Sergei. Ya no se acordaba de que ellos estaban allí.

—¿Estás preparado? —dijo Blaise entrando en la cocina. Le faltaba pintarse dos rayas negras en la cara para parecer un auténtico Rambo. Escuchó risitas en su cabeza.

—Estoy. Vamos.

Salieron a la calle y se deslizaron con sigilo por las sombras. Entraron en un callejón y Nathan se apoyó en una pared.

—¿Estás bien? —dijo Blaise acercándose.

—Sí. Voy a intentar encontrarla. Dame unos minutos.

—Yo vigilo.

Nathan cerró los ojos pensando en Deborah, en sus ojos, el tacto de su piel, en su olor a flores, hizo una imagen mental de ella y de repente, la vio. Estaba echada en un camastro blanco, acurrucada en un rincón, desmadejada. Miró a su alrededor y vio una celda cerrada. Al menos estaba viva. Por impulso, intentó desplazarse allí, pero no había una sola sombra dentro de la celda, así que debía encontrar algo cercano. Su mente salió buscando una sombra, aunque todo era demasiado luminoso. Su abuela le había dicho que donde había sol, había sombra, así que se esforzó.

—Nathan, viene un grupo de elfos oscuros —advirtió Blaise tomándolo del brazo. Él la agarró y ambos desaparecieron. Sí, había encontrado una sombra.

CAPÍTULO 23. LA VERDAD



Cuando despertó, Deborah estaba echada en una camita pequeña y blanca, en una celda iluminada y con un ventanuco que apenas dejaba entrar luz, pero tampoco era necesario, puesto que varias lámparas borraban cualquier tipo de sombra de los rincones. Estaba mareada, así que solo consiguió sentarse sin que le vinieran arcadas.

Empezó a recordar poco a poco. Nathan, la Luz Azul, sí, él había desaparecido y ella la dejó en el altar. ¿Quién la había atacado?

Alguien se asomó por el estrecho ventanuco de la celda. Solo pudo ver los ojos, pero era un hada. Los cerrojos se abrieron y un hada vestida de negro con un uniforme ajustado y armado le abrió y se retiró para que pasara.

—No hagas ninguna tontería.

Ella lo miró con curiosidad. ¿Quién era? Es cierto que había vivido retirada en su granja durante mucho tiempo, pero conocía a todas las hadas de su ciudad. ¿Tal vez de alguna otra?

—Sigue recto —dijo tratándola con desprecio.

Llegó a una luminosa sala donde todos los muebles llegaban hasta el suelo. ¿Querían evitar las sombras? Una mujer que estaba de espaldas se volvió y sonrió.

—¿Sofía? ¿Qué ocurre? ¿Estás prisionera?

Ella sonrió acariciando su barriga que se veía bastante abultada.

—La verdad es que no estoy prisionera, sino que soy la que está al mando. ¿Sorprendida?

—¿Dónde está el rey?

—En otra habitación, inconsciente. Lo mantengo así mientras me sea útil. Siéntate, parece que te vayas a caer al suelo.

Deborah se sentó, temblorosa. No comprendía nada.

—Tengo que contarte muchas cosas, querida. Traed algo de comer y de beber —dijo a las hadas de servicio y que salieron deprisa.

—¿Tú has asesinado a mi hermano Robert? —preguntó enfurecida.

—No ves la dimensión de las cosas, Deb —contestó ella—. Hay que mirar el conjunto y tomar las decisiones correctas.

—Si no estuvieras embarazada, juro que te mataría —contestó, aunque todavía estaba temblorosa y débil.

—No creo que lo hagas y menos cuando sepas que el bebé que espero es tu sobrino, hijo de tu hermano. Él y yo tuvimos... bueno, cuando estuvo separado de su esposa yo lo consolé y después, interrumpiste tú y lo arreglaste, pero conseguí que viniera a verme y me dejara embarazada. Garald no lo hacía. Comprendió que era la mejor decisión. Ambos deseábamos al bebé.

Deborah no supo qué decir. Miró su rostro envilecido y desvió la vista. Por muy bella que fuera, era realmente perversa.

—Lo gracioso del caso es que yo desciendo de tu familia, de una prima de tu madre, por lo que llevo tu sangre. La posibilidad de que nazca un niño muy especial está clara.

—¿Por eso pudiste entrar en la Cripta?

—Sí, aunque tus ancestros no me dejaron acceder para retirar la Luz Azul. Ni siquiera el Vigilante pudo, espero que hayan asesinado al *shadow*.

Deborah se estremeció y sintió un calambre en su interior.

—Pero tranquila, ni tu hermano ni tu cuñada sufrieron. No soy tan cruel. Un dardo venenoso y todo acabó rápido. ¿Quién desconfiaría de la reina?

Su risa hizo que Deborah se levantara. Le daba igual que estuviera embarazada, la mataría. Dos guardias la pararon.

—No seas ilusa. Lo que va a pasar es que seré la regente hasta que mi hijo sea mayor. Podría haberle ofrecido a tu hermano ser el rey, pero estaba enamorado de esa humana, en fin, algunas hadas se vuelven estúpidas, como tú, con ese *shadow*. Cuando sea reina y mi hijo sea el heredero, las cosas van a cambiar.

—¿Qué pretendes? No vas a conquistar el mundo, habéis asesinado a muchas de nosotras y...

Sofía la interrumpió con una carcajada.

—No podrías estar más equivocada. Verás, yo no quiero ese mundo sucio y lleno de enfermedades y gentuza. Yo quiero quedarme aquí, en este maravilloso paraíso que muchas de las hadas que han sido desterradas han construido. No es como donde vivíamos antes, es mucho mejor y no hay sombras, ningún *shadow* podrá entrar. Conseguiré la luz azul y cerraremos todos los portales. No nos hace falta nada más.

—Morirán los ciudadanos...

—No, solo los que son abominaciones de la naturaleza. Si te quedas aquí, no morirás y podrías cuidar de tu sobrino. Ser mi niñera. Seguro que lo cuidarías bien. Se criaría con tu hijo, sea lo que sea que nazca.

—¿Qué?

—Un hada que no es capaz de reconocer su cuerpo no sé si merece ser madre.

Sofía tomó el plato de crema y comenzó a comer. Deborah estaba demasiado sorprendida

para moverse. Puso la mano sobre el vientre y ahí lo notó. Sí, su pequeño estaba allí. Sintió el calorcito del amor que la recorría y le daba fuerzas para seguir viviendo.

—¿Qué vas a hacer conmigo?

—Como te he dicho, puedes quedarte y cuidar al hijo de Robert. Si sales de este lugar, probablemente mueras, tú y tu hijo bastardo. Te estoy salvando la vida.

—No puedo soportar que seas la causa de que tantos mueran.

—Pero es que ya lo están haciendo —dijo ella sonriendo y retirando el plato con impaciencia—, enviamos un increíble virus diseñado para que mueran los máximos posibles. No tiene cura y en unos meses, creo que la población mundial se habrá reducido a la mitad. Con eso y aumentando mi ejército ¿quién sabe?

—Las hadas no somos tan numerosas.

—Sí, pero hay muchos bastardos que querrán salvarse. Los estamos trayendo a todos y están encantados de la vida. Mira.

Señaló la ventana y Deborah se levantó para ver por ella. Era una ciudad llena de casas blancas, más de lo que alcanzaba la vista. Estaba iluminada por cuatro soles que evitaban que hubiera sombras lo suficientemente grandes, suponía. De todas formas, él nunca podría llegar a ese lugar, puesto que no sabía dónde estaba. Y aunque lo hiciera, eran demasiado numerosos.

—¿Desde cuándo llevas preparando esto?

—Eres tan inocente —dijo Sofía poniéndose a su lado y pasando un brazo por su espalda. Deborah se sacudió y la otra se encogió de hombros—. Esto está preparándose ya desde hace cientos de años. Tu madre, tu hermano y tú sois de sangre noble, pero habéis sido corrompidos por los humanos. Esos seres imperfectos y desagradables.

—Entonces...

—Hola, querida —dijo Moira entrando en la sala—, siento que estés preñada del humano, pero puedes descartarlo, te daré unas hierbas...

—¡No! ¿Qué haces aquí?

—Tienes razón, Sofía, es demasiado inocente o digamos... decente, para pensar en que todo lo que ha visto es una patraña. Tu madre jamás me hizo caso y se lio con ese humano y luego tu propio hermano, que era igual que ella... pero pensé que tú no lo harías.

—Tía Moira, no puedo creerlo, si nos has cuidado... nos has ayudado....

—Es lo que tocaba y sois mis sobrinos, sangre de mi sangre. No hubiera hecho nada a Robert, pero me descubrió intentando llevarme la Luz Azul y él se adelantó. Por lo menos, la has devuelto a su sitio y podré retirarla.

—No podrás.

—Sofía no pudo porque no es pura sangre de la familia, pero yo sí. En cuanto se cierren los portales y comiencen a morir personas híbridas, como lo achacarán a la pandemia, ni siquiera los coleccionistas lo verán venir. Eso si queda alguno. Ellos asesinaron a muchas de las nuestras y merecen morir.

—Fue uno y se han encargado de mantener la paz...

—Ese uno hizo mucho daño. Asesinó a mis padres, a mi familia y a todos aquellos que vivían en esta ciudad.

—Es decir, que impidió que os alzarais entonces.

Moira se encogió de hombros.

—A tu madre y a mí nos respetó porque éramos dos niñas y también a mi niñera, que me contó todo. ¿No lo ves, Deb? ¡Estoy salvando a nuestra raza! ¡Nuestra familia!

—No, no lo veo, Moira. Sois despreciables.

—Nunca pensé que serías tan poco accesible. No entiendes nada. Llévala a su celda —dijo su tía. Ella no puso ningún impedimento, mientras miraba alrededor. No era un palacio al uso, como donde vivían en la otra ciudad, sino una casa moderna, lujosa y tan minimalista que apenas había muebles. Sería difícil salir de allí, y ¿Nathan? Si estaba vivo, ¿podría entrar?

El elfo la empujó a su celda y se sentó con las piernas encogidas. Estaba hambrienta porque no había comido nada, pero era capaz de pasar varios días sin probar bocado, aunque... ¿embarazada? Eso era muy especial.

Se echó y puso las manos en su vientre, intentando conectar con el alma de su bebé. Necesitaba saber qué tipo de ser había engendrado con Nathan. ¿Habría habido en la historia algún híbrido de *shadow*? No dejaban de ser personas, muy especiales, eso sí.

Sintió un ligero latido en su mano y dos lágrimas de emoción se resbalaron por su rostro. Allí estaba. Supo que era un niño y muy especial, aunque no sabía cuánto. Le envió todo su amor y rezó por su hermano, por Lidia, incluso por el bebé que esperaba Sofía. Todavía estaba en shock por comprobar que su tía Moira había sido la artífice de todo, acompañada de Sofía. Qué inocente, qué estúpida había sido. Si Robert le hubiera dicho algo, tal vez...

O puede que no quisiera involucrarla, para no ponerla en peligro. Siempre fue muy protector con ella. Rezó porque sus almas estuvieran en el paraíso de Gea, su diosa. Se levantó de la cama y se puso de puntillas para asomarse por la ventana. Miró la ciudad y los alrededores, todo era luminoso, y al fondo había un bosque. Un paraíso. Un movimiento atrajo su atención. No podía creerlo ¿él había venido?

CAPÍTULO 24. ¿QUIÉN RESCATA A QUIÉN?



El viaje por ese extraño universo mareó a Blaise y tuvieron que descansar debajo de un pequeño arbusto, tan escaso, que estaban encogidos, metidos en la sombra.

—Como le digas a alguien esto, te cortaré las pelotas —dijo Blaise mientras limpiaba su boca de bilis.

—A mí me costó acostumbrarme también. ¿Dónde estará Deborah?

Blaise se asomó por encima del arbusto y Nathan la imitó. Había hadas caminando tranquilamente por la ciudad. Casi todos iban vestidos con túnicas blancas y parecían relajados. Los soldados, sin embargo, llevaban monos negros e iban fuertemente armados.

—Somos minoría, está claro —comentó Blaise. Señaló con el dedo a una enorme casa por encima de la colina—. Ese debe de ser el lugar del mandamás. Me apostaría mis dagas a que tu princesa está ahí.

—No es mi...

—Vamos Nathan, que he visto como la miras. Me da igual, ¿sabes? Haces bien en sentir algo por alguien. Los *shadows* también son humanos.

—¿Por qué dices eso?

—Tu predecesora... ella y yo... bueno.

—¿Y desapareció?

—Sí, en uno de esos viajes por las sombras. Creemos que alguien le hizo algo, pero nunca hemos podido saber nada. Ella no tenía tanto nivel como tú, y no se avecinaron desastres como el que vivimos —Nathan alzó las cejas—. No me entiendas mal. Yo también opino que tú no eres la causa, sino la solución. Te ocultamos muchas cosas porque no sabíamos cómo resultarías. Todos los tuyos no son siempre legales.

—Está bien. Mira, si caminamos por este lado, es posible que no nos vean. Es extraño, pero apenas hay sombras grandes en este lugar.

—Imagina por qué.

—Ya. ¿Vamos?

Se deslizaron por la zona más externa de la ciudad, rodeando las casas. Era todo tan artificial que no salían de su asombro. Nada que ver con la majestuosa y un poco decadente ciudad donde vivían los reyes. Esto era demasiado... perfecto. Plástico.

Llegaron al pie de la casa y vieron algo de movimiento en una ventana, así que se escondieron.

—El problema será cómo entrar —dijo Blaise examinando la suave pared sin fisuras.

—¿No eras hechicera? ¿Qué puedes hacer?

—No es tan fácil, *shadow*. No tenemos tanto poder. Solo algunos rituales o hechizos que podrían... distraer. ¡Eso es! Yo los distraigo y tú te adentras. Quizá podrías atravesar la pared convirtiéndote en una sombra, aunque corres el peligro de que, si son muy anchas, podrías quedarte atrapado dentro.

—Te arriesgas a que te maten, son muchos, Blaise —dijo Nathan con pena. Ella se estaba sacrificando.

—Sé lo que soy. Cuando nos entrenan desde niños, nos aseguran que un día moriremos en una batalla y que nos aseguremos de que sea gloriosa. Los *sindhar* tienen su propia religión y forma de actuar. Y es cierto que en los últimos años casi todos han muerto en luchas pequeñas. Yo pasaré a la historia —terminó con un aire triunfal.

—No estoy seguro. Preferiría que no hubiera bajas.

—Ya las ha habido y seguirá habiendo si nos paramos. Lo primero es rescatar a la princesa y hacerla reina. Las hadas deben obediencia a su rey o reina. Muchos de los que están aquí se rendirán sin luchar.

—Entonces no entiendo por qué han atacado.

—No lo sé, todavía. Y no comprendo por qué nadie conocía esta ciudad. Mira, solo conviértete en sombra y busca a la princesa. Yo los atacaré desde el frente y si lo consigues, ven a buscarme, si es posible.

Nathan asintió y se concentró en cómo diablos convertirse en una sombra. Blaise se deslizó por el mismo sitio que habían llegado para atacar en la zona más alejada de la casa.

...deja... en blanco...

¿Cómo?, contestó Nathan a las voces, pero no consiguieron decirle nada. Parecía que allí había algún tipo de interferencia. Pero sí, era posible que, si dejaba la mente en blanco, se concentraba de alguna forma...

Cerró los ojos y buscó su sombra. Estaba apoyado en la pared, con las dos manos, cuando las sintió avanzar. Abrió los ojos y se dio cuenta de que estaba atravesando un cierto material, posiblemente con magia, pero no lo paraba. Acabó en una despensa, llena hasta arriba. Necesitaba encontrar a Deborah, pero ¿cómo hacerlo? Volvió a pensar con el corazón y sintió un pequeño latido en el piso superior. ¿Y si probaba a saltar y atravesar el techo? Con una pequeña sonrisa de asombro, lo hizo y se vio flotando hasta el techo. Asomó la cabeza. Estaba en una

celda vacía. Eso era bueno. Si las celdas estaban allí, era posible que ella también.

Sin dejar de ser una simple sombra, se concentró en el latido que había escuchado. Venía de la parte izquierda. Volvió a meterse en la pared y llegó a la celda. Deborah estaba acurrucada en un rincón y se giró, sobresaltada. Él quiso volver a su yo normal, pero no pudo. Hizo un gesto de silencio y ella pareció comprender.

—¿Nathan? Esto es un desastre. Es la reina quien me tiene prisionera y no sé si al rey.

Nathan intentó hablar, pero no salió nada. Quizá si conseguía salir encontrase cómo abrir. Le hizo un gesto con la mano y se deslizó fuera de la celda por la puerta. Algunos soldados corrían por los pasillos. Blaise había comenzado a atacar.

Tuvo que hacerse sólido para quitar el cerrojo. Estaba claro que no tenía tanta habilidad como la sombra que lo había atacado en la cripta. Algo mareado, comenzó a manipular la cerradura con su daga y por fin saltó. Antes de que abriera la puerta, dos soldados corrieron hacia él, armados. Se preparó con sus dagas, aunque no era tan fuerte o hábil como ellos. La puerta se abrió de golpe y Deborah salió de ella, con aspecto fiero y preparada para luchar. Se giró hacia Nathan y le pidió una de sus dagas, que él le dio. Estaban más igualados.

Los dos guardias se quedaron parados por unos segundos, pero luego volvieron al ataque. Nathan admiró la elegancia y letalidad combinadas de la pacífica princesa. La ayudó en lo que pudo, porque él, luchando cuerpo a cuerpo con esos seres superiores, no tenía mucho que hacer, sobre todo porque estaba agotado.

Por fin, ambos cayeron malheridos y ella se giró hacia él, todavía con el gesto fiero en el rostro.

—Tenemos que salir ya —dijo convencida.

—Y buscar a Blaise, ella ha estado provocando una distracción.

—Debería encontrar al rey, pero... no sé si estará herido y quizá es mejor volver con refuerzos.

—Entonces, la reina...

—Sí, ella y mi tía Moira —contestó, limpiándose las lágrimas con fiereza de la cara.

—Vámonos de aquí y volveremos con un ejército —Nathan la abrazó, deseando protegerla con su vida.

Se dirigieron por un pasillo lateral y encontraron unas escaleras que bajaban a un jardín.

—¿Puedes abrir un portal? —preguntó Nathan, cuando se escondían tras unos arbustos.

—No. Puede que el dardo que me clavaron llevase algún tipo de anulación mágica. Imagino que se me irá pasando, pero por ahora, no es posible.

—Entonces busquemos una puerta.

Con el jaleo que había montado Blaise, los jardines aparecían desiertos. Al final, entre varios árboles, descubrieron una puerta de madera. Estaba cerrada. Intentaron manipularla con las dagas, pero no fue posible.

—Concéntrate, Nathan, eres más fuerte de lo que un humano podría ser.

Él asintió y lo mismo que antes había deseado que sus moléculas fueran más transparentes y ligeras, deseó que ahora fueran más densas. Se lanzó contra la puerta y la desquebrajó, cayendo al suelo. Rodó, por la inercia, hasta quedar colgado de un precipicio. Deborah se lanzó a agarrar su mano, y después de un intenso esfuerzo, consiguió subir. Se quedó echado unos segundos, respirando agitadamente.

—Ha sido demasiada fuerza —dijo ella y se agachó para darle un suave beso en los labios.

—Gracias... vamos a por Blaise —contestó todavía con la respiración entrecortada. El sobreesfuerzo le estaba pasando factura, pero no dijo nada.

Bajaron por un camino lateral hasta llegar a la zona posterior de las casas. Había demasiado silencio. ¿Llegaban muy tarde y su amiga estaba muerta?

Se asomaron y vieron un corrillo de soldados que rodeaban un poste en forma de X donde estaba encadenada Blaise, herida y con el rostro bajo. En un lateral, al menos seis u ocho cuerpos de soldados.

—Maldita sea, la han atrapado.

—Podemos intentar liberarla —dijo Deborah.

—No. No podemos. Son más de quince soldados y nosotros dos. Volveremos a por ella con un ejército. Solo espero que resista. Vámonos ya.

Bajaron por una colina hasta llegar a un pequeño bosquecillo donde tampoco había sombras suficientes.

—Me encuentro mejor, quizá pueda abrir un portal. ¿Dónde vamos?

—Con los coleccionistas.

Con gran esfuerzo, Deborah agitó la mano para crear un portal y ambos, tomados de la mano, cruzaron.

CAPÍTULO 25. CONFUSIÓN



Deborah y Nathan caminaron entre las sombras hacia la casa de la asociación. No parecía haber nadie por las calles, excepto algún despistado que corría de un sitio para otro. La ciudad siempre había hervido de actividad, y en ese momento parecía el escenario de un holocausto.

—Cuando fuimos a la cripta, estuvimos unos días desaparecidos —dijo Nathan—, no sé si habrá pasado tiempo.

—Veremos.

Ella lo miró y se tocó el vientre. ¿Debía decirle que se había quedado embarazada o complicaría más las cosas? Decidió esperar y ambos subieron las escaleras hasta la entrada. La puerta seguía abierta y entraron con sigilo. La barrera seguía allí y consiguieron atravesarla. Los que todavía estaban allí, se sobresaltaron. Janabay se lanzó a los brazos de su princesa, rompiendo el protocolo. La señora Higgins se asomó desde su despacho y les hizo un gesto.

—¿Dónde está Blaise? —preguntó.

—Capturada, decidimos crear una distracción para salvar a la princesa. Lo siento, estaba rodeada de demasiados soldados.

—Está bien. Es su papel. Bienvenida, princesa. Sentaos. Janabay, trae algo de comer, están exhaustos. Alteza, hemos trasladado a los supervivientes a su granja y esperamos que todos los que estén escondidos y deseen luchar se unan, pero hemos sufrido un ataque de unos extraños soldados hadas.

—Gracias. Sí, estaban en el otro lugar donde hemos estado. Hay una ciudad completa, blanca

y nítida, a cargo de la reina y mi tía Moira. Ellas dos son las que han destruido nuestra sociedad.

—¡Increíble! Vuestra tía siempre... os ha cuidado. No lo entiendo.

—Lo sé. Es terrible. Y la reina está embarazada de mi propio hermano. Perdió su bebé y tendrá otro sin desearlo.

—El bebé no está perdido, se está recuperando, Deborah. Es una niña muy fuerte.

Nathan abrazó a Deborah, que se soltó, no quería parecer débil.

—Está bien, si ella está a salvo, mantenédla así. Debemos reunir un grupo y atacar ese mundo, liberar al rey y a Blaise.

—Antes debéis tomar el juramento como reina. Muchas de las hadas que dudan deberán obedeceros.

Deborah se levantó y se apoyó en una de las paredes, con los ojos cerrados. Estaba claro que debía hacerlo, ¿por qué se resistía tanto?

Janabay entró con una bandeja de sándwiches, galletas, una tetera humeante, varias tazas y las dejó encima de la mesa. Se quedó en un rincón, mirando con angustia a su princesa.

—Está bien —dijo por fin Deborah—. Iremos al Mundo Oscuro y tomaré juramento en el altar de palacio.

—Te acompañaré —dijo Nathan.

—Y yo, majestad —añadió Janabay.

—Una vez que tome el juramento, haremos saber a todos los seres extraordinarios la traición de la reina, de Moira y esperaremos que muchos se unan.

—¿Vamos a revelar todo lo que va a pasar? Pueden entrar en pánico —comentó Nathan.

—Es eso o dejarlos indefensos, inspector. A mí no me gustaría que me ocultasen hechos tan graves.

—De acuerdo.

—Y otra cosa. Los soldados que nos atacaron justo cuando desaparecisteis, no eran de esta época. Mi madre me dijo que venían de otro momento temporal.

—¿Cómo? ¿Eso se puede?

—Yo pensaba que solo los *shadows* podían hacerlo, pero está visto que quizá en el futuro las hadas han conseguido abrir portales a otro tiempo y espacio. El tipo que las dirigía era un hada de sangre noble, sin duda. Posiblemente uno de vuestros parientes.

—Ya no sé en quién confiar —suspiró Deborah ocultando el rostro. Luego, lo levantó y miró a cada uno de los que estaban allí, con determinación—. Haré lo que sea necesario para mantener la paz en nuestros mundos. Vámonos ya.

—Debéis comer algo —dijo Melody acercando la comida—. Todos. Y tomaros unos minutos de descanso.

—Le doy la razón —dijo la señora Higgins—. Servirá de poco que caigáis agotados si os atacan estas hadas. No pasa nada por esperar unas horas.

—¿Y Blaise? —preguntó Nathan.

—Si la han de matar, ya lo habrán hecho y si está viva, tenemos tiempo. Id a descansar.

Nathan se levantó y tomó una de las bandejas, luego a Deborah del brazo y se fue hacia una de las habitaciones vacías. Había un enorme sofá y dejó la comida en una mesita. Él tuvo que convencerla para que se recostase. Ella lo miró agotada, mientras él le quitaba las botas y masajeaba sus pies. Le pasó la bandeja y ella tomó una galleta. Suspiró mientras su *shadow* pasaba sus dedos en forma de círculo por las piernas.

—¿Sueles hacer esto con las mujeres? —preguntó entrecerrando los ojos.

—Solo si me llevan a lugares parecidos al infierno —sonrió él. Se giró para servir las

infusiones y le acercó una.

Él también bebió y se acomodó en el sofá, con los pies de ella sobre su regazo.

—Nathan, no quiero que te pase nada. Yo... quiero hablar de algo.

—Es mejor no hablar de nada, de momento. Nunca, en todos los años que llevo de policía, había tenido miedo de perder un futuro posible —se volvió hacia ella, con el rostro atormentado—, ni siquiera me importaba dar mi vida, morir joven. Es lo que tiene ser policía, ese riesgo existe, pero ahora...

—¿Ahora? —dijo ella dejando la taza y acercándose a él hasta quedarse casi rostro con rostro.

—Ahora estoy muerto de miedo por perderte, por perderme a mí, por no poder estar juntos, porque todo este mundo...

Ella lo besó y Nathan pasó la mano por su cintura, hambriento. Se colocó sobre él y le quitó la taza de las manos para dejarla en la mesa.

—Yo no sé qué va a pasar, Nathan, ni sé en qué acabará. Mi vida es complicada y lo será más si asciendo al reinado. Pero tengo esperanza. Mi madre lo hizo y mi hermano también, ellos estuvieron con humanos.

—Si acabo vivo... me gustaría probar.

—No digas eso, por favor. En esta historia cualquiera puede morir. Disfrutemos del momento.

Nathan acarició sus caderas y ella besó su cuello y su rostro, como algo sumamentepreciado. La barba crecida raspaba su final piel, pero para ella era un regalo sentirlo.

Llamaron a la puerta y se retiró, echándose de nuevo en el sofá, con los pies sobre el regazo, que bien le servían para disimular su excitación.

—Adelante —dijo medio sonriendo.

—Princesa, está todo preparado —dijo Janabay mirando con mala cara a Nathan.

—Ahora saldremos, gracias.

El guardaespaldas se retiró y ambos soltaron una pequeña risa que les relajó por unos momentos.

—Creo que no le gusto nada —dijo Nathan. Ella se encogió de hombros.

—Será mejor que vayamos y terminemos con eso, con una de las muchas cosas que debemos hacer.

—¿Deberías vestirme para la ocasión?

—No tengo ganas. Este mono de combate es muy práctico. Seré la primera reina que se corona con este aspecto y quizá eso sea un cambio de época.

Nathan asintió y después de calzarse salieron. Janabay y varias hadas los esperaban. Irían como escoltas.

La señora Higgins le entregó un pergamino del consejo de los extraordinarios aceptando su coronación. Ella lo agradeció y se volvió hacia los demás.

—Vamos allá.

CAPÍTULO 26. LA CORONACIÓN



Nathan se puso tras Deborah. La protegería con su vida y si pudiera pasar delante, lo haría, pero ella debía abrir el portal. Janabay y las dos hadas fieles a la princesa se colocaron, listos para defenderla si era necesario.

Accedieron al Mundo Oscuro y vieron con horror el escenario terrible de una masacre. Algunas de las casas estaban medio derruidas, en otras salía humo y había cuerpos por todas partes. Nathan se puso delante en cuanto pasaron el portal y sacó sus dagas. La infusión lo había recuperado. Las hadas miraron con dolor y pena los alrededores.

—Vamos ya donde sea que tengamos que ir —dijo el inspector, algo menos afectado que ellos. Deborah asintió.

Se desviaron por algunas calles laterales, donde había menos cuerpos. Uno de los guardias localizó a una patrulla de tres soldados vestidos de negro y se escabulleron dando un rodeo. Por fin, llegaron al palacio. Deborah los llevó por una entrada lateral que llevaba a un pasadizo. Desde allí caminaron en silencio hasta la sala del trono, donde estaba el altar en el que los reyes juraban por su vida y su honor proteger a los habitantes del Mundo Oscuro.

—No parece haber nadie —susurró Janabay.

—No me fío —dijo Nathan—. ¿Cuánto dura el juramento? Hay que hacerlo deprisa.

—No es mucho, pero si hay alguien, le llamará la atención.

—Os defenderemos con nuestra vida —dijo una de las hadas. Deborah lo agradeció.

—Esto es lo que haremos —contestó la princesa—. Yo iré directa al altar y haré el

juramento. Es algo mágico y mis ancestros tienen que aceptarme. Durante ese tiempo estaré indefensa.

—Estaremos a tu lado —aseguró Nathan.

Janabay y los otros dos asintieron.

—Entonces, vamos a ello.

Deborah se deslizó hasta el altar de piedra que estaba detrás del trono y los demás se dispusieron a defenderla. Puso la mano sobre la fría superficie y comenzó a recitar:

Por la majestuosidad de los antiguos bosques y la insondable profundidad de los cielos nocturnos,

Yo, la soberana de la etérea corte de las hadas, señora de los secretos del Mundo Oscuro, Solemne y libre, emito este sacrosanto juramento.

Con la gravedad de los siglos y la sabiduría ancestral que en mi reside,

Comprometo mi ser a la salvaguarda incólume de mis súbditos.

Frente a toda forma de vileza, en cada rincón donde la oscuridad se posa y la luz se entrelaza.

Por el legado de los venerables, por el susurro de las constelaciones,

Por la fortaleza inquebrantable de la tierra y la sutileza del viento que nos rodea,

Me erijo como baluarte inmutable del Mundo Oscuro, nuestro refugio eterno.

En la solemnidad de cada amanecer, en la paz de cada crepúsculo, bajo el testigo de la luna plena,

Reafirmo mi voto, mi obligación sagrada, mi inalterable compromiso,

Por la protección de las hadas, por la integridad del Mundo Oscuro, por la perpetuidad de nuestro legado, juro.

El altar emitió una luz brillante que envolvió a Deborah. Sus ojos se quedaron en blanco y Nathan estuvo a punto de apartarla, pero Janabay lo paró.

—Esto es así. Durará poco.

Un ruido en el exterior los puso en guardia. Tres soldados oscuros entraron en la sala del trono y, con un rugido, se lanzaron contra ellos. Las dos hadas saltaron contra ellos y también Janabay. Nathan se quedó guardando a Deborah, dispuesto a intervenir si era necesario, pero también esperando que ella saliera de su trance.

Una de las hadas soldados cayó, pero también de los suyos. Janabay, a pesar de ser más bajo y al parecer más débil, se defendió bastante bien, pero un soldado se liberó y corrió hacia ellos. Nathan lo esperaba con su daga. El soldado rio al verlo, pero mirar a Nathan como alguien más débil le iba a costar la vida. Él se sirvió de su sombra para hacerse más fuerte, y le dio un puñetazo que lo envió contra la pared, dejándolo inconsciente. El tercer soldado salió corriendo por la puerta.

Nathan se giró y vio que Deborah seguía en trance. Se acercó a los heridos. Janabay tenía el vientre lleno de sangre y otra de las hadas estaba muerta. El tercero solo tenía cortes, y el rostro preocupado.

—Janabay, ¿cómo estás?

—*Shadow*, no saldré de esta. Dile a mi reina... que ojalá hubiera sido más fuerte... para protegerla.

—No digas eso, hombre. Te curarás.

—Conozco mi cuerpo. Iré al paraíso de la diosa Gea —susurró tosiendo sangre.

El otro hada lo recostó con afecto, hasta que finalmente cerró los ojos para siempre.

—Lo siento —dijo Nathan.

—Protegeremos a la reina —contestó con determinación—. Me llamo Scott, es mi nombre humano.

—De acuerdo, Scott y gracias por ayudar.

—Gracias a ti *shadow*, tal vez haya un futuro.

Nathan asintió conmovido y se volvió hacia Deborah. La luz que la rodeaba parecía ser menos brillante. Scott se levantó y escuchó.

—Vienen más, tienes que llevártela.

—Pero...

—Yo los distraeré hasta mi último aliento, *shadow*. Mi vida no es tan importante.

—Lo es, yo...

—Por favor, haz que valga la pena. Ve.

Con gran pesar, Nathan se acercó al altar. Deborah ya no brillaba, pero estaba apoyada, temblando. Lo miró y asintió.

—Tenemos que irnos ya. Vienen más soldados.

—¿Y ...?

Se giró y vio los cuerpos en el suelo. Ahogó un grito al ver a Janabay muerto.

—¿Te han aceptado tus ancestros o lo que sea que tuvieran que hacer?

—Sí, soy ahora la reina, aunque... ellos no están satisfechos con lo que está pasando. Me han exigido que lo solucione todo de inmediato.

—Entonces, vámonos.

—No voy a poder abrir un portal, Nathan, hasta que vuelva a mí toda mi fuerza.

—Iremos por las sombras. Vámonos por favor.

Nathan se volvió a Scott, que había atrancado la puerta.

—Suerte.

El otro asintió y entraron en el pasadizo. Nathan buscó una sombra lo suficientemente grande para que ambos pudieran pasar, la tomó de la cintura y se lanzó a por ella. Irían a la granja de Deborah, para que todos pudieran aceptarla como reina.

Cayeron detrás de un árbol. Esta vez, Nathan había controlado mejor el viaje y no habían encontrado nada extraño.

Se acercaron a la casa. No había muchos coches, pero adivinó que tampoco los habrían dejado a la vista. El terreno tenía varios almacenes y corrales donde vivían animales en semi libertad.

No parecía haber nadie, así que entró en la casa y recostó a Deborah, ahora la reina, en una de las camas. Ella parecía temblar de frío y no entraba en calor, así que se acostó con ella para darle calor.

—Estás helada...

—Sí... no te lo dije, pero... mi cuerpo... puede que cambie —dijo ella tosiendo.

—¿En qué sentido? —preguntó Nathan abrazándola más fuerte.

—Mi madre, cuando fue coronada reina, siguió siendo una buena madre, pero ella era algo más fría, era como si sus sentimientos pasaran a otra prioridad. Es una forma de que el rey o la reina se preocupen solo de su pueblo y no de los aspectos personales. Notábamos que nos quería, pero era nuestro padre humano el que nos daba los mimos. El rey Garald, cuando se desposó, no tuvo que hacer el juramento, pero al morir mi madre, él cambió, una vez lo hizo.

—No parecía...

—Las hadas somos capaces de actuar, Nathan. He visto muchos gestos de cariño del rey a la

reina y no sé hasta qué punto son ciertos. Me temo que seré como ellos. Ya ha empezado. Siento frío en el corazón y desapego hacia... hacia...

—¿Hacia mí?

Ella asintió, con el rostro lleno de lágrimas. Nathan se echó hacia atrás tensando la mandíbula. Acarició el hombro de la reina, que había dejado de temblar. Se movió hacia ella y subió su rostro.

—No me importa, Deborah. Si no soy tu prioridad, pero tienes un rato para mí, me vale.

—No es justo, Nathan. Lo que me espera es duro. Tengo que reconstruir todo un reino, y antes de eso, atrapar a las dos traidoras, comprobar cuántos son fieles a la línea de sangre, contar con los extraordinarios...

—¿Ahora tienes que hacer todo eso?

—No, justo ahora no, pero...

—Entonces, déjame amarte para guardar este recuerdo como un tesoro.

Nathan la besó con todo su amor y ella pasó los brazos por su nuca, acariciando su cabello. Se desnudaron con ternura, despacio, disfrutando de cada segundo, de cada roce, descubriendo la sensación de piel con piel, el sabor de su boca y el olor de su excitación. Nathan se introdujo en ella despacio, moviéndose sin dejar de mirarse a los ojos, besándose y susurrando palabras de amor. No le importaba que fueran las últimas, sería el recuerdo más maravilloso que tuviera. Se abrazaron cuando su clímax llegó y se mantuvieron abrazados un rato más. La piel de Deborah era cálida y Nathan grabó en su memoria cada momento vivido.

Se escuchó un ruido en la casa y él saltó de la cama, se puso los pantalones y las botas y tomó las dagas. Melody y Rath entraban con las armas en la mano. Las bajaron al verlo.

—¡Habéis vuelto! ¿Cómo ha ido todo? —dijo Rath. Melody se acercó y lo olisqueó, medio sonriendo de vuelta.

—Ella es la reina. ¿Qué ha pasado por aquí?

—No mucho —dijo la joven rubia sentándose. Ya no parecía tan impecable como siempre. Su cabello rubio estaba despeinado y llevaba el vestido manchado.

—Estamos reuniendo a toda la gente hábil para luchar, Rath les ha enviado mensajes muy discretos a su móvil, aunque es cierto que no sabemos muy bien en quién confiar. Necesitaremos que nos guíeis hacia ese mundo donde está Blaise. Supongo que ahora que ella es reina, podrá entrar. Ningún mundo se resiste a la realeza.

—¿Y si ella es reina, los actuales reyes dejan de serlo?

—Sí, Nathan —respondió Melody—, si la aceptan los ancestros, es algo digamos, automático.

—Seguramente Sofía no se lo esperaba —dijo Rath pensativo mirando su ordenador—, tenemos unos ciento cincuenta que se apuntan a luchar. No son muchos.

—No, porque las hadas somos realmente peligrosas —dijo Deborah bajando las escaleras. Los miró con cierta frialdad y fue a la cocina a servirse un café.

Nathan subió a vestirse y vio la cama hecha, como si allí no hubiera pasado nada. ¿Tanto podría afectar ese juramento al carácter de alguien?

Cuando se acercó donde estaban ellos, Rath le estaba explicando a la reina el pequeño ejército que habían conseguido y ella asintió. Ni siquiera lo miró cuando se acercó con un café y se sentó cerca. Un puño apretó su corazón un poco. Melody lo miró con curiosidad y luego a la reina, como si la escaneara. Su rostro se vio apenado por unos momentos y Nathan se encogió de hombros cuando ella quiso hablar.

El móvil de Melody sonó y lo puso en manos libres. La muchacha le puso al día. La señora

Higgins parecía cansada.

—He conseguido un pequeño refuerzo de *demons*, son media docena, pero sus poderes se igualan a los de las hadas. Solo necesitamos saber cuándo atacaremos, alteza.

—Cuanto antes, mejor.

—Hay que salvar a Blaise —dijo Nathan. Deborah se encogió de hombros.

—Muchos soldados morirán.

Vieron a Deborah levantarse y subir a la habitación. Rath había apretado la mandíbula, por no decir algo y Melody puso la mano sobre la suya, lo que suavizó el ambiente.

—Nathan, quita el manos libres, quiero hablar contigo —dijo la señora Higgins.

—Sí —contestó él con el teléfono en la mano.

—¿Está la reina allí?

—No, ha ido a su habitación.

—¿Funcionó el juramento?

—Sí, desde luego. Ella... ha cambiado.

—Es algo normal. Significa que sus ancestros le han confiado el reino, aunque no es bueno para ti. Su madre era... era encantadora y siguió siéndolo, pero yo sabía que era algo de educación, no de sentimiento. Su corazón se vuelve frío.

—Lo sé, me lo dijo.

—Y, aun así, la amas.

—Es algo que tampoco puedo o quiero evitar, señora Higgins. Lo acepto, tal cual.

—Lo siento, Nathan, no es lo ideal. De todas formas, tampoco sabemos si...

—...si voy a salir vivo de esta. Lo sé.

—Ven a vernos. Estamos en una granja cercana. Nos fuimos porque no queríamos que nos relacionasen con la de Deb... con la de la reina. Están acudiendo hadas y extraordinarios de todo el país. Necesitaremos que nos expliques cómo es el lugar.

—Iré en cuanto pueda.

Nathan colgó y vio que Rath y Melody estaban revisando las noticias.

—¿Cómo va el tema de la vacuna?

—Va lento, Nathan —dijo pesaroso Rath—. Están muriendo cientos de miles de personas en todo el mundo, sobre todo híbridos. El mundo se ha parado, como si no tuviera batería. Si pudiéramos acceder al virus que lo provocó todo, tal vez podríamos acelerar la vacuna. Si seguimos así, no quedarán extraordinarios y pocos humanos.

—En nosotros funcionó la vacuna —dijo Melody abrazándolo.

—Pero no se arriesgan. No sé a qué esperan —contestó el muchacho apretando los puños.

—¿Has pensado en fabricarla tú? —preguntó Nathan—. Tal vez en algún laboratorio no muy grande, y vacunar a todos los máximos posibles.

—Si consiguieras la cepa principal, tal vez incluso podríamos hacer algo mejor, pero necesitamos saber qué han hecho —dijo él apesadumbrado.

—Haré lo posible por recuperarla, te lo juro —contestó Nathan poniendo la mano en el hombro del chico. Él asintió—. Tengo que ir a la granja donde están los demás.

—Vamos todos —dijo Deborah saliendo ya vestida de soldado.

Nathan se irguió, incómodo, pero asintió. Todos se prepararon para ir hacia allá. Debían planear un buen ataque, efectivo y letal, posiblemente.

CAPÍTULO 27. PREPARADOS



El viaje en coche hasta la granja fue en silencio. Melody conducía deprisa y Rath seguía tecleando en una tableta. Nathan miró a Deborah, que tenía la cabeza vuelta hacia el exterior. A lo lejos vieron varios coches del ejército que patrullaban las calles. La ciudad parecía muerta, como si hubiera llegado el fin del mundo.

Es algo parecido, susurró Alana, y no parece que se vaya a solucionar de forma fácil.

¿Qué puedo hacer?, preguntó Nathan, desviando la vista hacia la carretera.

Estamos pensando entre todos, y solo se nos ocurre luchar por conseguir el virus y entregárselo al muchacho. Puede que haya una oportunidad, pero se necesitaría hacer algo grande para llegar a todo el mundo. Los compañeros que estaban con la shadow recién nacida han vuelto, pues ella ha muerto por el virus.

Lo siento.

He enviado a varios espacios, buscando a otros shadows. No sé si eres el último nacido, Nathan.

¿Y qué consecuencias tiene?

Siempre que no estamos en la Tierra, no ocurren desastres grandes, pero también somos necesarios porque ayudamos como coleccionistas con seres que solo son controlados por nosotros, como las hadas o los demons. Todavía no has alcanzado todo tu potencial y es posible que...

Que no lo alcance y que me reúna con vosotros.

Lo siento, Nathan, sé que la amas. He estado en este lugar mucho tiempo y ayudamos a que eventos como las guerras mundiales no fueran a más. La gripe española, la peste negra, lo conseguimos superar. Tengo fe en que esto también podamos arreglarlo. Tengo fe en ti.

Me gustaría tener esa misma fe.

Te ayudaremos en lo que nos sea posible, compañero, dijo Antoine, *el mundo sigue siendo divertido.*

Nathan asintió y se concentró en el camino, intentando no pensar en nada. Rath señaló un camino y Melody tomó el desvío hasta llegar a una granja medio abandonada en un terreno enorme.

—La granja de los Clark. Deben de haber muerto —dijo Deborah sin un ápice de compasión. Nathan la miró y salió del coche.

Había otros coches y furgonetas y dos extraordinarios salieron de la nada armados y peligrosos. Un lycos, acompañado de un *sindhar*, los dejaron entrar.

Cuando Deborah abrió la puerta y entró, las hadas e híbridos de hada se arrodillaron y los extraordinarios bajaron la cabeza con respeto. Ella sonrió levemente y los instó a levantarse.

La señora Higgins se inclinó ante ella y les pidió ir hacia la cocina, que parecía el sitio más tranquilo. Muchos de los extraordinarios estaban sentados por el salón y Nathan pudo ver que fuera, en la calle, había varios grupos.

—No hay nadie más disponible, alteza —comenzó la señora Higgins—, pero puede que algunas de las hadas de esa ciudad se unan por obediencia a la reina.

—Eso supongo —dijo Deborah—. ¿Están preparados? Deberíamos salir ya.

—Sí, os esperábamos.

—Entonces, vayamos ya. Abriré el portal y pasaremos. Nathan, tú rescatarás a Blaise si sigue viva. Capturaremos a Sofía viva. En cuanto a Moira, me da igual.

Un escalofrío corrió la espalda de Nathan y miró a la señora Higgins que se encogió de hombros.

—Avisaré a todos —dijo Rath.

El chico salió del despacho y Deborah, tras mirar a los demás, lo siguió, sin decir una sola palabra. Nathan suspiró.

—Es su tradición, lo siento.

—Pensé que... que no sería tan exagerado —contestó él mirando por la ventana como ella se ponía al mando de los grupos, que se inclinaban con respeto.

—Cuestión de supervivencia de la especie. Ve con ella. Igualmente debes protegerla, *shadow*.

El inspector se fue hacia el grupo y todos se prepararon para saltar a esa ciudad de plástico.

Confía en tus habilidades, dijo Alana, *ya que nosotros, por la razón que sea, no podemos entrar. Eres mucho más de lo que piensas, Nathan y es hora de que saques todo tu potencial.*

Si supiera cómo...

En su momento sabrás, utiliza tu voluntad y tu intención. Suerte.

Suerte, muchacho, fueron diciendo uno tras otro.

Nathan se puso junto a los demás y cuando Deborah abrió el portal, saltó.

CAPÍTULO 28. BATALLA



Aparecieron en medio de la plaza de esa extraña ciudad blanca. Las hadas que habitaban en ella salieron corriendo, asustados. Nathan miró alrededor, a la cruz, pero estaba vacía. Tampoco esperaba que Blaise siguiera allí.

—Ciudadanos y ciudadanas —Deborah proyectó su voz de forma insólita—, he venido como la auténtica reina, descendiente de la sangre de Mara y de Amina, para liberaros de la tiranía de la impostora, Sofía y de la traidora a su sangre, Moira. Ellas son las causantes de la epidemia que está asolando la Tierra. Muchos tenéis allí seres queridos, conocidos, amigos... Yo no puedo permitir esto. ¿Os uniréis a mí?

Un grupo de hadas vestidas de blanco se acercaron y se inclinaron ante la reina, pero entonces, cuatro soldados silbaron para avisar a sus compañeros y atacaron.

Los *sindhar* y los *demons* fueron los primeros que se lanzaron a por ellos. Pronto estaban rendidos, uno de ellos, muerto. Deborah los miró sin compasión.

Nathan se separó del grupo, junto a dos extraordinarios bastante corpulentos, para buscar a Blaise y quizá al rey, porque no sabían si él estaba o no con Sofía.

Se dirigieron por el lateral hacia las celdas, mientras veían a varios grupos de soldados que corrían hacia la plaza. Sintió un escalofrío, pensando que no debía haberla dejado, pero había sido clara, su misión era esa.

Llegaron hasta la enorme casa. Allí también había soldados, pero por la zona lateral, por donde había salido la primera vez, solo se encontraba un grupo de tres. La lucha fue

relativamente corta. Nathan se sentía más fuerte y los lanzó contra la pared, los *lycos* que le acompañaban, acabaron por dejarlos sin sentido. Entraron por el jardín y por la puerta trasera. En la casa, algunos sirvientes corrían asustados. Se dirigieron a la zona de las celdas donde podía estar Blaise. Antes de entrar, Nathan hizo que se pararan. Necesitaba buscar con su sexto sentido o como diablos funcionara.

Sintió un latido conocido y supo que era Blaise. Sin embargo, estaba muy débil.

—La tercera celda, sacadla y bajad por la escalera, por el mismo sitio.

—¿Y tú dónde vas, *shadow*?

—Intentaré encontrar al rey. Si está vivo. Id.

Vio que los dos *lycos* se acercaban a la puerta, la forzaban y entraban, saliendo con una Blaise desmadejada, herida, pero viva.

Nathan se dirigió hacia el piso noble, donde imaginaba que estaría la familia real. No deseaba asesinar a Sofía, sobre todo porque ella gestaba al sobrino de Deborah, pero se iba a defender.

Se concentró y sintió varios latidos en una habitación. Uno de ellos estaba realmente débil. Dos soldados hadas guardaban la puerta y justo detrás de ellos, una pequeña sombra de la pared le pareció perfecta. Buscó otro lugar por donde entrar y rápidamente salió detrás de ellos, sorprendiéndolos y golpeándolos con una fuerza que no comprendía de dónde había salido. Echó la puerta abajo mientras escuchaba el griterío de la batalla que se estaba disputando en el exterior.

Sofía se sobresaltó y Moira buscó en la mesa un cuenco que parecía contener algún tipo de líquido. El rey estaba echado en un diván, entre la vida y la muerte.

—Vaya, *shadow*, has llegado hasta aquí. Vi que eras testarudo, pero no estúpido —dijo Moira tomando el cuenco. Sofía retrocedió hasta un rincón de la habitación.

—Es mejor que os rindáis. Deborah ha sido aceptada como reina, vuestro plan ha fallado.

—No fallará puesto que no va a quedar gente en el mundo y no vas a poder hacer nada —dijo Moira—. Nosotras hemos ganado.

...cuid... vene...

La advertencia hizo que Nathan diera un salto hacia atrás, justo cuando Moira le lanzó el contenido del cuenco, que le salpicó en la ropa. Algunas gotas cayeron en su piel, que empezó a burbujear.

—Estás muerto, *shadow* —rio ella.

Deborah entró entonces por la puerta, vio la situación y lanzó una daga al corazón de su tía, que cayó al suelo, muerta.

Un portal se abrió en un rincón, y un joven con un vendaje en el costado salió, tomó a Sofía del brazo y de la cintura y se la llevó dentro. El portal se cerró antes de que Deborah pudiera alcanzarla.

Nathan cayó al suelo, entre estertores. El poco veneno que le había salpicado estaba introduciéndose por su piel.

Varias hadas acudieron a socorrerle y lo llevaron a otro diván gemelo del que estaba el rey.

—Maldita sea, ¿dónde se ha ido? —exclamó Deborah acercándose al lugar donde se había abierto el portal. Olisqueó para reconocer a quien lo había creado y le pareció familiar, pero no logró localizarlo. Se giró hacia el rey, mientras Nathan la miraba y respiraba agitadamente.

—Garald, ¿estás vivo? —dijo ella. El antiguo rey, asintió muy débil.

—Lleváoslo —ordenó a varias hadas que se presentaron allí.

Ella se acercó a Nathan que temblaba. Lo miró y por un momento, a él le pareció ver una

pequeña muestra de compasión.

—¿Qué hacemos con el *shadow*? Está a punto de morir.

—Lo llevaremos al otro lado y si se salva, bien. Enviad a los científicos a buscar por todo el lugar, necesitamos encontrar el virus.

—¿Has... has ganado la batalla? —susurró Nathan. Ella se giró y lo miró con frialdad.

—Por supuesto, soy la reina.

Nathan asintió y se dejó ir hacia una negrura que le resultó incluso reconfortante.

CAPÍTULO 29. FINAL



Un sonido familiar martilleó su cabeza. Escuchó varios suspiros de alivio y una llamada de silencio. Luego un carraspeo. Volvió a caer en la negrura. La oscuridad era agradable.

Nathan, tienes que volver
No quería, volver era dolor.
¿Cuándo te has vuelto un cobarde?
No lo soy, acertó a decir.
Pues vuelve.

Reconoció la voz de Alana y el ánimo de sus compañeros. Entonces, estaba vivo. Comenzó a sentir su cuerpo dolorido, la frialdad de las compresas que le cubrían la cara y las manos y una debilidad bastante intensa.

—Creo que se está despertando —dijo la señora Higgins—. Muchacho, vuelve a la Tierra.

—Le quitaré la venda de los ojos —contestó Melody.

La luz tenue le molestó poco y miró alrededor. Estaba en una habitación de la asociación.

—¿Por qué...?

—Supongo que estás preguntando por qué estás tan débil —dijo la señora Higgins sentándose a su lado—, esa bruja... maldita sea su estampa. Fabricó un veneno específico contra los *shadows*. Puede ser que fuera lo que matase a tu antecesora. Imagínate si varias gotas en tu piel te han producido este dolor y debilidad, lo que podría haber hecho si te alcanza de lleno. Estarías muerto y posiblemente... pienso que desterrado en algún otro lugar. No era un simple

veneno, llevaba un fuerte ritual de destierro.

—¿Y la... reina? ¿Y Blaise?

Nathan intentó incorporarse, pero Melody se lo impidió con suavidad.

—La reina está bien, se largó a su reino —dijo Blaise desde el otro lado de la habitación. Se acercó cojeando y con un aspecto terrible. Llevaba un parche en el ojo y heridas por toda su piel.

—Joder, Blaise —dijo él mirándola.

—Tú no tienes mejor aspecto, campeón. Espera que te mires al espejo.

—¡Blaise! —riñó Melody.

—El caso es que hemos ganado, Nathan —continuó la señora Higgins—, derrotaron a su ejército y sacamos a Blaise y al rey, aunque es posible que muera. Está muy débil. A Sofía no la han encontrado, alguien se la llevó y no sabemos quién. Puede que sea ese muchacho que nos atacó. Deborah... la reina, no los ha localizado.

—Y yo tengo la cura para el virus —dijo Rath asomándose hasta quedar a la vista de Nathan —, creo que merezco el premio Nobel, sin duda, por este descubrimiento.

—Modesto —sonrió Blaise. Melody se acercó al muchacho y le dio un abrazo.

—Entonces, ¿todo ha acabado?

—De momento, Nathan, de momento —dijo la señora Higgins—, seguramente te cueste recuperarte y... aceptar... date tiempo.

Él cerró los ojos, agotado. Ella se había ido, sin pensar, sin esperar, sin él. Tal vez era lo que debía hacer. Se debía a su pueblo, desde luego.

Salieron de la habitación y lo dejaron solo, dormitando. A mitad de noche, sintió un leve cambio en la temperatura de la habitación y abrió los ojos. Ella estaba allí, mirándolo.

—Deborah...

—Tienes un aspecto terrible —dijo ella—, te aliviaré.

Pasó las manos sobre su rostro y por el resto del cuerpo. Él sintió que el dolor y el escozor disminuía.

—Gracias. Ya me han informado. ¿Estás... estás bien?

—Sí. Verás, Nathan. El compromiso que tenemos sigue activo. Eres mi consorte y no te voy a obligar a venir a vivir allí, sobre todo porque está todo muy revuelto, pero vendré a verte alguna vez. Mi deber es tener descendencia.

Nathan se quedó sin habla.

—Solo porque... porque debes tener descendencia.

—Sí, así es. Si Garald no nos hubiera unido, podría haber utilizado a algún hada, pero nuestro compromiso es hasta la muerte.

Deborah se levantó y comenzó a abrir un portal.

—De todas formas, por el momento no te necesitaré. Ya llevo en mi un hijo tuyo así que puedes recuperarte.

El portal se abrió y ella desapareció sin que Nathan pudiera decir una sola palabra.

¿El hijo de un shadow? Un shadow como tú no debería tener descendencia, dijo alarmado Antoine en su cabeza.

No sabemos qué será, contestó Sergei.

Los dioses así lo han querido, dijo Alana, *y todo tiene un sentido. Nathan, eres el primer shadow que, tras una tragedia mundial, ha sobrevivido y eso nos da esperanza.*

EPÍLOGO



En los casi dos años que habían pasado desde el último y terrible evento que había sucedido en el mundo, este había cambiado de una forma que ningún experto habría podido adivinar.

Nathan se apoyó en la barra del bar donde había quedado con Mike para tomar un café antes de comenzar su jornada de trabajo. El camarero, un extraordinario, no lo miró mal. Ya se había acostumbrado a que fuera un *shadow*, y también a su aspecto. Tocó su rostro marcado por el veneno. La parte izquierda aparecía picada, como si hubiera pasado una viruela terrible y había tenido que cortar su cabello al uno por las partes laterales, porque ya no volvió a crecer en ese lado. Sorbió el café medio sonriendo. Lo cierto es que le importaba poco. Sí, habían ganado la batalla, pero él había perdido lo más importante y eso, como le decía su amigo Mike, le había convertido en un tipo cínico.

Hoy te espera un gran día, lo presiento, dijo Alana. Él no contestó. De vez en cuando los liberaba para que viesen a través de él lo que pasaba en el mundo, que también se había quedado tocado.

Habían muerto millones de personas, muchos de ellos extraordinarios. ¡Millones!, antes de que pudieran esparcir la cura. A Rath se le había ocurrido echarla en los ríos para que fuera más universal y él había viajado a través de las sombras y de forma rápida con los viales. Quizá eso había salvado a la mitad de la población, pero no se sentía orgulloso. Solo había actuado como transportista.

Sí, Mike tiene razón y te has vuelto algo cínico, dijo Antoine con humor.

Mejor será que os ahorréis vuestras opiniones, hoy no tengo el día, contestó.

Al menos, el reino de las hadas se había instaurado de forma correcta y comenzaban a recuperarse, según le había dicho la señora Higgins. La normalidad se iba alcanzando.

¿Ves? Tampoco es que hayas acabado con el mundo, camarada, dijo Sergei, *hubo cosas peores.*

Si te parece que acabar con la mitad de la población mundial es algo bueno, contestó Alana. Se empezaba a hartar.

No nos encierres, Nathan, hace mucho que no nos sacabas, protestó Antoine.

Nathan bufó y se acabó el café, ¿dónde estaba Mike? Echó un vistazo a la calle y lo vio salir del coche. Por fin.

—Perdona, tío. Es que tengo que darte una noticia.

—No pasa nada. Dime.

—Mónica está embarazada de nuevo, me lo ha dicho esta mañana —dijo emocionado.

Desde que se habían casado hace ya un año, parecían en una eterna luna de miel.

¿Es envidia? ¡Felicítalo, hombre!, dijo Antoine.

—Enhorabuena, compañero, me alegro mucho.

—Un café solo ¿Quieres otro?

Nathan se encogió de hombros y el camarero les sirvió dos cafés.

—¿Cómo estás?

—Como todos los días, Mike.

—¿Sabes algo de...?

—¿En serio? —preguntó Nathan sin poder fruncir el ceño. La piel de su rostro se lo impedía —. ¿Cuándo dejarás de preguntarme?

—Lo siento, tío.

—Vamos o la comisaria se mosqueará.

—Es que nos preocupas, hace ya dos años y sigues con ese mal humor insoportable.

—Cambia de compañero, Mike.

—Joder, Nathan, no me hagas eso. Tienes que continuar tu vida, buscar a una persona que...

—¿Qué acepte mi cara marcada? ¿O que acepte que soy un *shadow*? ¿O tal vez que estoy casado con una mujer... un hada de la que no sé nada... o quizá que tengo un hijo que no he visto? ¿Cómo crees que puedo estar?

Nathan salió del bar respirando agitado. Jess le había propuesto ir al psicólogo, a uno de esos psicólogos de los extraordinarios y en parte, podría tener razón. Su familia, la de verdad, le había ayudado, pero el problema era que no podía olvidarla. La amaba con cada célula de su ser y ver en qué se había convertido carcomía su alma. Las pocas veces que había accedido a su plano ni siquiera se había molestado en visitarlo. Tal vez cuando necesitase su cuerpo de nuevo, pensó furioso. Se apoyó en la pared del callejón más cercano a la comisaria. Mike le hizo un gesto y se metió dentro. Sabía cuándo necesitaba estar solo. Respiró por unos momentos, intentando calmarse. Se iría... pero ¿dónde?

Gracias a su sombra había visitado algunas partes del mundo, lo que le produjo una cierta distracción durante algunos meses e incluso le había ayudado a resolver casos difíciles. Le habían ofrecido trabajar en el FBI, en otras organizaciones del gobierno, pero las había rechazado y solo colaboraba en casos puntuales. Nada que lo sacara de su ostracismo.

Ni siquiera ser el coleccionista de la asociación y resolver ese tipo de casos podía animarle. Cerró los ojos, apoyado en la pared y rendido por la vida. Le dolía el corazón, tal vez fuera un infarto y acabase todo allí. Mejor.

No es un infarto, Nathan, es que tienes el corazón roto, dijo con suavidad Alana, pero es recuperable. Tal vez si encuentras a alguien...

¿De verdad?, contestó él enfadado, sabes lo que siento.

Pero no es correspondido. Ella está demasiado metida en levantar el gobierno, ocupada con mil asuntos y con ciertos ataques...

¿Cómo sabes eso?

Nosotros... no queríamos comentártelo, pero bueno, pronto lo vas a saber. Ellos vienen.

¿Ellos? ¿Quién?

La voz desapareció mientras un portal se abría y aparecía Deborah, con cuatro soldados justo delante de su cara. Se incorporó al verla. Seguía tan bella como siempre.

—Nathan, bonito lugar para esconderte —dijo ella mirando el sucio callejón. Hizo un gesto y los guardias se alejaron de ellos.

—No me escondía, *majestad* —contestó con cierto retintín—. ¿Ya precisas de mis servicios?

Ella lo miró con cierta confusión y luego negó con la cabeza.

—No. Voy a ir a buscar a Sofía, quiero recuperar el bebé de mi hermano. Tengo una pista importante sobre su paradero.

—¿No ha sobrevivido Amira? —preguntó Nathan preocupado.

—Sí. Ella está bien. He venido porque solo confío en ti para cuidar del heredero.

—¿En serio? Si solo confías en mí, qué mal lo estás haciendo.

—Pensé que querías ver a nuestro hijo y solo va a ser por unos días.

—Me hubiera gustado verlo hace dos años, cuando nació, pero tú me lo impediste, ya no puedo viajar allí —dijo Nathan apretando la mandíbula.

—¿Vas a cuidar de Niamh o no?

—Por supuesto.

Ella hizo un gesto y apareció una mujer con un niño de la mano. Él era muy guapo, con el cabello castaño y ojos azules, como los de su madre. Lo miró con curiosidad y luego sonrió, echándose a sus brazos.

A Nathan se le paró el corazón y luego empezó a latir de forma tan rápida que pensó que iba a salir de su pecho. Abrazó a su hijo con todo el amor que tenía retenido y el niño se acomodó en su cuello, como si fuera algo habitual que hubiera hecho desde toda la vida.

—Gracia se quedará con él, es su niñera, así que no tendrás que cuidarlo las 24 horas. Adiós, bebé —dijo Deborah dándole un beso suave en el rostro. Nathan pudo oler la piel suave de la reina, pues se había acercado a él. Ella lo miró con cierta culpabilidad, pero después volvió a su rostro impassible—. Cuídalo con tu vida, *shadow*. Él es especial.

El portal se cerró y se quedó con su hijo abrazado y una mujer hada que lo miraba con temor. Llevaba dos maletas grandes.

Nathan quiso bajar al niño al suelo, pero él no se soltó de su cuello.

—Escucha, pequeño, nos iremos a mi casa y te tendrás que quedar allí.

—La reina ha comentado que era mejor que vivieran en la casa de la asociación —dijo la mujer.

—Sí, es posible.

Sacó el teléfono y mandó un mensaje a Mike, diciéndole que se reuniera en una hora con él en la casa de los coleccionistas.

—Bueno, entonces, iremos allí —dijo él dirigiéndose a una sombra.

—Señor *shadow*, señor Crane —corrigió la niñera—, es mejor que vayamos en coche, el niño... es muy pequeño para viajar... de esa manera.

—Sí, de acuerdo.

Niamh consintió en soltarlo para que pudiera conducir, pero notaba su mirada a través del espejo. El niño era adorable, pero le daba escalofríos.

Es tu hijo, Nathan y por ello es especial, dijo Alana, *solo necesita tu amor, nada más*.

Llegaron a la casa de los coleccionistas. La señora Higgins en persona les abrió la puerta y se quedó mirando al pequeño con los ojos como platos. Últimamente había rejuvenecido, gracias a su madre *demon* y ahora aparecía como una mujer de unos cuarenta.

—¿Es él?

—Me han dicho que tenemos que quedarnos aquí unos días.

—Por supuesto, Nathan, adelante.

El niño, de nuevo agarrado al cuello de su padre, miró todo con curiosidad. Melody salió y no pudo decir nada y Rath, que había escuchado voces, se asomó fuera de su oficina.

Entraron en el despacho de la señora Higgins y salieron todos, excepto ella y Nathan con el niño. Gracia miró dudosa, pero accedió a salir.

—Es un niño muy guapo —dijo ella mirándolo con atención.

—Habrá salido a su madre —contestó él acariciando su espalda. El niño había pasado sus bracitos regordetes por el cuello y no parecía querer despegarse.

—Creo que él es en parte como tú, Nathan. Quizá sea bueno que le enseñes.

—¿Es un *shadow*?

—No sabría decirte. Niamh, cariño, puedes dejar que papá te siente aquí, en esta silla. Me gustaría mirar tus ojos.

El niño asintió y Nathan lo depositó en la silla, sin soltarle de la mano.

Sin duda, él tiene parte de shadow, Nathan, dijo Alana, *podemos comunicarnos con él. Perdona que no te lo hayamos dicho. Pensamos que era mejor para ti no saberlo*.

¿Cómo?

—Dicen que se pueden comunicar con él —comentó en voz alta, bastante irritado.

—¿Tus *shadows*? —preguntó la señora Higgins. Él asintió—. Pero hay algo más, algo que nunca había visto. El niño parpadeó y sus ojos se volvieron negros, aunque seguía sonriendo. Ella dio un paso atrás, asustada.

—¿Qué? —dijo Nathan.

—No lo sé, de verdad. Debería hablar con los míos. Os podéis quedar, por supuesto. Instálate en la habitación que quieras.

El niño echó los brazos hacia Nathan y como este no lo alzó en ese momento, el pequeño apareció allí, sobre él, sin hacer nada.

—Papi —dijo acurrucándose en el cuello de Nathan.

Él empalideció. ¿Cómo había llegado allí? La señora Higgins se alejó de ellos.

—Acuéstalo o dale de comer. Hablaré con mi madre.

Nathan salió con el niño y en ese momento llegó Mike.

—¿Qué? ¿Quién es? ¿Es tu hijo? —preguntó confuso.

El niño se volvió hacia él y sonrió.

—¡Mike!

—¿Cómo...? ¿Es él, Nathan!, más pequeño, pero es él.

—¿Quién?

—El niño que vi cuando... cuando casi morí. Y él me conoce. ¿Cómo es posible?

—No lo sabemos, Mike. Solo sé que lo voy a cuidar y proteger con mi vida, si es necesario.

—Jod... —empezó a decir Mike.

—Señor Crane, Niamh tiene que comer y acostarse. Si me permite.

—Claro.

Nathan pasó el niño al hada y él aceptó. Ambos desaparecieron tras Melody, que los acompañó a la cocina.

—¡Qué fuerte! ¿Dónde está su madre?

—Dijo que tenía que ir a por Sofía. No me explicó más.

—Mónica y yo te ayudaremos, y tal vez pueda jugar con Isobel. Joder, Nat, te ha cambiado la cara. Sonríes.

Nathan movió la cabeza y sí, sonrió a Mike. Tal vez era lo que necesitaba, romper el muro que había alrededor de su corazón.

Ya era hora, dijo Antoine, vuelves a ser tú.

Sois unos putos traidores por no contármelo.

No sabemos qué es, contestó Alana, es un shadow y a la vez no lo es. Debemos esperar a que crezca. Su parte de hada puede predominar conforme se haga mayor. Es... inaudito. Se ha criado con la niñera, sobre todo, su madre, aunque no lo parezca, lo ama con locura. Por eso te lo ha confiado a ti.

Debería haberlo conocido antes.

Es posible, pero ya sabes, las cosas de los reyes son distintas a las de los simples mortales, dijo Antoine.

Aprovecha que lo tienes contigo, aprovecha cada minuto. Supongo que cuando sea mayor te podrá visitar, aunque es posible que corra peligro, Nathan, si algunos se enteran de que es tan especial...

¿Pero por qué? Es decir, ha... ¿volado? a mis brazos... pero...

Esperaremos con paciencia a que crezca, dijo Alana.

Será divertido, exclamó Antoine.

—Bueno, ¿y qué vas a hacer, Nat? —preguntó Mike.

—Cuidarlo.

Rath los llamó y acudieron al despacho de la señora Higgins, que estaba acompañada por una mujer tan bella que dolía a la vista.

—Ella es mi madre, ha accedido a subir un momento, para conocer al pequeño. ¿Dónde está?

—Encantada, muchachos. Vaya, *shadow*, a pesar de esas cicatrices, entiendo por qué la reina se enamoró de ti —dijo la mujer. La señora Higgins la miró con mala cara y ella se encogió de hombros.

—Está comiendo, puedo ir a buscarlo —dijo Nathan.

—Llámallo —sugirió la *demon*.

—Es muy pequeño, no le va a escuchar —dijo Mike.

—Hazlo —insistió la *demon*.

Nathan abrió sus brazos.

—Niamh, ven conmigo.

Al instante, el niño, con un babero lleno de papilla, apareció en sus brazos. Se escuchó el grito de la niñera y sus pasos apresurados.

—Señora, está aquí —gritó Mike.

El bebé miraba con adoración a su padre y la *demon* se acercó. Él la miró curioso.

—Desde luego es un niño especial —dijo ella mirándolo—. Tiene un vínculo contigo impresionante. Es hada y *shadow* y la mezcla ha creado algo único, sin duda. Yo diría que... incluso tiene algo de *demon*. ¿Me permitirías examinarte, Nathan? Es posible que sea tu genética,

que tu familia tenga ascendencia de alguien de los míos.

—Eso me da igual, solo quiero saber que él está a salvo.

—Podemos atenuar sus dones, Nathan —dijo la señora Higgins—, hasta que sea lo suficientemente consciente. Prepararé un medallón.

Nathan le dio al bebé a la asustada niñera que se alejó hasta la cocina. La *demon* se acercó a Nathan y pasó un dedo por su pecho.

—Eres un buen ejemplar para engendrar hijos, si me dejaras examinar...

—No, gracias, para eso ya me utilizan —contestó con aspereza.

La señora Higgins acompañó a su madre hasta el portal, casi empujándola, y Mike miró a Nathan.

—Tal vez deberías hablar con tu familia, a ver quién se ha tirado a uno de esos... bichos.

—No me importa, Mike. Ahora mismo solo quiero proteger a Niamh. Tomaré esas vacaciones que tanto me habéis insistido. Díselo a Jess, pero no le digas lo del niño. Cuanta menos gente lo sepa, mejor.

—Este domingo os venís a casa de todas formas. Podemos inventarnos que es un hijo perdido, o tal vez...

—Él es especial y no será fácil de esconder.

—De acuerdo, Nat. Ve contándome.

Vio a Mike salir y se sentó en el despacho. La puerta se abrió y entró Blaise, bastante alarmada.

—¡*Shadow*!, qué suerte encontrarte. Tenemos que reunirnos ya, ha sucedido algo terrible.

-CONTINUARÁ-

(no te pierdas el final del libro donde te muestro la portada y la sinopsis del segundo de la bilogía)

OTROS LIBROS RELACIONADOS

¿Te apetecería leer una bilogía de espíritus, médiums... y que sea romántica?

Te presento:



Se trata de dos novelas que se pueden leer por separado. Tienes aquí los enlaces:
Habla con Alma

SINOPSIS:

Cuando el mundo de los vivos se entrelaza con el de los espíritus, el peligro acecha en cada sombra.

Maya, dotada de un don no deseado para comunicarse con espíritus, utiliza un chat anónimo para mantener su vida normal mientras ayuda a las almas que le contactan.

Sin embargo, la ciudad se ve sacudida por una serie de crímenes extraños. Adivinos, tarotistas y otros profesionales del mundo sobrenatural están siendo asesinados uno tras otro.

Francesco, un inspector de policía escéptico, se ve forzado a buscar la ayuda de Alma. Juntos, se adentran en un misterio donde lo natural y lo sobrenatural se difuminan. ¿Lograrán descubrir al asesino y los secretos que los espíritus guardan sobre estos crímenes?

Sumérgete en esta historia de fantasía romántica y misterio paranormal de la autora bestseller Anne Aband.

¿Estás lista para desvelar los secretos que se ocultan en las sombras?

Enlaces:

HABLA CON ALMA:

Amazon España:

<https://amzn.to/48UmKIz>

Amazon internacional:

<https://relinks.me/B0CSF3FBVS>

CAZADORA DE DEMONIOS

Amazon España:

<https://amzn.to/3QL6m6P>

Amazon internacional:

<https://relinks.me/B0D2WGWP4X>

¿Y qué más te puedo recomendar...? Si te gustan las brujas y no has leído Black Rock, creo que te enganchará. La primera novela, desde que salió (y te hablo a la publicación de este libro), ha estado día sí, día no, en el #1 de varias categorías. Y las otras la siguen.

Te explico un poco de qué va:

SAGA BLACK ROCK

¿Te imaginas una saga de brujas, en Escocia? ¿Puedes visualizar a lobos vigilantes?

¿Una antigua rencilla? ¿Dos especies que no se soportan, pero que deben colaborar?

Amor, pasión, mucha acción y magia es lo que vas a encontrar en la saga Black Rock, compuesta por los siguientes libros. Te muestro el primero.

LAS BRUJAS ESCOCESAS DE BLACK ROCK

El primer título. Encontramos a los fundadores de esta familia híbrida: Bárbara, una joven escocesa que desconoce que pertenece a un linaje de brujas. Ella recibe una carta que la hará viajar a Glencoe, donde se encontrará con un hombre fascinante, Jason, que no parece llevarse nada bien con la familia.

Lo que va a descubrir le cambiará la vida para siempre, incluyendo un amor apasionado.

Enlaces Amazon: <https://amzn.to/41cLg4P>

Resto del mundo: <https://relinks.me/B0B6H4RCB2>

Esta novela (a fecha de hoy), suele encontrarse en los primeros puestos de la categoría de Fantasía Urbana, paranormal o contemporánea.

Toda la saga:

Las brujas escocesas de Black Rock

Los lobos escoceses de lack Rock

Nimué

James

Claire

A lo mejor también te apetece leer otro thriller paranormal. En ese caso, te invito a leer **Verano Eterno**, que tiene vampiros y un policía duro de pelar.

Enlace España: <https://amzn.to/3NvjM5S>

Enlace internacional: <https://relinks.me/B0C43V9Y5D>

AGRADECIMIENTOS Y SOBRE MÍ

En primer lugar, quiero comentaros que esta novela se publicó por primera vez en Wattpad y que allí recibió muchos y preciosos comentarios como estos:

babisabineanne

como siempre un placer leerte.

he disfrutado mucho con la novela

EnmaBello

Me muero Anne tu eres responsable si no llego a leer la segunda parte serás responsable de mis uñas y mi cabeza porque ahora estoy pensando en si nat y Deborah se juntan o le pasa algo a Deborah o la niña se convierte en una asesina ya estoy divagando mi lo que me haces. p.d: me encantó porfavor no tardes con la segunda parte porfi,porfi....

VernicaBernabeuCarbo

Madre mía, me ha atrapado desde el principio. Me encantan todos los personajes, los giros y tu manera de narrarlo todo! Me gusta como el pobre se intenta adaptar a las nuevas situaciones y como lo vas describiendo para que vayamos averiguando cosas de ese “mundo oculto”, dejando algunas pistas. Deseosa también de la segunda parte!!! ♦♦♦♦

ISA64bel39

Gracias por compartir tu inspiración a por la segunda parte

RhinaAndrade

Encantada con la.novela y a la espera de la segunda parte jejejeje

aitorgomez529

me has tenido en ascuas todo esté tiempo con está historia ,te espero impaciente y me pasará por verano eterno ♦♦♦♦♦♦♦♦

rebecap01

Gracias, Gracias, Gracias esperaré con ansias la continuación y tienes razón un verano eterno está increíble como todas tus historias ♦♦

inesosuna

Muchas gracias por compartir tu talento, estaré ansiosa por la segunda parte de la historia. Hasta pronto, abrazos.

AguedaMaria1

Muchas gracias por dejarnos disfrutar de tu trabajo, me a fascinado y espero con ansia la 2ª parte . Espero que no tardes mucho en publicarla y que no se me pase. Me encanta todo lo que leo tuyo , ya que escribes historias preciosas y a mi me gusta mucho la novela de fantasía que tu escribes. Deseando leer más cosas tuyas , tengo mi Kindle lleno de libros tuyo esperando en mi lista de deseos. ♦♦♦♦♦♦

marce55

Por cierto, te seguiré leyendo, me gusta mucho tu forma de escribir y tú ingenio para expresar lo que deseas que veamos a través de tu relato.

marce55

¡No se ni que decir! Me ha encantado la novela, es fascinante y te atrapa desde el primer

capítulo. Se me va a hacer eterna la espera de la segunda parte. Mil gracias ❖❖

Estos son algunos de los comentarios finales, los de cada capítulo no los incluyo. Me siento muy agradecida a todas las personas que me apoyan en cada historia que publico. A todas vosotras, millones de gracias. Os dediqué este libro y de verdad que lo hago de corazón.

Espero no dejarme a nadie. Si es así, ¡disculpad!

También quiero dar las gracias a mis lectoras beta: Paqui, Pili, Francesca y Maite, que siempre me ayudan dándome ideas, consejos, o sugerencias, incluidas imágenes que pueden inspirarme. Son maravillosas. Gracias a mis chicas por insistir en que el final fuera más romántico.

A mis hermanas Charo y Lola, que me apoyan al mil por cien. A mi nueva correctora, mi hermana Eva. Gracias por darte cuenta de cosas que se me pasan, porque estoy tan dentro de la historia que tu ojo clínico es imprescindible.

A mi esposo, que constantemente me anima a que siga escribiendo. La vida de un escritor autónomo no es fácil en ocasiones, pero cuando tienes a alguien a tu lado que te respalda y te apoya al cien por cien, os aseguro que se puede llevar.

A todos mis lectores, (lectoras, básicamente), que hacéis que cada día sienta más fuerza y ánimo para seguir escribiendo. Tú eres el motivo por el que publico una novela tras otra.

Todas aquellas personas que me seguís en redes, que dejáis comentarios, que me escribís correos, (y aquí también podría nombrar unas cuantas maravillosas lectoras con las que mantengo comunicación y que, en cuanto saco un libro, me escriben para decirme que ya lo tienen, bien en su Kindle o en papel). Realmente, no sería nada sin vosotras.

Ahora, os hablo de mí, por si alguien no me conoce.

Me llamo Yolanda Pallás, aunque como sabes, escribo con el seudónimo de Anne Aband.

Alguna vez me han preguntado por qué me puse ese seudónimo y es que al principio, escribía por afición, como casi todos, cuando empezamos.

Mi intención era escribir libros de informática (he dado clases durante más de veinte años), pero luego pasó que empecé a tener éxito, a ganar algún premio literario y... ¡ups! Escribir libros de informática pasó a segundo plano.

Amo la fantasía y la romántica y ¿qué mejor que unir las en una novela?

A las fechas de escribir esta biografía llevo muchas novelas publicadas (más de 70) y también unos cuantos libros con otros seudónimos, desde eróticos a infantiles o cuadernos para escritores.

A veces escucho a escritoras y otras personas que dicen que publicar a menudo baja la calidad. No estoy de acuerdo. A mis libros les doy mucho mimo. Pasan por los mismos procesos que otros, muchísimas revisiones, lectoras betas, correcciones, más revisiones. La diferencia es que mientras se están revisando, yo estoy pensando o escribiendo el siguiente. Otra característica es que escribo de forma muy fluida y también que invierto muchas horas, pero muchas, al día.

Así que mientras las historias me asalten a altas horas de la madrugada y me obliguen a escribirlas, voy a seguir así, creando historias no muy largas, con mucha acción, fantasía, brujas y amor. De aquí a un tiempo, puede que esto haya cambiado. De momento, estoy bien aquí.

Si te apetece saber alguna cosa más o descargar una novela gratuita, te invito a que te pases por mi web:

www.anneaband.com

También tengo Instagram y otras redes, pero te dejo la de Instagram porque es en la que más activa estoy: @anneaband_escritora

Si eres autora, voy colgando en mi otra web cosillas: www.yolandapallas.com

Y poco más, me despido, de nuevo dándote las gracias por leer mi novela, por aguantar hasta aquí y me apostaría la mano y no la perdería, por ser una persona maravillosa que mejora el mundo.

Un momento.... No te vayas...

Quiero presentarte la segunda parte de la biología.



ANNE ABAND

La venganza es el motor de mi vida

CAZADOR DE SERES EXTRAORDINARIOS

Libro 2

SINOPSIS

En la noche más oscura del año, el destino me escogió para descubrir el mundo oculto al que pertenezco.

Ha llegado el emocionante final de la bilogía Seres Extraordinarios de Anne Aband, aclamada autora bestseller de fantasía urbana y romántica.

“Desde la primera página, supe que Niamh era más que un héroe; era uno de nosotros, luchando contra fuerzas que pocos pueden imaginar.”

Soy Niamh, el hijo de un cazador de sombras y de la reina de las hadas a la que no he visto en dos décadas.

Bajo el influjo de la magia, el tiempo ha distorsionado su curso natural para mí; solo han transcurrido cinco años desde que mi madre me abandonó, pero cumplo los veinte este mismo mes, al igual que mi prima Amira.

Esa fatídica noche, cuando un portal se abrió y mi madre, la reina de las hadas, emergió al borde de la muerte, supe que nada volvería a ser igual. Mi padre, siempre protector, intenta mantenernos a salvo, pero el fuego de la venganza arde en mi interior.

Junto a Amira, que compensa mi impulsividad con su prudencia, me adentro en un viaje donde la magia y el peligro se entrelazan en cada esquina. Encontraré nuevos compañeros de viaje y con cada decisión, me acerco a descubrir no solo mi verdadera naturaleza, sino también los secretos que podrían salvar o condenar a todos los seres extraordinarios.

Ven y acompáñame en "El Cazador", el desenlace apasionante de nuestra historia y de la de la humanidad.

Experimenta un viaje donde la fantasía romántica se funde con los misterios de mundos paralelos. Sé parte de esta aventura final donde encontrarás amor, venganza y tal vez redención.

Y... ¿está disponible? Depende de cuando leas este libro.

Te dejo el enlace del ebook, puede que cuando leas este todavía se encuentre en preventa, pero si es así, aprovecha para reservarlo a menor precio.

Amazon España: <https://amzn.to/49XNkAw>

Amazon internacional:

<https://relinks.me/B0D2XYSWNT>

Y para acabar...

¿Te importaría valorar este libro?

Me sentiría muy agradecida si puedes valorar el libro en Amazon.

Las valoraciones son importantes para el autor, nos ayudan a saber vuestra opinión y, para qué decir lo contrario, nos anima a seguir escribiendo. ¡Millones de gracias!